

ALVARO DE LAIGLESIA

RÉQUIEM POR UNA FURCIA



Lectulandia

Esta divertida novela cierra —al menos por ahora— la recocijante serie protagonizada por el personaje que el inagotable ingenio de Álvaro de Laiglesia ha popularizado: Mapi.

Con sal y pimienta sazona la graciosa furcia el relato de los más sabrosos lances de su ajetreada vida, enlazando episodios llenos de interés y vivacidad: Mapi acaba. Pero de la pluma del exuberante autor no cabe esperar el desenlace macabro que la interpretación litúrgica ha dado al vocablo “réquiem”. También el descanso puede lograrse en esta desaforado mundo de Mapi.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

Réquiem por una furcia

ePub r1.0

jandepora 25.03.14

Título original: *Réquiem por una furcia*

Álvaro de Laiglesia, 1970

Ilustración de portada: Abelenda

Editor digital: jandepora

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A nadie en particular.
Porque, pensándolo bien, ¿qué mujer aceptaría que yo le dedicara este libro sin
ofenderse?

EL AUTOR

*Si Ogino se le llamase al niño que se tuviese porque el método fallase, ¡cuántos
Oginos hubiese!*

MAPI

PEDAZO 1

NO LE DESEO EL SUICIDIO ni a mi peor enemigo. ¡Qué mal rato se pasa, jolines!

Hablo con conocimiento de causa, porque yo me suicidé una vez. Y lo pasé fatal. No fatal del todo, claro está, pues a estas horas no podría contarlo. Y gracias a Dios lo puedo contar, para que sirva de lección a todas las desgraciadas que pretenden resolver sus problemas hincando el pico.

El suicidio, queridas desgraciadas, no resuelve nada. Podéis creerme. Quien tenga una vida perra, siempre encontrará una mano amiga que le acaricie el lomo. (Puede que en algunos casos, en lugar de una mano, encuentre un pie que le atice una patada. Pero esos casos son excepcionales, y ya se sabe que las excepciones confirman las reglas).

Recuerdo que cuando a mí me dio la ventolera de suicidarme, andaba yo con la psiquis bastante revuelta. Porque la psiquis se revuelve lo mismo que las tripas, cuando la vida nos obliga a tragarnos cosas que nos sientan mal.

Hay quien piensa que las mujeres de mi profesión sólo somos unos cachos de carne con ojos, pero sin alma; y la verdad es que todas tenemos nuestra psiquis como cada quisque. Debido a que cada quisque, según mi opinión, tiene dentro de la corpulencia todos los ingredientes igualitos. Y si unas servidoras de ustedes tenemos bilis como las personas decentes, ¿por qué demontre no vamos a tener también psiquis, que viene a ser una especie de bilis espiritual?

A mí al menos, mi psiquis me trae por la calle de la amargura. Estoy tan contenta disfrutando de la vida, o comiendo chocolate, o chupando un helado, y de pronto: ¡zas! Al decir ¡zas! quiero dar a entender que se me revuelve la psiquis, y lo veo todo negro. O marrón, que es peor aún, por ser el colorcillo que tiene la mierda, con perdón.

Y cuando se me desinfla la psiquis, se me hinchan las psicosis. Pienso entonces que no valgo nada; que sólo soy una escoria, o todo lo más una cascarria; que para vivir como vivo, no me vale la pena continuar viviendo; que si patatín, que si patatán...

Pienso también que sería muy cómodo acabar de una puñetera vez, arrojando yo misma a cualquier vertedero la basura que soy. Pero siempre me detuve en este pensamiento, menos en aquella ocasión.

Porque en aquella ocasión fue tan densa y agobiante la negrura que vi a mi alrededor, que quise poner en práctica lo que pensaba. Y lo puse.

Pero como yo tenía poca práctica en materia de suicidios, debido a que no me había suicidado nunca, decidí copiar uno que me fuera bien. Del mismo modo que toda mujer elige la ropa que le va a su tipo físico, debe elegir igualmente un suicidio que le vaya a su manera de ser. Ejemplos al canto:

A las mujeres violentas, que se matan por amor, les va divinamente despanzurrarse tirándose por una ventana. Y es lógico también que las chicas de servir se maten abriendo el gas, pues como siempre están metidas en la cocina lo tienen muy a mano.

Pero yo pensé que ni la asfixia ni el despanzurramiento le iban a mi idiosincrasia; que yo necesitaba un método más novelero. Y cuando digo novelero, quiero decir también pelicularo. Porque a mí siempre me han chiflado las novelas y las películas, y tanto en unas como en otras he tenido ocasión de admirar unos suicidios muy majos. No obstante, como además de majo yo quería que el mío fuese indoloro, fui eliminando uno por uno todos los que había visto o leído.

Así, después de sucesivas eliminatorias, opté al fin por copiar el método que siguen las «estrellas» del cine.

Esas tiparracas tan vistosas tienen el sentido de la espectacularidad, pues de ella viven. Y saben convertir en espectáculo, no sólo todos los hechos de sus vidas, sino también los de sus muertes. Por eso han inventado un tipo de suicidio que, además de limpio, es muy decorativo: el barbitúrico.

Años antes de adoptar esa decisión, cuando no me había refinado aún con el trato de señores distinguidos, yo desconocía lo que era el barbitúrico. Al leer en los papeles que una artista había muerto por culpa de un barbitúrico, me imaginaba que se la había cargado un sádico con barba. Cuando supe que los barbitúricos no eran sádicos barbudos, sino píldoras para dormir, encontré aquel tipo de muerte menos excitante; pero también mucho más cómodo, más limpio y menos doloroso. Porque ya se sabe que los sádicos, tengan barba o no, matan a lo matarife, o sea, a base de rajar sin preocuparse de lo que duela. De manera que me dispuse a imitar el suicidio de la Marilyn Monroe y comparsa.

PEDAZO 2

CUANDO EMPECÉ A ORGANIZAR aquel espectáculo macabro, eran las cinco de la tarde. Como en el famoso versículo de un tal García, que yo acababa de leer, en el que un torero casca a esa misma hora.

—¡Feliz coincidencia! —exclamé, poniendo manos a los preparativos de la obra.

Lo primero que hice fue elegir mi vestuario para el acontecimiento, pues un cadáver tiene que estar mono para no hacer mal efecto cuando lo encuentran. El ideal sería que los suicidas se amortajasen ellos mismos previamente, con el fin de evitar a los vivos las molestias de tener que amortajarlos después. Así los suicidios darían menos lata, y se despacharían con más rapidez. Sería como dejar un paquete ya preparado, para que la camioneta fúnebre lo recogiese y lo llevara a su destino definitivo. Algo así como el «servicio de paquetería de puerta a puerta», con la única diferencia de que los paquetes serían más gordos.

«No estaría mal —pensé— que yo implantara este sistema tan cómodo y práctico. Lo malo es que las mortajas no favorecen nada, porque es una clase de traje del que las modistas no se han ocupado nunca. Pero eso yo lo podría remediar haciéndome una mortajita mona que me cayera bien. Cortita y vaporosita como un “salto de cama”. No hay tanta diferencia, al fin y al cabo, entre un “salto de cama” y un “salto de tumba”».

Mi idea, como puede leerse, era bastante sensata dentro de su macabrez. Tropecé, sin embargo, con un grave inconveniente para ponerla en práctica: que yo no entendía ni papa de amortajamientos. En vista de lo cual, se me ocurrió llamar a mi criada para ver si ella podía echarme una mano.

—¿Qué desea la señorita? —me dijo Dora entrando en mi cuarto.

—Quiero hacerte una pregunta: ¿tú sabes amortajar?

—No —me contestó ella, moviendo su cabezota de babor a estribor—. Ya sabe la señorita que una servidora sabe poco de cocina.

—No seas bestia, muchacha —me enfadé—. ¿De dónde sacas tú que amortajar tiene algo que ver con cocinar?

—Me suena a que eso tiene concomitancias con la matanza.

—Con la matanza sí —admití—, aunque no del cerdo precisamente. Pero si no sabes lo que es, ya resulta muy tarde para que yo te lo explique.

—Como mande la señorita. ¿Sigues queriendo que le prepare la ropa que me encargó después de comer?

—Pues sí —me resigné—. Puesto que no sabes amortajar, me tendré que vestir. Y el traje de «côtel» verde pálido con chorraditas incrustadas es el más propio para esta ocasión.

Porque antes de tener la genial idea del amortajamiento, que permitiría despachar

a los suicidas en un periquete, ya había elegido lo que le pensaba poner a mi cuerpo presente. Una es así de previsora. Y al fallarme el proyecto de la automortaja por falta de colaboración, volví a mi plan de arreglarme el cadáver lo más posible.

Me puse por lo tanto el traje verde, que era una verdadera pocholez copiada de Dior por una copista muy mañosa, y me calcé unos zapatos de raso que me hacían el pie mucho más pequeño. Tan pequeño me lo hacían, que al calzármelos vi las estrellas porque me apretaban horrores. Pero como yo no los elegí para echarme a la calle a andar, sino para tumbarme en la cama a morir, aguanté el dolor de la apretura en beneficio de la estética.

Por estética también, debajo del vestido, me puse un liguero francés. (No es que yo tenga nada contra los ligueros españoles, que conste, pues en esta rama de la industria no tenemos nada que envidiar al extranjero. En otras, en cambio, sí. Pero la gente esnobe a un rato largo, y farda mucho más un liguero parisiense que uno nacional).

Leída la parrafada entre paréntesis, habrá quien me diga:

—A un cuerpo presente que se presenta vestido, no se le ve el liguero.

Y yo le rebato:

—Mientras al cuerpo no lo toquen, no. Pero en casos así, siempre viene un juez que procede al levantamiento del cadáver. Y al levantarlo, si lo levanta por los pies, puede subirse la falda y verse el liguero. Y si se ve, ¿no es preferible que el cuerpo presente pueda presentar un liguero fardón?

Y se acabó la discusión.

Ya vestida de pies a cabeza, e incluso bien ajustado el detalle interior pensando en el juez que levantaría mi cadáver, me acordé de que tenía que escribirle una carta que empezara así:

Señor Juez:

Que no se culpe a nadie de mi muerte.

Este detalle de cortesía es obligatorio. Del mismo modo que al mandar un ramo de flores a una señora hay que ponerle una tarjeta, cuando se le manda una carroña a un juez hay que escribirle una carta. Y como yo soy muy premiosa en materia de escritura, pues para que me salgan unas letras que se entiendan tengo que hacerlas muy despacio, calculé:

«Como tardaré una hora en hacer la cartita de marras y tengo el peinado hecho un asco, mientras la hago me pondré los rulos. Así, al tiempo que escribo, me rizoteo. Puesto que me quedan pocas horas de vida, debo aprovecharlas bien».

De manera que me cubrí la cabeza de rulos, agarré un bolígrafo y me puse a pensar antes de ponerme a escribir.

Y los pensamientos, como iban a ser los últimos de mi vida, se me agolpaban a borbotones debajo de los rulos. Atropellados, enredados, todos querían aparecer en

aquella última oportunidad que me quedaba de comunicarme con el mundo de los vivos. Porque después de aquella carta, las rojas píldoras del barbitúrico me llevarían al reino de los muertos.

PEDAZO 3

TAL FOLLÓN DE PENSAMIENTOS se organizó en mi cabeza, que la carta se me fue por los cerros de Úbeda. Y en lugar de los tópicos habituales que tenía la intención de transcribir, llené cuatro carillas con esta sarta de barbaridades:

Señor Juez:

Que no se culpe a nadie de mi muerte, ¿verdad? ¡Qué fácil! ¿Ésa es la frase que esperaba usted leer al abrir este sobre? Pues lo siento, majó, pero esta vez se va a llevar un chasco. Porque yo le digo todo lo contrario:

Que se culpe a todo el mundo de mi muerte.

¡Buen trabajo le espera, señor Juez, si pretende hacer justicia y detener a todos mis asesinos! No habría celdas suficientes en las cárceles de Madrid para albergar a todos los detenidos.

Si la gente tuviera conciencia, mi fallecimiento le plantearía a usted un problema gordísimo. Porque la Humanidad entera es culpable de lo que me ha pasado a mí.

Fíjese bien en mi cadáver, que encontrará junto a esta carta, y dígame sinceramente si ha visto muchas veces un cadaverín tan pocholete. No es por presumir, pues a estas alturas en las que ya me encuentro de nada sirve la presunción, pero ¿verdad que yo no estaba nada mal?

¡Vamos, no sea hipócritón y diga la verdad! Puesto que su deber es levantar mi cadáver, aprovéchese cuando lo haya levantado para echar una mirada a mis piernas. Y aunque sea usted un juez con toda la toga, reconocerá que son preciosas.

¿No es un crimen que esas piernas ya no puedan dar ni un paso? ¿No es un crimen también que una mujer joven como yo, y tan buena en el mal sentido de la palabra, haya sido asesinada en la flor de la edad? Asesinada, sí. No puedo darle una lista completa de todos los culpables, porque fueron muchos los que me mataron poco a poco.

Y perdone que rompa la armonía de estas frases tan bonitas para advertirle que no estoy hablando en coña. Mi cuerpo ha sido, mal comparado, un acerico en el que se han ido clavando miles de alfileres. Y llega un momento en que los acericos están tan acribillados a pinchazos, que revientan y se les salen las tripas. Como he reventado yo.

Sí, señor Juez: culpe a todo el mundo de mi muerte. A este mundo en el que todos los hombres van a lo suyo, que es lo mío.

Se me ocurre de pronto una idea graciosa: que usted, como en las novelas policiacas, intentase descubrir al culpable buscando huellas dactilares en el cuerpo de la víctima.

¡Qué risa, mi madre!

¡Me imagino la cara de asombro que pondría, mi pobre señor Juez, cuando viese el resultado de su intento! Porque en cada centímetro cuadrado de mi piel descubriría centenares de huellas dejadas por los dedazos de otros tantos hombres diferentes.

Quizá no sospeche usted, al ver la carita angelical que sin duda tendrán mis restos mortales, que con los señores (es un decir) que han pasado por mi vida, podría formarse un regimiento. Aunque pensándolo mejor no creo que pudiera formarse, pues gran parte de esos mozos (es otro decir) ya no estaban en edad militar.

Un poco de culpa tuvo cada uno de ellos en que me haya encontrado usted totalmente fallecida. Pero no me molestó en darle la relación de sus nombres, porque ya sé que en mí no hay carne suficiente para acusar a todos del crimen.

Repartiendo la culpabilidad de un solo asesinato entre medio millar de asesinos, tocan a tan poquita culpa por barba que ni siquiera se les puede encarcelar. ¡Qué le vamos a hacer! Si usted como representante de la justicia humana no puede castigarlos en la Tierra, espero que ya los castigará en el Cielo algún representante de la justicia divina.

¡Hasta la vista, señor Juez, y perdone la campechanía! Pero algún día, tarde o temprano, nos veremos en ese otro mundo al que yo acabo de irme. Le deseo que vaya usted lo más tarde que pueda, porque es muy triste tener que ir tan temprano como yo.

Rogándole disculpe las molestias que le ocasione mi muerte tan poco natural, se despide atentamente

MAPI

Releí la carta un par de veces para corregir las faltas de ortografía, pues yo siempre escribo arrastrada por el torrente de la inspiración y no me paro a meditar en las puñeterías ortográficas. Por eso en mis manuscritos tengo la precaución de escribir las palabras bastante separadas unas de otras, con el fin de poder añadir luego las haches que me comí y las lazadas que transforman las uves en bes. También tuve que esparcir por los renglones esas virutas de la caligrafía que son las comas y los acentos, virutas que nunca escatimo porque adornan las carillas del papel lo mismo que las pecas y lunares las caras de las personas.

Terminada la carta, me la prendí en la pechera del traje con un alfiler. Pensé que así la verían en seguida, y evitaba el riesgo de que se traspapelase durante el follón que se iba a armar en mi cuarto cuando descubrieran mis restos.

(¡Restos! ¡Qué definición tan deprimente, e incluso jorobante, de lo que dejamos después de morir! ¿Verdad que «restos» hace pensar en piltrafas y basuras? ¿No

podrían los académicos sacarse del meollo alguna palabreja más poética y aromática? Porque «restos» suena mal y huele peor).

Con la carta ya prendida y bien visible, me quité los rulos de la cabeza y me hice un peinado mono pero sencillo. Tampoco pega que los cuerpos presentes luzcan peinados despampanantes.

Luego me fui al cuarto de baño, hice mis cosas para que me encontraran limpita por dentro si me hacían la autopsia, y busqué el barbitúrico. Lo guardaba en un armarito que había encima del lavabo, entre otros muchos frascos de medicinas y potingues. Me lo había recetado unos meses antes cierto médico, al cual consulté aprovechando que estaba acostada con él. Así me salió gratis la consulta. Le pedí algo contra el insomnio, pues a fuerza de dedicar las noches al trabajo, se desvela una mucho las noches en que no tiene que trabajar.

—Pero no tomes más de una píldora —me advirtió al darme la receta—, porque es un barbitúrico muy fuerte.

Encontré por fin el frasco de las píldoras, que eran de un color rojo brillante, y volví a mi dormitorio.

En el pasillo me crucé con la criada, que algo raro debía de notar en mi actitud porque me miró con preocupación.

—Si la señorita no piensa salir hasta esta noche —quiso saber, extrañada al verme tan peripuesta—, ¿por qué se ha arreglado desde tan temprano?

—Mi salida de hoy es muy importante, Dora —suspiré, enigmática—. Por eso he querido prepararme con tiempo. Pero no me preguntes cómo saldré, ni adónde iré. Ya lo sabrás cuando me haya ido.

Entré en mi cuarto, cerré la puerta, y dejé a la chacha más preocupada todavía.

Dispuse entonces los últimos detalles de la escena final, para que no hubiese fallos que jeringasen el efecto: abrí primero la ventana para que entrara el aire, y abrí después el frasco para que salieran las píldoras.

Luego me tumbé en la cama, y me fui tragando una por una aquellas lentejas coloradas. Para tragarme las primeras pasé algunos apuros, pues la emoción me había secado la garganta. Y aunque las píldoras tenían la superficie lisa, resbalaban mal por las paredes secas de mi gástrico en su ruta hacia mi buche. Pero poco a poco y a fuerza de saliva, logré mi propósito.

—Todo se ha consumido —dije, patéticamente, cuando terminé de consumir el frasco entero.

Me entró entonces una pizca de pánico, unida a un ligero tembleque, por la bestialidad que acababa de cometer. Pero como ya no tenía remedio, decidí hacer algo para distraerme hasta el momento de cascar. Y como tenía el teléfono en mi mesilla de noche, se me ocurrió telefonar a Nati para despedirme de ella. Eso siempre hace bonito, e incluso suelen contarlo los periódicos que se dedican a airear los sucesos:

«última conversación de la interfecta». Y las porteras, al leerlo, se emocionan que da gusto.

Temerosa de que el barbitúrico empezara a hacerme efecto, marqué el número de Nati apresuradamente. Tan apresuradamente que debí de equivocarme, porque me salió la voz de un señor:

—Aquí la lechería. ¿Qué leche quiere usted?

Colgué y volví a marcar con menos apresuramiento. Mi amiga tardó mucho rato en contestarme, pues Nati dedica los días a reponerse de las cogorzas que agarra por las noches.

—¿Quién llama? —contestó por fin con voz aguardentosa.

—Soy Mapi —expliqué con la prisa de quien sabe que sus minutos están contados—. Quiero decirte adiós.

—¿Estás borracha tú también, rica? —se enfadó—. Si la primera palabra que me dices es adiós, ¿quieres hacer el favor de explicarme para qué me has telefoneado?

—Porque eres mi mejor amiga. En muchas ocasiones, fuiste también mi maestra. Siempre que tuve alguna duda, te pedí consejo a ti. Y aunque a veces me aconsejaste burradas, en general tus consejos me fueron muy útiles. Gracias a ellos, puedo vanagloriarme de haber llegado a ser una puta de provecho.

—Pero bueno —dijo ella muy extrañada, dándose palmadas en la cara para despabilarse del todo—. ¿A qué viene todo esto?

Yo le eché dramatismo a la respuesta:

—Todo esto viene porque yo me voy. Y no he querido marcharme sin despedirme de ti.

—¿Has ligado en provincias?

—No.

—Pues ¿adónde te vas?

—Muy lejos.

—¿A La Coruña?

—Más lejos aún, idiota —me irrité.

—Más lejos que La Coruña no hay nada.

Nati dijo esto con tanta seguridad, que me hizo dudar. ¿Estaría de veras La Coruña más lejos que La Muerte? Para ella, desde luego, sí. Porque Nati es tan patriota, que más allá de nuestras fronteras sólo ve un vacío absoluto. Para ella el mundo es redondo, pero pelado como el culo de una mona. A ella que no le vengán con América, con París, ni con zarandajas: todo acaba en La Coruña, que no se puede negar que está lejísimos también. De manera que, para conmovearla, decidí dejarme de rodeos. Y le dije con toda claridad:

—Me voy a matar. O mejor dicho, me he matado ya. Porque ya tengo el veneno dentro, y sólo estoy esperando a que me haga efecto.

—¿Qué quieres decir? —se asustó ella.

—Quiero decirte adiós —concreté—. Me voy al otro mundo, ¿comprendes? Y mi viaje ha empezado ya. Empiezo a sentirme fatal. ¡Adiós, Nati!

—¡Espera, mujer! —me gritó angustiada.

—No puedo... Adiós...

Y colgué el teléfono con mano temblorosa. Un sordo retortijón en las profundidades de mí misma comenzaba a amargarme. Y como presentía que el barbitúrico iniciaba su tarea de roerme las entrañas, adopté la posición en la que quería que mi cadáver fuese encontrado: el cuerpo bien estiradito sobre la cama, los párpados cerrados, la carta prendida sobre el pecho, las manos entrelazadas sobre el estómago...

«Ahora —me dije cuando concluí de componer la postura— sólo tengo que esperar».

Y esperé.

PEDAZO 4

PERO LA ESPERA SE PROLONGÓ un rato largo, sin que pasara nada digno de mención. El amago de dolorcillo seguía en el mismo sitio, sin ampliar su radio de acción ni su intensidad. En vista de lo cual, después de permanecer quietecita durante un cuarto de hora, abrí un ojo. Luego abrí el otro, y por último me incorporé en la cama.

«¿Estaré muerta ya —me dije— y no me habré dado cuenta? Como tengo poca práctica, por ser ésta la primera vez que me muero, ¿quién me dice a mí que no estoy en el otro mundo?»

Me lo dijeron en seguida los zapatos, que seguían apretándome y haciéndome polvo los pies.

Me lo dijeron también mis tripas, que empezaron a dolerme con creciente intensidad.

Y aunque yo tenía poca costumbre de morirme, comprendí por lo que me decían mi calzado y mi intestino que continuaba completamente viva. Porque las almas que ya se han separado de sus cuerpos no padecen de opresiones en los juanetes ni de retortijones en la barriga.

«Quizá sea necesario tener un poco más de paciencia», pensé volviendo a ponerme en «pose».

Permanecí otro cuarto de hora tan inmóvil como una piedra, con las manos juntas y los ojos cerrados. Y cuando ya empezaba a impacientarme, noté que una de mis piernas se iba quedando rígida e insensible.

«¡Joroba! —me dije—. ¡Ahora sí que me estoy muriendo de verdad!»

Y encomendé mi alma a Dios, diciéndole sencillamente:

«¡Allá va eso, Señor!»

Pero cuando terminé de encomendársela, comprendí que aquel síntoma había sido una falsa alarma: la rigidez de mi pierna no obedecía a que se estuviera muriendo por culpa del veneno, sino a que se estaba durmiendo a causa de mi inmovilidad.

En cuanto la desentumecí atizando con ella unas cuantas coces, se volvió de nuevo tan ágil como su compañera.

«¡Pues vaya una birria de barbitúrico! —gruñí—. Como es de fabricación nacional, me ha debido de tocar un frasco que no funciona. A este paso, me moriré de vieja».

Harta de estar tumbada boca arriba, pues también las nalgas se me estaban entumeciendo, me senté al borde de la cama para analizar mis síntomas:

«Es bastante raro que las píldoras, en lugar de amodorrarme la cabeza, me hayan descompuesto la tripa. Puede que sea un fallo del producto nacional: ¿será que por error las han fabricado al revés, y hacen efecto por abajo en lugar de hacerlo por arriba? El caso es que yo siento unos retortijones cada vez más fuertes...»

Pero tuve que interrumpir mi análisis, debido a que la puerta de mi cuarto acababa de abrirse violentamente. Y Nati entró como una tromba, gritando a pleno pulmón:

—¡Mapi!... Pero ¿qué has hecho, insensata?... ¿Estás viva aún?

—Sí —no tuve más remedio que admitir con cierto disgusto.

—¡Menos mal que he llegado a tiempo! —suspiró mi amiga, sentándose a mi lado y jadeando como un perro de caza que acaba de atrapar a una liebre—. En cuanto colgaste el teléfono después de decirme que te ibas a matar, me bañé, me vestí, me maquillé, me hice las uñas y me peiné. Y sin perder ni un minuto, he venido para impedir que hagas esa locura.

—Demasiado tarde, Nati: la locura ya está hecha.

—A medias nada más, puesto que estás viva todavía. Y los suicidios, cogiéndolos a tiempo, se pueden curar. Dicho sea sin ánimo de ofenderte, tú no tienes aspecto de estar en las últimas.

—Pero estoy en las penúltimas —me quejé, llevándome las manos al vientre—. Me están dando unos retortijones cada vez más fuertes.

Y mi amiga, haciéndose la entendida, opinó:

—Eso será de que habrás tomado algo que te ha sentado mal.

—¡Claro que tomé algo, despistada! —salté, furiosa—: el veneno para suicidarme.

—Es verdad, ¡qué tonta soy!

—No hace falta que lo digas: tonta perdida.

—¿Y qué clase de veneno tomaste?

—Un montón de píldoras para dormir.

—Pues las píldoras para dormir, como su nombre indica, dan sueño. Pero no retortijones.

—Eso es lo que me extraña —confesé—: que me duele horrores la barriga, pero estoy despabilada. A pesar de haber ingerido una dosis capaz de amodorrar a un elefante. Ahí tienes el frasco de las píldoras, completamente vacío.

Siguiendo mi indicación, Nati cogió el frasco que yo había dejado en la mesilla de noche después de vaciarlo.

—Pero estas píldoras —dijo ella después de haber leído la etiqueta— no son de veneno.

—Ya lo sé: son de un barbitúrico que también mata si se toma más de la cuenta.

—Tampoco son de barbitúrico, sino de diurético.

—No digas tonterías. ¡Si lo sabré yo!

—Pues yo lo sé igual que tú —insistió ella—, puesto que uso estas mismas píldoras para adelgazar. El frasco que estoy tomando ahora tiene una etiqueta idéntica: «Graselimín». Que quiere decir que elimina las grasas.

Comprendí entonces mi error, y me entró un cabreo espantoso. Porque yo había

querido coger el frasco de «Modorrina», que así se llama el barbitúrico por la modorra que produce. Pero como en el armarito del baño guardo también el «Graselimín», y las píldoras de este diurético son tan rojas como las del barbitúrico, me equivoqué como una imbécil.

—¿Y qué voy a hacer ahora? —dije desesperada y a punto de echarme a llorar.

—Lo primero que harás —profetizó Nati— es ir al retrete. Si yo voy más de una vez tomando sólo dos píldoras, ¡imagínate la de veces que irás tú habiéndote tomado un frasco entero!

Su profecía se cumplió de un modo fulminante: dos minutos después de que mi amiga lo hubiese profetizado, hice mi primera visita al lugar que ella profetizó.

A esa primera visita, en el espacio de pocas horas, siguieron otras muchas. Tantas, que aquella noche, compadecida de mi constante ir y venir a aquel lugar, mi criada me sugirió:

—¿Por qué no se lleva una novela y se queda allí sentada?

Pero yo no tenía ganas de leer, pues me puse tan mala que temí que me iba a morir.

—Pero ¿cómo que lo temías? —podrá exclamar con extrañeza alguien que lea esta confesión—. ¿No era eso lo que querías?

Quise morirme, sí —aclaro yo—, del modo que yo lo había planeado. O sea, limpia y bonitamente, al estilo de la Marilyn Monroe, que menudo alboroto armó con los pildorazos que se arreó. Y sin sufrir molestias ni dolores de ninguna clase.

Esta última condición es indispensable para que los suicidas lleven adelante su proyecto hasta el final. A eso se debe el éxito de los barbitúricos y los pistolazos: a que ambos procedimientos no duelen. Si los venenos produjesen retortijones de tripas y los tiros en la sien dolores de cabeza, se iba a suicidar su padre.

Porque sólo cuando empezamos a sufrir nos damos cuenta de lo bonito que es vivir. Y entonces deseamos con toda el alma que se nos pase el sufrimiento del cuerpo, para continuar viviendo. Y nos agarramos desesperadamente al mundo, como el percebe a la roca.

De aquella experiencia saqué una conclusión que quizá pueda serles útil a los médicos: para curar la enfermedad del suicidio, el mejor remedio es provocarle al enfermo un fuerte dolor. De tripas, de muelas, de ovarios o de próstata. No importa de qué o de dónde, con tal que sea un dolorazo imponente. Un dolorazo que no le mate, pero que le haga la mismísima.

Yo garantizo que el presunto suicida, entre cada quejido que le haga soltar el sufrimiento, rezará a todos los santos suplicándoles que le devuelvan la salud y prometiéndoles que no volverá a atentar contra su vida. Y no hablo por hablar, sino por propia experiencia. Porque yo, que pasé por ese trance, estuve en un grito rezando y prometiendo. Hasta que mi organismo volvió a la normalidad. Y cuando cesó mi

último retortijón, me sentí tan feliz como si hubiera vuelto a nacer.

Juré entonces que, pasara lo que pasara, no volvería a suicidarme. Y lo he cumplido a rajatabla, porque ¡cuidado que me han pasado cosas sin que volviera a caer en la tentación de quitarme de en medio! Pensándolo bien, por dura que sea la vida, es mucho menos dolorosa que la muerte. O dicho de otro modo menos fino, pero más claro: es preferible soportar el peso de un señor en la cama que el de una losa en la tumba.

Repito, por lo tanto, por si alguien lo ha olvidado, lo que dije al principio: que no le deseo el suicidio ni a mi peor enemigo, pues se pasa un mal rato fatal. Seguiré, pues, en este mundo, sin quitarme de en medio hasta que Dios me llame. (Esto último es sólo un decir, claro, porque ya sé que Dios es demasiado serio para llamar a una chica tan frívola como yo).

PEDAZO 5

GRACIAS A LA ABNEGACIÓN de Dora y Nati, que sólo me dejaron sola cuando yo estaba en el excusado (para no repetir una ordinariez tengo que decir una cursilería), salí pronto de aquel bache físico y moral. Del bache físico me sacó mi criada; del moral, mi amiga.

Dora me puso en orden el aparato digestivo a base de calditos, y me cebó después con platos apetitosos hasta hacerme recobrar los seis kilos que perdí.

Nati me hizo un lavado de cerebro a su manera, a base de restregármelo con las ideas que ella tiene sobre la vida. Y sus restregones fueron eficaces, pues sus ideas son ásperas como el estropajo. Allá van, después de los dos puntitos que pondré al final de esta frase, algunas de estas ideas que me soltó para levantarme los ánimos:

—¿Sacrificarte tú por las gorrinadas que te hicieron unos cuantos cerdos? ¡Vaya memez! Lo que debes hacer es procurar sacrificarlos tú a ellos, para sacarles todas las tajadas que puedas.

—Haz lo que yo, que he modificado el lema de la democracia: yo no digo «un hombre, un voto», sino «un hombre, un choto».

—Si la vida viene a ser como un suicidio lento, que al final siempre se consuma, ¿para qué precipitar su desenlace?

—Disfruta todo lo que puedas de la mala vida, pues siempre estás a tiempo de arrepentirte en el último minuto para tener una buena muerte.

—Suicidarse es rendirse. Y una chica tan mona como tú tiene que dar mucha guerra todavía.

—Por joven que seas y por mucho que te maquilles, la muerte no favorece nada.

—No por mucho suicidar, te redimes más temprano.

Con estas y otras filosofías que ya olvidé, pero que eran también bastante burras, Nati me hizo reír y me puso la moral muy alta.

—Más alta se te pondrá —me anunció al agradecerle lo que había hecho por mí— cuando sepas el choto que te busqué. Esto no quiere decir que me encuentre ya vieja y me haya retirado de la profesión para dedicarme a alcahueta. Pero las amigas son para las ocasiones, y me acordé de ti cuando se me presentó esta ocasión. Puedes sacar una pila de duros.

—Estoy pachucha todavía para hablar de negocios —dije haciendo un dengue—. Espera primero a que me reponga del todo.

—Te repondrás en un santiamén cuando sepas que lo que te ofrezco es un perito en dulce. Y empleo esta expresión porque se trata efectivamente de un perito mercantil. Pero ya no ejerce, porque hace unos meses acertó una quiniela de catorce. Y como él fue el único acertante, se llevó treinta y dos millones de pesetas.

—¡Qué bestia! —comenté.

—Por eso precisamente acertó: porque es muy bestia. Y dicen que hay que serlo para acertar en gordo. Sólo se acierta por lo visto poniendo en la quiniela las mayores bestialidades: que el Real Madrid pierde en su campo jugando contra once lesionados de un pueblo, y que todos los equipos visitantes golean a los que juegan en su casa. Como tantos disparates seguidos sólo se le pueden ocurrir a una auténtica bestia parda...

—Aparte de su bestialidad —quise saber—, ¿qué otros defectos tiene ese perito en dulce? ¿Es bizco y patizambo?

—¿Por qué va a ser bizco y patizambo? —me devolvió la pregunta Nati, extrañadísima.

—Alguna pega tendrá —desconfié—, cuando no lo explotas tú y me lo cedas a mí.

—¿Tan mala amiga me crees como para cederte un desecho de tintera?

—Perdona, chica. Pero cuando una zorra captura un buen gallo, se lo zampa ella sola y no se lo regala a otra zorra.

—Si no estuvieras convaleciente y debilucha, te daría un tortazo.

—¿Por qué?

—Por usar ese lenguaje, leñe —se cabreó mi amiga—. ¿Te parece bonito que me haya pasado una porrada de años corrigiéndote la sintaxis, la prosodia y la intemerata, para que ahora me sueltes esas ordinariencias?

—Vuelve a perdonarme —volví a excusarme—. Pero en esta nueva vida que voy a iniciar después de haberme suicidado, he decidido no ser hipócrita y decir todo lo que piense.

—En ese caso no vivirás mucho, porque algún día te matarán a palos. Y para empezar, si no estás dispuesta a fingir, el perito no te lo puedo ceder.

—¿Por qué no?

—El fingimiento es indispensable. Antes de que acertara la quiniela, ese tiparraco se acostaba con cualquier pellejo. Incluso el mío, que de eso le conozco yo. Pero desde que es millonario y puede pagarse todos los lujos, ha refinado sus vicios. Y ahora dice que sólo quiere acostarse con menores, al precio que sea. ¿Te das cuenta del filón que podemos explotar?

—No —confesé con toda franqueza—. Porque ni tú ni yo conocemos a ninguna menor que podamos suministrarle.

—Pues yo le he prometido que le presentaré a una chiquita preciosa, que aún no ha cumplido los doce añitos.

—¿Alguna sobrina tuya?

—No.

—Pues entonces, ¿quién es esa niña?

—Tú.

—¿Yo? —me quedé perpleja—. ¿Estás chalada?

—Yo me chalo en cuanto veo la posibilidad de ganar un duro —confesó Nati con un suspiro—. Pero si dices que a partir de ahora no quieres fingir, no hay nada que hacer. Porque para representar el papel de menor, tendrías que disfrazarte un poco.

—¿Cómo un poco, insensata? —me llevé las manos a la cabeza—. ¿Olvidas que mi quinta es bastante veterana? Yo nací antes que empezara la guerra.

—¿Cuál? Guerras ha habido tantas...

—La que llaman Movimiento, porque fue muy movidita.

—Pues eres joven aún. Las únicas mujeres viejas de verdad, que ya no hay por donde agarrarlas, son las que nacieron antes de la guerra de Cuba. Yo te garantizo que tú, con algunos retoques, podrías pasar por una niña. Algo zangolotina, pero niña al fin y al cabo.

—¡Vamos, anda! —rechacé—. Otra cosa no tendré, pero lo que sí tengo es un cuerpo de mujer que quita el hipo.

—Eso saldrá ganando el perito cuando lleguéis a la hora de la verdad. Porque al llegar a ese momento, por mucho que le gusten las menores, siempre le gustará más encontrar redondeces a las que agarrarse. Por las tablas lisas resbala el entusiasmo hasta caer al suelo.

No estuve yo muy de acuerdo y Nati tuvo que insistir:

—Lo que excita a esa clase de viciosos es pensar que están con una niña. Si al final resulta que la presunta niña es toda una mujer, miel sobre hojuelas. Como ya están excitados...

—¿Y qué necesidad tengo yo de andar disfrazándome y haciendo comedias, si ligo muy bien exhibiéndome tal como soy?

—Pero todo lo más que sacas, en las condiciones más favorables, es tres mil por noche.

—Cinco mil, rica —presumí y exageré—. Sólo algunas veces lo dejo en cuatro, porque a los amigos y clientes habituales les hago un veinte por ciento de rebaja.

—Pues el perito te daría diez mil diarias —me tentó la demonia—, y no tendrías que rebajarle ni un céntimo.

—¿Has dicho diez mil? —quise confirmar, no dando crédito a mis tímpanos.

—Sí. ¿No comprendes que es millonario y quiere divertirse a toda costa, sin mirar lo que le cueste?

—Pero a mí sí me mirará. Y si me mira, estoy perdida.

—¿Por qué?

—Se dará cuenta del engaño —razoné yo—. Para que yo pase a sus ojos como una cría de doce años, él no tendría que ser un perito en dulce, sino un merluzo en escabeche.

—Por ese lado no hay nada que temer —me tranquilizó ella—: es también un

merluzo imponente. ¿No te he contado ya que, gracias a lo bestia que es, acertó esa quiniela disparatada? ¡Tres equis y once doses, figúrate! Con lo lista que tú eres y lo tontorrón que es él, le harías creerse todo lo que te propusieras.

—¿Tú crees? —vacilé, encandilada por los dos mil dures que podía producirme cada jornada laboral.

—Estoy segura —me espoleó Nati—. Además de bruto, es miope. Tan miope, que los cristales de sus gafas son tan grandes y gordos como culos de garrafón. No verá tus patas de gallo ni cuando lo tengas encima.

—Pero los años de una mujer no se adivinan sólo por la vista, sino por el tacto —le hice observar a mi amiga—. Tú sabes muy bien que, pasando de cierta edad, hay zonas del cuerpo femenino que pierden su turgencia.

—¿Te refieres a las tetas?

—Pues sí —tuve que admitir—, aunque pretendía referirme a ellas con menos ordinariéz que tú.

—Se entiende una mejor sin eufemismos, que es como la gramática llama a los rodeos. Y tú, en ese aspecto, puedes engañar al tacto.

—No sé por qué.

—Pues porque eres de teta pequeña. Y ya lo dice el refrán.

—¿Hay refranes que hablen de esas cosas? —me extrañé.

—¡Ya lo creo! —dijo Nati con aplomo—. Hay uno que dice exactamente: «La mujer de teta menuda se conserva mejor que la tetuda».

—Me parece a mí que ese refranero te lo has sacado tú de la manga —desconfié.

—Puedo jurarte que es cierto —ofreció Nati, pero yo no quise obligarla a cometer perjurio.

Mentiría si dijera que no me halagó el hecho de que mi amiga me considerara capaz de pasar por niña, pues a todas las mujeres nos agrada parecer mucho más jóvenes de lo que somos en realidad. Esto por un lado, y por el otro las diez mil pesetas diarias ofrecidas por el cabrito, me animaron a aceptar la proposición de Nati.

Era lógico además que yo aceptara, por este razonamiento que me hice: puesto que al frustrarse mi suicidio podría decirse que yo había vuelto a nacer, nada más natural que después de mi nuevo nacimiento pasara por una nueva niñez.

—Sólo te pido —puse como condición a mi amiga—, que me des una semana para preparar mi presentación ante el perito en dulce. Aunque mi infancia no está muy lejana todavía, necesito algún tiempo para recordarla con detalle.

Nati aceptó. Y mientras ella calmaba la impaciencia del quinielista millonario, al cual la boca se le hacía agua pensando en mis encantos infantiles, que pronto iba a poseer, yo me dediqué a preparar esos encantos disfrazándolos para darle gato por liebre.

Pero ¡qué zorras somos algunas mujeres! Y sobre todo nosotras, que lo somos

oficialmente.

PEDAZO 6

UNA SEMANA DESPUÉS, concluidos mis preparativos para aquella productiva pero difícil aventura, llamé a Nati por teléfono.

—Ya estoy lista para ser presentada a ese merluzo —anuncié—. ¿Quieres venir a echarle el visto bueno a mi disfraz?

Nati vino casi corriendo, pues me dijo que el merluzo estaba tan excitado de tanto esperar que ya se subía por las paredes. Pero al verme disfrazada, se quedó parada. Y mirándome de norte a sur, me preguntó:

—¿No te parece que has exagerado un poco?

—¿Por qué? —quise saber, mientras me daba unos garbeos delante de ella para que me viese mejor.

—Porque sólo te falta meterte un chupete en la boca para parecer que estás disfrazada de recién nacida —me criticó ella—. ¿De dónde sacaste esa especie de babero con puntillas que llevas por delante?

—No es un babero —corregí—, sino un delantalito. Si tu niñez no se perdiera en la noche de los tiempos, recordarías que a todas las niñas les ponen delantalitos para que no se manchen de chocolate y mermelada cuando meriendan.

—Pero tú no saldrás con ese vicioso a merendar, sino a cenar.

—Le diré que el delantalito me lo puso mi mamá, para que no me manche de caviar.

—También me parece una exageración ese peinado que te has hecho, a base de dos trenzas con lazos en la punta.

—¡Claro! —discutí haciendo mohines infantiles—. Como eres tan viejorra, ya no te acuerdas de que así nos peinaban cuando éramos niñas.

—Pero con esos lazos tan grandotes no pareces una niñata —siguió criticándome la fulana—, sino una caja de bombones.

—De una caja de bombones los cogí —confesé—. Pero si los encuentras exagerados, puedo ponerme otros más chiquitajos. ¿Algún otro reparo?

—Sólo te pondré uno, pues el perito nos está aguardando y ya no hay tiempo de corregirlos todos: no puedes presentarte con esos zapatos.

—¿Cómo que no? —protesté—. Son los que me puse para el suicidio. Como me hacen el pie más pequeño, parezco más pequeña yo también.

—Lo que pareces es anacrónica.

—Eso lo parecerá tu padre —me apresuré a decir yo, por si acaso la palabreja era un insulto. Como Nati tiene un léxico así de largo y anda por el diccionario como Petra por su casa, te pone de chupa de dómine por lo finolis sin que te enteres.

—Anacrónica no es una palabra insultante —me explicó—, pues quiere decir lo mismo que rara o estafalaria. Y tú resultas rarísima con esos zapatos puestos encima

de unos calcetines infantiles. ¿Dónde has visto tú que se lleven calcetines de colegiala con zapatos de tacón alto?

Por carecer de calzado bajo, resolví el anacronismo cortando los tacones con un serrucho. Luego Nati me cogió de la mano, como suele hacerse con las niñas de verdad, y nos fuimos a la cita que ella había concertado con el perito en dulce.

—No le citarías en ninguno de los bares que frecuento —dije yo durante el trayecto—, y en los cuales toda la clientela me conoce. Si me ven entrar así, el cachondeo que se va a armar...

—¿Crees que soy idiota? —se ofendió mi amiga—. Le cité en una pastelería, que es el sitio adecuado para reunirse con una menor. Porque se supone que a las menores les gustan los pasteles, y no los tragos.

—Pues si yo exageré en la ropa, también tú has exagerado en la cita. A mí los dulces me dan un asco tremendo.

—Tienes que disimularlo, para que el merluzo se trague el anzuelo. Si en vuestra primera entrevista te echas al colete medio litro de ginebra, no se lo tragará.

—Está bien —me resigné con un suspiro—. ¡Lo que tiene una que sacrificarse para ganar dos mil cochinos duros diarios!

La pastelería era un local del año de la pera, con un mostrador y unas cuantas mesitas en las que se podía merendar al estilo antiguo. O sea, a base de materiales dulzones mojados en líquidos inofensivos y más o menos calentorros.

En una de las mesas nos esperaba el quinielista enriquecido por chiripa, que a la primera ojeada no me gustó ni pizca. La descripción que Nati me había hecho de él era bastante exacta, aunque ella omitió algunos detalles desagradables para que yo no me asustara. No me dijo, por ejemplo, que el fulano tenía dos orejas enormes y coloradotas, pegadas de cualquier manera a ambos lados de su cara como un par de filetes sin freír. No me habló tampoco de la verruga que lucía en uno de sus pómulos, ni de la papada que le cubría completamente el cuello de la camisa y el nudo de la corbata. ¡Con la náusea que me dan a mí las papadas! Tampoco me previno de que el perito se llamaba Policarpo, y por eso me eché a reír cuando lo mencionó al hacer las presentaciones.

—¿Por qué te ríes, nena? —se sorprendió mi amiga, sin salirse de su papel de alcahueta especializada en menores.

—Porque eso se avisa, jolines —dije tratando de contener mi explosión de hilaridad—. Oír de pronto que un señor se llama Policarpo, le hace gracia a cualquiera. Es nombre de personaje de «tebeo».

—Perdónala —me excusó Nati ante el perito—. ¡Es tan cría todavía!...

—¿Cómo de cría? —quiso saber el rijoso, acercándose su carota gafuda para verme mejor.

—Como a ti te gustan —dijo Nati, que no quiso concretar para no comprometerse

—: entre diez y quince añitos.

Los ojos de Policarpo, reducidos y deformados por los gruesos cristales de sus gafas, me parecieron dos de esos pececillos japoneses transparentes que a mí me dan tanta dentera. Pero le dejé que siguiera mirándome, para no chafar el negocio. Diez mil pesetas diarias es un salario nada mínimo, y es lógico que para ganarlo haya que hacer algunos sacrificios.

Por otra parte, aquel morlaco parecía fácil de lidiar. Tenía que ser más cegato que una almeja para haberse tragado tan fácilmente el cuento de mi niñez. De manera que decidí continuar la lidia, protegida por aquella cortina de dioptrías que ocultaba mi verdadera edad. Que no es mucha, pero que tampoco es tan ridículamente poca.

—¿Qué toma la nena? —preguntó el perito llamando al camarero—. ¿Un chocolatito?

—¡Una leche! —dije yo con bastante buena suerte, pues mi exabrupto fue interpretado como una declaración de lo que yo quería tomar.

En vista de lo cual Policarpo encargó dos chocolates a la francesa para Nati y para él, y un vaso de leche para mí.

Mientras nos tomábamos aquellas consumiciones tan repulsivas, el fulano no me quitaba gafa. (El ojo estaba detrás, pero en el local había tan poca luz que apenas se le veía).

Me di cuenta en seguida de que yo le había gustado. Y con esto no quiero presumir de psicóloga, pues no lo noté por la psicología, sino por la pierna. Por la pierna que el fulano me arrimaba por debajo de la mesa, cuya rodilla en punta se me hincaba en un muslo.

—Hablemos de la niña —propuso Poli, al que desde ahora le quito el «carpo» para ahorrar tiempo y bolígrafo.

—Antes de hablar de ella —dijo Nati, muy en su papel alcahueteril—, dime si después de haberla visto te interesa.

—La encuentro muy interesante —declaró él, sin quitarme gafa ni pierna—. Si es tan menor como dices...

—Fíjate si será menor —mintió mi amiga con aplomo—, que ni siquiera tiene documentación.

—Entonces, ¿no puedo ver su carnet de identidad?

—No, porque aún no ha cumplido la edad mínima para que se lo concedan.

Además de cegato, el quinielista era tontorro, ya que este razonamiento tan estúpido le convenció. Pero como todo comprador, siguió pidiendo informes de la mercancía que iba a comprar.

—¿Y la niña tiene familia?

—La niña —le informó Nati— es huérfana por los cuatro costados.

—Querrás decir por los dos —corrigió el perito—: por el costado padre y por el

costado madre.

—En los otros dos incluyo a tíos, primos y demás variedades de parentela — aclaró Nati—. Quiero decir con esto que la niña no tiene familiares de ninguna clase. Lo cual significa que puedes hacer con ella lo que quieras, sin riesgo de que aparezca algún pariente que te rompa las narices.

—Eso es una ventaja —admitió Poli.

—¡Vaya si lo es! —reforzó Nati—. Las menores, cuanto más abandonadas están, más seguras son. Y en este tipo de relaciones, hay que adoptar las máximas precauciones. Ya lo dice un refrán, para prevenir a los incautos.

—¿Qué refrán? —quiso saber él.

Y Nati se lo soltó:

—«El que con niñas se acuesta...»

—¡Por Dios! —la interrumpió el perito, señalándome escandalizado—. ¡No hables así delante de la nena!

La risa me dio tan de golpe, que me atraganté con el sorbo de leche que estaba tomando. Y los ojos se me llenaron de lágrimas, a consecuencia de la tos que me entró con el atragantamiento. Pero Poli interpretó mi reacción a su modo, y le dijo a Nati con reproche:

—¿Lo ves? La has asustado y está llorando.

A partir de aquel momento, comprendí que podía forrarme a costa de aquel mastuerzo. Si además de ciego era tan sordo que confundía el sonido de una risotada con una llorera, por mal que yo hiciese mi papel no iba a darse cuenta de la engañifa.

Nati, que estaba al quite para que yo no estropeará la faena con mis meteduras de pata, intervino con un hábil capotazo:

—La niña no llora de susto sino de hambre. A su edad se merienda fuerte.

—Pero si ahora se atiborra de golosinas —razonó el perito en dulce—, luego no tendrá ganas de comer. Y yo pensaba llevármela a cenar.

—Puedes llevártela a donde quieras —concedió mi amiga—, siempre que me abones por adelantado las estampitas que me has prometido.

—¿Qué estampitas? —quise saber poniéndome en guardia, pues eso me sonaba a timo.

—Diez estampitas verdes que me dará todos los días don Policarpo —me explicó Nati guiñándome un ojo—, y que yo guardaré para dártelas cuando seas mayor.

—¡Y un jamón! —dije yo.

—¿Además? —le pareció demasiado al fulano—. Yo creo que con diez estampitas diarias el jamón puedes pagarlo tú.

Haciéndome la inocentona aclaré que eso lo había dicho en tono de exclamación, para oponerme a que Nati se encargara de guardar mis estampitas.

—Pero tú eres muy pequeña todavía —trató de convencerme Poli— y las puedes

perder.

—No las perderé —insistí imitando la terquedad infantil—, porque tengo en mi casa una hucha. Y me ilusiona guardar mis estampitas en la raja de la hucha.

—Por mí —gruñó Nati cabreada por mi desconfianza—, puedes guardártelas en la raja de la hucha, o en cualquier otra raja donde te quepan. Pero no vuelvas a contar conmigo. Ésta es la última castaña que te saco del fuego.

—¿A qué castaña te refieres? —me hice yo la inocentona.

—¡A la de tu madre! —estalló ella, levantándose bruscamente de la mesa hecha una basilisca.

Antes de que el perito pudiera detenerla (que ni siquiera lo intentó porque el tío estaba ansioso de quedarse a solas conmigo), Nati se fue de la pastelería. Y de mi vida también, durante una larga temporada.

PEDAZO 7

POR AQUELLO DE QUE no hay mal que por bien no venga, la pérdida temporal de mi mejor amiga me produjo la ganancia de mi mejor cabrito. Nunca en mi larga carrera profesional, ni antes ni después de mis relaciones con Poli, logré ganar tanto dinero diariamente acostándome con un solo señor.

Puede que alguna compañera del gremio en su mejor momento físico, recién lanzada y considerada «nueva» en los mejores centros de contratación, haya logrado reunir dos mil duros en una sola jornada, limpios de polvo y paja. (Bueno: limpios de polvo, no). Pero a base de hacer muchas horas extraordinarias, trabajando en régimen de pluriempleo para varios señores.

Conozco bien esa clase de ganado, al que las profesionales llamamos caprino porque somos muy sinceras y dicharacheras, y me consta que es rarísimo poder sacarle diez verdes por sesión a un solo ejemplar. Casos semejantes se dan tan raras veces, que a esos ejemplares excepcionales se les asciende de categoría animal: dejan de ser cabritos vulgares, para convertirse en fabulosos mirlos blancos.

A mirlo impoluto ascendí yo a Policarpo, suprimiéndole todas las comparaciones zoológicas que antes le había aplicado. Incluso la de merluzo. Porque yo no he visto a nadie gastarse la pasta tan rumbosamente como a ese... iba a decir merluzo, pero digo señor. Y nunca dicho con más propiedad, porque ¡menudo señorío tenía el gachó!

Es cierto que embolsarse todos sus millones sólo le había costado hacer catorce garabatos en el papelucho de una quiniela. Pero hay quien hace fortunas mayores con menos esfuerzo todavía (el que da un braguetazo, por ejemplo), y luego no suelta una perra ni aunque le pegues martillazos en los nudillos.

A mi Poli en cambio, aunque parezca mentira, yo tenía que frenarle muchas veces para evitar que derrochara en soplagaiteces. ¿Alguien quiere saber qué entiendo yo por soplagaiteces? Pues allá va un botón de muestra:

Una soplagaites es pagar cuarenta mil pesetas por un filete. Como hubiera pagado Poli en cierta ocasión si yo no me hubiese opuesto. Y para que nadie me llame exagerada, contaré a continuación la historia de esa efemérides (palabreja que Nati me enseñó antes que nos peleáramos).

Como Poli era bobalicón, pero no hasta el punto de no saber que andar con menores está mal visto, procuraba que nadie nos viese juntos dentro de la capital. Y como él tenía uno de esos cochazos que suelen tener todos los que han ganado mucho dinero sin ningún esfuerzo, casi todos los días me llevaba a comer al campo.

—El aire campestre —me explicaba mientras conducía con una mano en el volante y la otra en mi muslada— es muy sano para las niñas como tú.

«Y menos peligroso —pensaba yo— para los viejos verdes como tú».

Pero nunca exteriorizaba mis pensamientos, como puede suponerse, para no matar al perito de los huevos de oro. (Esto suena regular, pero se entiende lo que quiero decir).

Ese campo pelado que rodea Madrid está lleno de mesones, tabernas y tabernáculos, donde se come mal pero sin que nadie te moleste. La moralidad, según parece, sólo se respeta hasta el límite del término municipal. Pasando de ese límite, todo vale y todo trapicheo queda impune. Es la ley de la selva, aunque en este caso sin árboles. Razón por la cual en los establecimientos de ese campo selvático te encuentras con las parejas más estrambóticas: jovenzuelas con viejorros, talludas con chulillos, y machos (es un decir) emparejados con otros machos.

Para no llamar demasiado la atención, Poli me llevaba cada día a un restaurante distinto. Y en uno de esos comederos rústicos ocurrió la soplagaitez que yo evité. Cuando el camarero vino a tomarnos la comanda, le dije:

—Quiero un filete.

—Lo siento —me replicó él—, pero filetes no nos quedan.

—¿Cómo que no? —intervino Poli—. Fuera he visto una vaca, pastando muy cerca de aquí. ¿De quién es esa vaca?

—Nuestra —contestó el camarero.

—¿Y de qué está hecha esa vaca? —siguió preguntando Poli, echándole ironía al diálogo—: ¿de carne o de pescado?

—De carne, naturalmente.

—Entonces, ¿por qué nos ha dicho que no le quedan filetes?

—Porque no vamos a matar la vaca, como comprenderá, para servirle un solo filetito a la niña.

—¿No? —se enfadó el perito—. Pues está usted muy equivocado, porque a la niña hay que servirle todo lo que pida. ¿Cuánto vale esa vaca?

—Por lo menos —calculó el camarero—, cuarenta mil pesetas.

—Mátenla entonces y sáquenla un filete —ordenó Poli—. Yo pagaré la vaca entera.

Y yo pregunto:

¿Era espléndido el perito o no era espléndido el perito?

Y yo contesto:

Era espléndido el perito. Pero como a mí esa esplendidez me pareció una soplagaitez, cambié mi menú y pedí chorizo frito. Con lo cual la vaca salvó su vida, y Poli no tuvo que pagar el filete más caro de toda la Historia Universal.

Para mí, como para todas las personas que nunca lo han tenido, el dinero es algo sagrado que no se debe despilfarrar. Y me daba una rabia tremenda que aquel millonario por chamba lo tirase a manos llenas, sin darse cuenta del trabajo que a los demás nos cuesta ganarlo.

«Pero ¡animal de bellota! —me dieron ganas de gritarle en aquella ocasión—. ¿Tú sabes la cantidad de filetes que tenemos que dar las mujeres como yo, para reunir lo que tú pensabas pagar por uno solo?»

Aparte de estas rabetas que Poli me provocaba con sus soplagaites, no podía quejarme de su comportamiento. El tipejo estaba totalmente convencido de que yo era una menor, y tenía conmigo las mismas deferencias que un tío pueda tener con su sobrina: me compraba dulces, me llevaba al cine, y me daba estampitas verdes para mi hucha.

Las estampitas tenía que ir a recogerlas a su casa por las noches, y éstos eran los únicos momentos en que nuestras relaciones sufrían una ligera transformación: él entonces dejaba de tratarme como una sobrina, aunque se comportaba conmigo como un tío. Pero aquí no digo tío en el sentido del parentesco.

Debo decir también que por ese lado, por el que podríamos llamar el aspecto nocturno de la cuestión, Poli era un vicioso muy sencillito. O sea que no le pedía peras al olmo. Esto suena mal, y será mejor que lo explique de otro modo.

Aunque gracias a Dios nunca tuve necesidad de adentrarme en el mundo del vicio, sé por referencias que los aficionados a las menores suelen ser muy retorcidos. No les gusta hacer las cosas por las buenas, como deben hacerse entre gente normal, sino que exigen a las chavalas que realicen una porción de guarrerías inventadas por ellos: que si ponte así, que si ponte asá... que si ponme la mano, Caridad, que yo me muero de un dolor... Tengo entendido, para no entrar en detalles, que las exigencias de este tipo de guarros son variadas y complicadas.

Mi perito, en cambio, era una excepción, pues funcionaba conmigo con la máxima rectitud y sin retorcimientos de ninguna clase. A él, para excitarse, le bastaba con creer que se estaba beneficiando a un guayabete de doce años. Y como eso se lo había creído desde la primera vez que me acosté con él, Poli se lo pasaba chanchi sin exigirme que adoptase posturitas raras ni que le hiciese numeritos especiales.

Con lo cual ambos salíamos ganando, pues yo lo mío lo hago muy requetebién. Pero si me sacan de lo mío y me piden actuaciones fuera de programa, resulto patosa e incluso sosaina.

PEDAZO 8

DESGRACIADAMENTE, como dice un refrán inventado por mí, «no hay felicidad que cien mil duros dure».

Por los cuarenta mil iba yo cuando todo se vino abajo. ¿Culpa de quién? De los agrios.

Todo el mundo sabe que los agrios constituyen nuestra gran riqueza nacional. En el suelo de este país se producen con exuberancia agrios de todas clases. No sólo naranjas y limones, sino también vinagres y yogures.

Y seres envidiosos, avinagrados y con la leche más amarga que el yogur, que son los agrios que merecen punto y aparte. Porque son los agrios más agrios de todos los agrios.

Seres que por desgracia no podemos exportar, pues no los quieren en ninguna parte, y que tenemos que tragarnos en el mercado interior. Pero aunque los tragamos, nunca los digerimos. Su envidia es tan indigesta que nos hace vomitar.

Son seres que no pueden consentir que nadie se divierta, porque ellos se aburren como bueyes uncidos a una carreta.

Son seres que dan golpes en la pared para que el vecino no pueda disfrutar oyendo música.

Son seres que desean la mujer del prójimo, porque la suya es gorda y fea.

Son seres que se ponen verdes como lechugas al contemplar los éxitos ajenos, porque ellos han fracasado en todas las tareas que emprendieron.

Son seres que no hablan mojando sus lenguas en saliva, sino en la más agria de todas las bilis.

Un agrio de éstos (o puede que un grupo, puesto que crecen en abundancia en todas las vecindades), denunció a la policía las «relaciones inmorales» que don Policarpo sostenía con una menor. A la legua se veía que no era una honesta denuncia contra la inmoralidad del perito, sino una envidiosa venganza contra el quinielista chambón que vivía como un sultán.

No obstante, cumpliendo con su deber porque para eso cobra, la policía «inició una investigación». O sea, que organizó el gran follón. Porque una noche, cuando estaba yo terminando de vestirme después de recoger mis estampitas, se produjo el corto circuito al juntarse los dos «polis». Con esto quiero decir, haciéndome la graciosa, que un «poli» (cía) se presentó en casa de «poli» (carpo).

¡Ja, ja, ja!

Ahora me río al hacer este chiste tan salado, pero recuerdo que entonces no me hizo ninguna gracia aquella visita nocturna. Ni al perito tampoco. Cuando el inspector le enseñó la insignia que llevaba debajo de la solapa, mi amiguete se puso más blanco que un trapo lavado con polvejos biológicos. Hasta yo, que estaba

poniéndome la falda en el cuarto de al lado, vi su blancura por una rendija de la puerta.

—Con su permiso —dijo el «poli» a «Poli»—, quiero hacerle unas preguntas a la señorita que le acompaña.

—¿A qué señorita? —se hizo él de nuevas, poniendo cara de panoli.

—A la que ha venido con usted estas noches pasadas, y también hoy —abrevió el inspector—. Les vi subir juntos y ella no ha salido todavía.

—¿De manera que me ha estado espiando?

—Vigilando, que no es igual.

—Pero muy parecido —se enfadó el perito—. ¿Y no le da vergüenza?

—Si la denuncia que he venido a comprobar es exacta —replicó con calma el policía—, a quien debería dársela es a usted.

—Yo no tengo que avergonzarme de nada —se defendió Poli con la táctica de hacerse el ofendido.

—Llame entonces a la señorita para que la interrogue. Porque no me negará que la señorita ha venido con usted.

El perito comprendió que era inútil negarlo y cambió de táctica una vez más:

—Conmigo, en efecto, vino una señorita —admitió—. Pero frente a la ley que usted representa, hay otra ley que todo caballero debe respetar: el incógnito de una dama.

—Lo siento —rechazó con firmeza el inspector—, pero ese incógnito no puede ser respetado en este caso.

—¿Por qué no?

—La denuncia que me trajo aquí asegura que su acompañante no es una dama, sino una niña.

—¡Dios mío! —exclamó Poli llevándose las manos a la cabeza, escandalizado en apariencia pero desesperado en realidad.

Y antes que él hiciera o dijera cualquier disparate, del que pudiéramos salir peor librados todavía, me armé de valor y salí de mi escondite.

—Aquí estoy —dije resueltamente, avanzando hacia los dos «Polis»—. ¿Qué pasa?

—Pero ¡Mapi...! —empezó a balbucir el perito, horrorizado.

—Lo he oído todo —confesé—, y sólo hay un medio de aclarar esta situación: que el señor policía me vea y me interrogue. Si ha venido a eso, déjale que se despache a gusto.

Tanto mi aplomo como mi desparpajo sorprendieron al polizonte, el cual se me quedó mirando con fijeza sin saber qué decir.

—Vamos —le animé con descaro, poniéndome en jarras—: estoy a su disposición. ¿Qué quiere preguntarme?

—Recurro a su caballerosidad... —empezó a implorar el perito al inspector, pero yo le interrumpí:

—Tú cállate. Y usted hable de una vez.

—Veamos —empezó el polizonte sin quitarme los ojos de encima—: ¿eres tú la amiguita que sale últimamente con don Policarpo?

—Antes de contestarle —dije muy seria—, permítame que le haga yo una pregunta: ¿en los interrogatorios a domicilio los obliga el reglamento a prescindir de la buena educación?

El inspector parpadeó antes de responder, desconcertado:

—Pues... no. ¿Por qué?

—Porque yo a usted no le conozco de nada, y sin embargo me está tuteando.

—¡Mapi, por favor!... —suplicó Poli, asustadísimo—. ¡Sí encima le provocas...!

—Tiene razón —dijo el policía sin ofenderse, pues era un tipo justo y simpático—. Repetiré la pregunta, rogando a la señorita que me excuse: ¿es usted la amiga de este señor?

—Eso de «la amiga» —respondí hábilmente para no comprometerme—, suena a una exclusiva que yo no tengo. Pertenezco al círculo de las amistades de don Policarpo, que es amplio y me incluye a mí entre sus numerosas amigas. ¿Acaso ha salido algún nuevo decreto declarando pecado la simple amistad entre un hombre y una mujer?

—No —me tranquilizó el polizonte—, pero sigue en vigor un decreto muy antiguo que condena cierta clase de amistad no tan simple.

—Concrete, majo —le rogué con desparpajo.

Y el policía concretó:

—Usted admite que sale con don Policarpo, ¿verdad?

—¿Por qué no voy a admitirlo? —me encogí de hombros—. Salgo y entro, como usted ya ha comprobado. Pero eso no hay ningún decreto que lo prohíba. ¿O lo hay?

—Según. La prohibición no existe a ciertas edades, pero a otras sí. ¿Puede usted enseñarme su carnet de identidad?

El perito creyó que había llegado su última hora, y puso cara de pez que se está ahogando fuera del agua. Nunca me pareció tan merluzo como entonces. Intentó decir algo, pero las palabras no le salían de la boca. Yo le miré con lástima, pues comprendí que a partir de aquel momento todo había terminado entre nosotros. Pero como no quedaba otra solución, suspiré y abrí mi bolso.

—Aquí tiene mi carnet de identidad —dije sacándolo y entregándoselo al policía.

—Pero... —logró balbucir Poli, mirándome estupefacto— ¿no decías que...?

—Tú cállate —le interrumpí— y deja que el inspector cumpla con su deber, para que nos deje en paz.

—Los dejaré inmediatamente —dijo él devolviéndome la cartulina plastificada

después de haberla examinado—. A la vista de su documentación, sólo puedo decir una cosa.

—¿Qué? —preguntó el perito con ansiedad.

—Que la señorita tiene derecho a hacer lo que le dé la gana.

—¡Pues claro! —gruñí yo, guardando mi carnet en el bolso—. ¿Qué se había usted figurado?

Y el «poli» se disculpó:

—La denuncia por un lado y su aspecto por otro me hicieron figurarme que era usted mucho más joven. Conste que no es por piropearla, pero nadie diría que usted nació en mil novecientos treinta.

Al perito se le abrieron unos ojos como platos antes de volverse a mí para preguntarme:

—¿Es cierto eso?

—¿Quieres callarte —le rogué— y dejarme que despache al inspector?

—Yo —dijo el aludido dirigiéndose a la puerta— estoy ya despachado. Que una mujer se acicale para parecer mucho más joven de lo que es en realidad, no constituye delito. Tampoco es delictivo que exagere el acicalamiento poniéndose trenzas y lacitos, hasta el punto de ser confundida con una niña. Todos sabemos que la coquetería femenina no tiene límites, y la ley tampoco se los pone. De manera que la denuncia queda rechazada, y perdonen las molestias.

Cuando el «poli» se marchó, antes de que el otro «Poli» abriera la boca me apresuré a decirle:

—¿Has oído? ¡Pasó el peligro de que te metieran en la cárcel! ¡De buena te has librado, majete!

Pero él no se dejó torear, y se revolvió hacia mí para embestir al tema que le interesaba:

—¿Es cierto que naciste en mil novecientos treinta?

—Afortunadamente —me defendí—. Gracias a eso, la denuncia ha quedado sin efecto y estás en libertad.

—¡Pero me has engañado! —empezó a gritarme él—. ¡Eres una estafadora!

—¡Alto el carrito, perito! —le paré los pies—. Yo nunca te dije mi edad.

—Pero tu amiga Nati me garantizó que eras menor.

—¿Y quién es Nati para garantizar un producto que ella no ha fabricado? Yo soy la única que podría hacerlo, y tú nunca me pediste ningún certificado de garantía.

—Pero Nati dijo que aún no habías cumplido quince años.

—Nati puede decir misa.

—¿Cómo va a poder decir misa si además de no ser cura es una embustera redomada? ¡Me habéis estafado entre las dos!

—Me estás ofendiendo, Poli.

—¡Y tú a mí me has estado estafando, Mapi!

—Según como se mire.

—Basta con mirar tu carnet de identidad.

—Vamos a analizar la cuestión —propuse—: tú, hasta ahora, ¿has gozado conmigo o no has gozado?

—He gozado —tuvo que admitir él—. Pero porque estaba engañado.

—Por lo que fuera, pero gozaste —remaché—. De modo que hasta ahora nadie te estafó, pues el placer que esperabas conseguir conmigo lo conseguiste. ¿Sí o no?

—Sí. Pero ahora, sabiendo que no eres una menor, ya no me podré excitar. Por lo tanto, todo ha terminado entre nosotros.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiré con resignación dirigiéndome a la puerta—. Los placeres que proporciona la carne, siempre son efímeros. Y cuando a un pedazo de carne ya se le ha sacado todo el jugo, no hay más solución que buscar otra tajada.

Dicho esto tan enjundioso y antes de que Policarpo pudiera reaccionar, salí de su casa. Y también de su vida.

PEDAZO 9

NO HAY ANIMAL más desagradecido que el hombre. Encima de que mi verdadera edad le salvó de ir a chirona por corruptor de menores, el muy guarro no tuvo el detalle de enviarme algún regalo para expresarme su agradecimiento: ni una joyita, ni un abrigo de visón, ni siquiera una cajita de bombones.

—¡Quinielista tenía que ser! —murmuré con rencor.

Y me quedé tan desahogada como si acabase de insultarle. Porque siempre he sentido un profundo desprecio por ese amplio sector social que rellena quinielas todas las semanas.

Para mí, la prueba más evidente de nuestro atraso (que ahora llaman «subdesarrollo» para que nos dé menos vergüenza) es el quinielismo. Que una elevada mayoría de compatriotas tenga que confiar su prosperidad económica a las patadas que pega una minoría, demuestra que España está lejos de poder tocar la flauta en el concierto europeo.

Los países que no pueden ofrecer oportunidades reales para progresar, son los únicos que ofrecen sorteos azarosos para soñar. A falta de fábricas, buenas son quinielas. Por eso yo considero unos desgraciados a todos los quinielistas, incluidos los que aciertan los catorce resultados.

No me dolió, por lo tanto, mi ruptura con aquel millonario sin solera y por casualidad, e incluso me alegré de no tener que seguir aguantando sus patochadas de nuevo rico. Tampoco podía quejarme del resultado final de la «operación menor», ya que en resumidas cuentas saqué cuarenta mil duros limpios.

Parte de aquel dinero la invertí en hacerme ropa, pues toda la que tenía era del año anterior y no me la podía poner. Un brusco alargamiento de las faldas, decretado astutamente por esos grandes mariconazos que son los modistas, dejó inservibles todos los trajes que las mujeres teníamos en nuestros armarios. Inservibles sin remedio, porque la astucia consistió en decretar un alargamiento de dos palmos. Con lo cual no cabía el recurso de sacar el dobladillo a las faldas viejas, pues los dobladillos siempre son roñosos y nunca alcanzaban las dimensiones de la nueva ampliación.

Tuve que gastarme, en consecuencia, una pila de dinero en trapos, debido a que la mujer es un producto que necesita una lujosa presentación para venderse bien. Y como yo estaba decidida a seguir alcanzando las más altas cotizaciones del mercado carnal, tenía que presentarme lujosamente envuelta. La elegancia del estuche realza la belleza de una joya.

Me equipé en una casa de modas llamada «SARASA», nombre que hacía pensar en que el dueño era de la acera de enfrente. Pero no. La casa se llamaba así porque el negocio era una sociedad anónima, presidida por una tal doña Sara. De allí le venía el

«SARA» inicial y el «SA» final.

La presidenta era una mujerona grande y huesuda, a la que sólo le faltaba andar a cuatro patas para parecer un auténtico caballo. Ella no rehuía este parecido, pues se vestía con trajes amplios y flojos como gualdrapas, e incluso se adornaba con collares tan largos que parecían riendas.

Sorprendía un poco que esa especie de bestia tan mal vestida fuese capaz de vestir tan bien a las demás, pero sus capacidades de trabajo y creación eran asombrosas. Doña Sara no sólo presidía el consejo de administración de «SARASA», sino que además diseñaba los trajes y dirigía las pruebas. Y sacaba tiempo para atender personalmente a toda su clientela.

Tuve ocasión de comprobarlo cuando fui a probarme los modelitos que me encargué, pues ella misma me atendió.

—Yo la ayudaré a desnudarse —me dijo entrando en el probador y cerrando la puerta con llave.

—No hace falta que se moleste —rechacé—. ¡Tengo tanta práctica!...

—De todos modos —insistió ella—, permítame que le eche una mano.

Y cuando quise darme cuenta, me había echado las dos.

—¡Qué busto tan firme tiene usted! —comentó mientras comprobaba su firmeza—. ¡Y qué nalgas! De duras que están, no hay forma de cogerles un pellizco. ¡Fíjese, fíjese!: intento pellizcarlas una y otra vez, pero mis dedos resbalan. ¡Vaya glúteos, macha!

—Es usted muy amable —agradecí.

—No es amabilidad, sino justicia. También sus muslos son perfectos. A usted se la puede tocar por aquí, y por aquí, y por todas partes, sin encontrarse ni un gramo de grasa. Otras mujeres, en cambio, menos jóvenes que usted, tienen celulitis por aquí, y por aquí, y por aquí...

¡Qué eficiencia la de doña Sara! Antes que yo pudiera reaccionar, la muy ladina me había magreado por todas partes. Ni una sola área de mi perímetro quedó sin recibir la visita de sus dedos. Y yo no reaccioné, por la sencilla razón de que la perplejidad me dejó paralizada.

Era la primera vez que me ocurría una cosa así. Mi inexperiencia en esta clase de situaciones, me hizo quedarme tan pegada como un alumno que se examina de una asignatura que desconoce. Porque para terminar mi carrera de experta en cuestiones sexuales, me faltaba el aprobado en esa cuestión: el conocimiento de las lesbianas.

Yo estaba harta de saber que la tortilla es un plato fuerte de la gastronomía sexual, pero ninguna aficionada a este plato me había invitado jamás a degustarlo con ella. Tampoco yo había tenido demasiado interés en realizar esta degustación. Quien haya leído estos papeles en los que he contado mi vida, sabe de sobra que me gusta saciar mis apetitos con los platos más sanos y sencillos. Pero ya que doña Sara me brindaba

la oportunidad de enriquecer mis conocimientos con esta nueva experiencia, decidí aprovecharla. Y la dejé hacer.

Más de veinte minutos estuvimos encerradas en el probador. Y al final, cuando ella hizo todo lo que quiso, me eché a reír. Así, como suena:

—Ja, ja, ja.

Como soy muy franca, siempre exteriorizo lo que pienso. Y al pensar en lo que había pasado entre nosotras, lo encontré tan ridículo que me entró la risa.

¿De manera que eso era todo? ¡Pues vaya una ridiculez! Nunca vi un espectáculo tan grotesco como el de aquella pobre señora, sudorosa y jadeante, excitándose ella solita con unas caricias que a mí me dejaban indiferente.

Aquella escena lamentable me sirvió para consolidar esta convicción que siempre tuve: todo lo que la Naturaleza tiene de sabia, lo tiene de puerca la Humanidad.

Porque no hay placer que se pueda comparar al amor normal entre un hombre y una mujer. ¡Con qué sabiduría está estudiado todo en ese acto! ¡Qué dosificación de las sensaciones, para que ambos actores de la función disfruten por igual! ¡Qué perfecta colocación de los elementos que ponen en juego ambas partes! ¡Qué ingeniosa sincronización de movimientos! ¡Qué estupendo invento, en fin, que nadie es capaz de mejorar!

Dios me perdonará si lo que voy a decir es una burrada, pero yo le doy gracias a Él cada vez que gozo con un señor. Le agradezco que haya capacitado a los seres humanos para alcanzar esas altas cimas de felicidad, no por breves menos maravillosas.

Y me indignan todos los sucios que alteran las reglas inmutables de esa función en un solo acto, representándola con actores pertenecientes al mismo sexo. ¿Cómo puede atentarse de ese modo contra el más perfecto de los placeres? ¿Cómo puede pretenderse enmendarle la plana a la mismísima Naturaleza, introduciendo variantes monstruosas en sus obras maestras? Porque entre las obras maestras más admirables de toda la Creación, está la gozada de hacer el amor como Dios manda.

Desprecio, por lo tanto, las aberraciones que se sacan de la manga los tarados de ambos sexos. Lo cortés no quita lo valiente, ni el ser puta le quita a una tener sana la mente.

Pero como la vida me enseñó a no desperdiciar ninguna ocasión que pueda producirme algún beneficio, aproveché la circunstancia de que doña Sara se hubiese enamorado de mí para sacarle los trajes a precio de ganga. Todo lo que tuve que hacer, fue dejarme querer cuando me iba a probar. Y como sólo me probé tres veces, no fue muy grande mi sacrificio teniendo en cuenta la enorme rebaja que conseguí.

Aunque parezca mentira, aquella mujer pagó mis favores mejor que cualquier hombre. Tan pingües fueron mis beneficios (ocho trajes por el precio de tres), que otra cualquiera hubiera pensado en abandonar el buen camino para lanzarse al vicio.

Otra cualquiera se habría hecho este razonamiento:

«Si las tías como la modista son tan rentables, ¿por qué no dejar a los tíos, que son tan rácanos en general, y dedicarse a ellas?»

Pero yo, ni siquiera lo pensé. Mis sólidos principios morales, que me hacen rechazar con repugnancia todas las depravaciones, me dieron las fuerzas necesarias para no caer en esa tentación.

Ya equipada de pies a cabeza con los últimos gritos de la moda, volví a mi vida sexual sana y sin complicaciones.

PEDAZO 10

SI SE QUIERE HABLAR CON PROPIEDAD, no se puede decir que mi vida sea una novela. En las novelas suele haber varios personajes, ligados por lazos familiares o amistosos, cuyas historias se entrecruzan y forman una especie de urdimbre o cañamazo. Por ejemplo:

Hay una prima que se enamora de un primo, un hermano pequeño que se muere con las meninges hechas virutas, o un hijastro que se lía con su madrastra. Luego, a medida que avanza el relato, las cosas se arreglan o se complican más aún, pero los personajes son siempre los mismos hasta el final.

Mi vida, por lo tanto, no fue nunca una novela propiamente dicha, sino más bien una serie de novelas cortas pegadas unas a otras, con un factor común a todas ellas: la protagonista.

Yo fui protagonizando, una detrás de otra, docenas de novelitas cortísimas totalmente independientes. Cada hombre que pasó fugazmente por mi vida, me dejó el pequeño argumento de una breve historia. Quizá por eso, desde que empecé a escribir mis recuerdos, no los dividí en capítulos novelísticos, sino en pedazos sueltos. Por otra parte también, el nombre de «pedazos» encaja perfectamente en el relato de una vida como la mía, pues así es como suele acabar toda chica como yo: hecha pedazos.

Pero aunque todo lo que me ha ido pasando no constituya una novela al estilo habitual, yo lo seguiré escribiendo. A mi aire y con mi estilo. Ya no puedo dejar de hacerlo. Se ha convertido en otro de mis vicios. La punta del bolígrafo para mí es ahora como la aguja de la jeringuilla para el drogado. Y bajo los efectos de esta droga, me paro hoy a hacer las siguientes reflexiones:

Hace mucho tiempo que me dio la ventolera de escribir. Más que ventolera puede decirse que fue un verdadero vendaval, pues éste va a ser el cuarto montón gordo de papeles que escribo. Y como todos los escritores de ambos sexos, también yo he tenido siempre un cuaderno de notas en el que fui apuntando muchas cosas que me pasaban y otras muchas que se me ocurrían.

Algunas de estas anotaciones están ya tachadas en mi cuaderno, pues las pasé corregidas y aumentadas a mi autobiografía. Pero me quedan otras inéditas que no incluí, por ser observaciones personales o recuerdos fragmentarios que no encajaban en la continuidad de mi relato. Y creo que estas notas, aisladas y sin relación las unas con las otras, tal y como yo las apunté en mi cuaderno, tienen una gran importancia para conocerme mejor.

Son como pinceladas sueltas, de colores muy diversos, que completan el cuadro que he pintado de mí misma. Porque es posible que yo, al pintar mi personalidad, haya dejado pequeños huecos en blanco. Sería muy natural, puesto que soy poco

ducha en el manejo de los pinceles. Y esos huecos se llenarán de color con estos retoques.

El pedazo presente, por lo tanto, no será compacto como los demás: será un puñado de pedacitos, con los cuales pueden echarse remiendos para tapar las zonas más desnudas de mi retrato.

Allá van pues, copiadas literalmente, las notas de mi cuaderno:

Fragmento de diálogo que sostuve con un señor que me invitó a una copichuela, y con el cual no me acosté porque me encontró cara:

—¿Y cómo se gana usted la vida? —le pregunté muy finamente.

—A base de pelotas —me contestó.

—No sea ordinario, hombre.

—No es una ordinariez, sino la pura verdad.

—Pero eso se puede explicar con más elegancia —insistí—. Porque usted lo que quiere darme a entender, es que le echa mucho valor a sus actividades para salir adelante. ¿No es eso?

—No, guapa. Lo que yo quiero decir es lo que he dicho: que me gano la vida a base de varios pares de pelotas, porque soy malabarista.

—Pues yo —me dijo un ricachón— no puedo gastarme todo el dinero que tengo.

—Yo puedo decir lo mismo, sólo que al revés: no tengo todo el dinero que puedo gastarme.

No puede negarse que la lengua francesa es rica. Tiene un verbo que a mí me parece una verdadera joya: el verbo «enmierdar».

En castellano tenemos «incordiar» y «fastidiar», pero ambos se quedan cortos. Porque hay cosas que no sólo incordian y fastidian, sino que van más lejos aún: enmierdan.

Gracias a este verbo tan gráfico, en Francia existen las personas «enmierdadoras».

En España existen también, pero tenemos que conformarnos con llamarles «fastidiosas». Y eso resulta tan benévolo como llamarle «tontaina» a un «gilipollas».

La nieve es el granizo pasado por una máquina, que lo corta en rodajas delgaditas. Por eso, en los pueblos pobres que no pueden comprar esa máquina, caen unas granizadas que lo despanzuran todo.

No hay que fiarse de las apariencias. Yo sé mejor que nadie cuántos defectos físicos oculta la ropa. Anoche mismo, cuando tuvo que quitarse los zapatos y los calcetines, un señor me confesó:

—Tengo tantos callos y durezas, que todos los meses voy al pedicuro para que me pele los pies como si fueran patatas.

En toda mi vida, sólo he asistido a un único concierto de música clásica. Pero me bastó para hacerme una idea muy clara de mis preferencias en esa rama del Arte:

A mí el compositor que me gusta es un tal Wagner, porque sus piezas meten

mucho ruido. Y cuando las tocan, puedes toser y charlar de tus cosas sin que protesten tus vecinos de localidad.

No soporto, en cambio, a esos compositores finurris, como Debussy y comparsa, cuyas piecicillas sólo tienen sonidos tan delgaditos que apenas puedes respirar si quieres oírlos. Y si hablas, o te ríes, o sueltas un eructo, el público se indigna y te echan del concierto. Como me echaron a mí de la manera más tonta: en la orquesta había un músico muy gordo, que soplabá en una flauta muy flaca. El contraste era tan gracioso, que me entró la risa cuando al gordinflón le tocó soplar a él solito en su flautita. ¡Y se armó un fregado en la sala!...

He aprendido el suficiente inglés para saber que a mí no me gusta el *playboy* (chico que juega), sino el *payman* (hombre que paga).

Los diez mandamientos prohíben desear a la mujer de tu prójimo, pero no al hombre de tu prójima.

¿Quién se atreve a decirme que yo peco cuando deseo a un señor casado y me acuesto con él? Lean el decálogo, queridas esposas, y a chincharse tocan.

Para entrar en aquel local tan elegante, no sólo había que llevar corbata: además, la corbata, tenía que ser bonita.

Después de tratar a una porrada de marqueses, condes y nobles en general, he llegado a una conclusión: casi todos son unos chisgarabís.

Pensándolo bien, no hay grado de nobleza más alto que el de ser un gran artista. Y si en mi mano estuviera, que por desgracia no lo está, yo concedería títulos nobiliarios para premiar a los seres excepcionales que ganan batallas en el campo artístico.

Esta idea tan buena, que de puro buena parece mía, no se me ha ocurrido a mí. Se le ocurrió hace mucho tiempo a la monarquía inglesa, que dio con esta ocurrencia una prueba admirable de amor al arte.

Inglaterra, que no se chupa el *finger*, como dicen por allí, sabe que nada ennoblece tanto a un país como sus grandes artistas. Y les concede títulos de nobleza, con derecho al noble tratamiento de «Sir» y «Dame». Ahí están, sin ir más lejos, el actor Sir Laurencio Olivier, y la bailarina Dame Margot Fonteyn.

España, en cambio, tan generosa siempre para conceder honores a sus militares, no lo fue nunca para premiar a sus paisanos. Y nuestros artistas más ilustres se fueron de este mundo no sólo sin un ducado en sus apellidos, sino también sin un ducado en sus bolsillos. Y con la pequeña amargura de no haber podido lucir en sus tarjetas, mientras vivieron, más título que un modesto «don».

Ahí están también, sin ir más lejos tampoco, don Ricardo Calvo y doña María Guerrero. Yo no conocí a ninguno de los dos, pero me han hablado muy bien de ambos. Y me consta que en Inglaterra hubieran sido Sir Richard Calvo y Dame Mary Guerrero. Pero en este país sólo son un par de simples artistas, vivos solamente en la

flaca memoria de los pocos que aún los recuerdan.

¡En qué país tan ingrato nos ha tocado vivir, joroba!

Una compañera bastante viciosa me contó confidencialmente en qué consistía su vicio:

—Antes de hacer nada con un hombre, necesito que me sacuda para excitarme.

—Pues no me parece nada anormal —comenté—. Eres como una de esas medicinas en cuyo frasco se recomienda: «Agítese antes de usarla».

Desde hace algún tiempo, mi profesión está pasando una mala racha. Y no por la competencia que nos hacen otras mujeres no profesionales, que se han soltado el pelo con esta moda nueva de la libertad sexual. (Porque ahora hay hombres que te dicen: «¿Te atreves a pedir tres mil pesetas por lo que hago con mi novia gratis?»)

La mala racha que pasamos es debida al pluriempleo. Todo el mundo sabe que los españoles, para alcanzar un nivel de vida decoroso, tienen que trabajar en varios puestos a la vez. Hay compatriotas que por la mañana es empleado del Estado, por la tarde perito mercantil y por la noche acomodador de un cine. Otro vende por la mañana hortalizas en el mercado, vende por la tarde electrodomésticos a domicilio y vendería por la noche su alma al diablo si el diablo se la quisiera comprar.

Hasta los ministros, para redondear sus ingresos, tienen que trabajar como consejeros de distintas sociedades e incluso como presidentes de consejos de administración.

Los españoles, por lo tanto, no se ganan el pan con el sudor de su frente, sino con el de sus frentes en plural. Porque tienen que combatir en varios frentes a la vez para ganar la batalla de la vida.

Es cierto que así consiguen ganar mucho dinero, pero en cambio no les queda tiempo para gastárselo. Y nosotras, que siempre hemos vivido del ocio de los hombres, ¿cómo vamos a vivir de unos hombres que ahora nunca están ociosos?

¡Lástima que mi niñez esté tan lejos, porque ya no puedo jugar con muñecas! Y ahora esa rama de la juguetería ha alcanzado una perfección increíble.

Cuando yo era niña, lo más que hacían las muñecas era cerrar los ojos cuando se las tumbaba de espaldas, decir «mamá» cuando se les apretaba la tripa, o romperse en mil pedazos cuando se las tiraba al suelo.

Hoy se fabrican modelos irrompibles con materiales que parecen carne de verdad. Y si antes sólo decían «mamá», su vocabulario se ha ampliado de tal forma que ahora son capaces de recitar la lista completa de los reyes godos y la tabla de multiplicar.

En cuanto a sus movimientos, limitados antiguamente al sube y baja de sus párpados, puede decirse que ya no tienen límites: hay muñecas que andan, que saltan a la comba e incluso que hacen una sesión completa de gimnasia sueca.

Pero lo más asombroso de todo es la incorporación a estos juguetes de muchas funciones fisiológicas, que realizan con tanta perfección como usted y como yo. Esas

niñitas artificiales comen, beben, lloran con lágrimas y mean con pipí.

Ya sólo falta que leamos en los papeles este anuncio:

«Me llamo Caquita. Soy la muñeca que además de todo lo que hacen las otras, hago también caca. Basta con darme un apretón en el vientre, para que yo me ponga a cagar. Mi caca es tan espesita y olorosa, que parece auténtica. (Cada “Caquita” va equipada con un bidón para recargarla, que permite hacer a la muñeca trescientas deposiciones abundantes)».

Cuando los juguetes han llegado a ser tan perfectos, ¿verdad que da pena no tener ya edad de jugar?

—Pero ¡no seas paleta! —le dije a un fulano que lo era hasta las cachas—. ¿Crees de veras que un «striptís» es un cóctel que se toma con paja?

En general, las que empiezan siendo «niñas difíciles», suelen acabar en mujeres fáciles.

Un abuso: ¿por qué tengo que pagar un duro a la encargada de los lavabos cuando orino si la orina la pongo yo?

PEDAZO 11

FARDANDO LOS TRAPITOS de la firma «SARASA», me lancé a alternar. Pero para no caer otra vez en la depresión que me condujo al suicidio, decidí buscar nuevos campos de operaciones.

Madrid seguía creciendo vertiginosamente, o sea muy deprisa, y todos los días se inauguraba un nuevo bar en una nueva manzana de casas.

Yo achaco este crecimiento rápido e incesante de la capital a la mojigatería del gobierno que teníamos entonces. Porque tan mojigatos eran los ministros, que ponían toda clase de obstáculos a las diversiones nocturnas para que la gente se acostara temprano. Y si a la gente se la obliga a meterse en la cama cuando aún no tiene sueño, ¿qué otra cosa puede hacer para divertirse antes de dormir?

Para mí, ése fue el motivo principal de que Madrid duplicara en pocos años su número de habitantes. Abra usted muchos «naiclús» y deje que la gente se juerguee hasta bien entrada la madrugada, y nacerán menos niños.

Ahí están como ejemplo los países nórdicos, que se pasan las noches bebiendo y bailando, motivo por el cual su población apenas aumenta. Pero dejemos las cuestiones demográficas y volvamos a mi historia.

Entre los bares recién abiertos, elegí para operar en esta etapa los más sofisticados. O sea, los que cobraban un huevo por un culín de *whisky*. (Como hasta ahora nadie ha sabido explicarme qué significa exactamente eso de la «sofisticación», yo aplico la palabreja para designar las cosas más caras).

En un bar carísimo, que parecía el salón de una casa particular pues estaba amueblado con tresillos y en las paredes había retratos de abuelos al óleo, pesqué unos cuantos peces gordos. El vivero del que procedían estos peces era un hotel cercano, nuevo también y de lujo por más señas. Y como en el bar del hotel no dejaban entrar chicas solas, los huéspedes que querían jarana se iban a tomar sus copas al local sofisticado.

Una, por lo tanto, no podía cogerse los dedos al alternar con esos clientes, ya que el hecho de que vivieran en un hotel tan lujoso garantizaba su solvencia económica. Y para ponerme a tono con la elegancia de mi clientela, decidí dar a mi nombre un aire más internacional: dejé de llamarme «Mapi» por una temporada, y me convertí en «Mapy».

—¡Qué estupidez! —comentará alguien.

Y yo replico:

No niego que a primera vista este cambio puede parecer estúpido, ya que la fonética de mi nombre no cambió en absoluto. Pero no es la fonética quien da la categoría, sino la ortografía. Y no cabe duda de que la «y», sólo por el hecho de ser griega, le da un empaque exótico a la palabra más vulgar.

(Citaré como ejemplo el caso de una chiquita bastante mona, que no ligaba ni con un enano. Se llamaba Pepa Goñi. Pues bien: un día decidió llamarse Pepy Goñy, y empezaron a salirle unos ligues fenomenales. ¿Por qué?: pues debido a que algo de exotismo le va muy bien al esnobismo).

También a mí me fue divinamente con esa modificación ortográfica, debido a que los tíos encontraban interesante que yo me llamara «Mapy con y». Alguno pensaría que, por el mismo precio, siempre da más gusto estar con una chica que tiene algo de extranjera.

Sólo con un cliente este truco me falló, e incluso estuvo a punto de plantarme cuando empecé a esnobearle con mi extranjerismo.

—Pues si no eres nacional —me dijo sin rodeos—, no hay nada que hacer, rica.

—¡Qué patriota, jolines! —me descaré—. ¿Tienes acaso un enchufe en el régimen?

—No —me explicó él—, pero he viajado mucho por fuera de España. Y después de numerosas experiencias, he llegado a la conclusión de que no hay furcias como las nuestras.

—Pues si eso no es patriotismo...

—Eso es el resultado de un estudio objetivo de las relaciones «furcia-cliente», hecho en diversas capitales europeas. Podría ponerte muchos ejemplos que confirman mi conclusión, pero sólo te pondré uno: el de cómo se desarrollan esas relaciones en París. ¡Nada menos que en París, fíjate, que presume de ser la capital suprema de los amores fáciles!

Y a continuación, como yo me mostré interesada por conocer los métodos laborales de mis colegas francesas, él empezó a hablar. Y como su relato fue sumamente aleccionador, lo voy a transcribir tal y como me lo contó. Éstas fueron todas las palabras que salieron de sus labios:

—En cuestiones idiomáticas, querida y españolísima Mapi con «i» latina, los franchutes no se muerden la lengua. Y al decir lengua, me refiero al idioma.

»Su diccionario, además de ser tan gordo como el nuestro, es más expresivo. Allá va un ejemplo que lo demuestra: la parte de calle que en España llamamos “acera”, palabra sosa e inexpresiva, en Francia se llama “trotuar”. No hace falta ser ningún filólogo para adivinar lo que la palabra quiere decir: espacio destinado a que los peatones troten.

»¿Cabe una definición más acertada que ésta? Puesto que la acera se destina a trotar, es en realidad un “trotadero”. De allí vino sin duda el nombre de “trotacalles”, que algún clásico pillín se trajo de un viajecito a París para designar a las fulanas que trotan por las aceras a la caza de clientes.

»No necesito decirte que en París, cuna de todas las frivolidades, nació el oficio de “fér le trotuar”, importado y traducido en España con el nombre de “hacer la

carrera”. Y no cabe duda de que ése fue su lugar de nacimiento cuando se comprueba la perfecta organización que ese oficio ha alcanzado en la capital francesa. Yo he tenido ocasión de comprobarlo en un viaje que acabo de hacer a París, y te cuento mi experiencia personal para que juzgues tú misma las ventajas que tienen nuestras imperfecciones vernáculas sobre las perfecciones foráneas.

PEDAZO 12

«UNA NOCHE —entró en materia el fulano después del prólogo anterior—, iba yo paseando por los Campos Elíseos de París. Que por cierto no tienen nada de campos propiamente dichos, pues vienen a ser como si dijéramos la calle Mayor de ese pueblo.

El objetivo de mi paseo no era turístico, sino erótico. Una vez más había fallado la leyenda, y la capital francesa no me había proporcionado esa aventura amorosa gratuita que según la propaganda encuentran todos sus visitantes. De manera que para no volver sin un recuerdo picante que contar, decidí tener esa aventura por el único procedimiento que no falla en ninguna parte: pagando.

Para esta modalidad del amor París sí está bien preparado, pues los “trotuares” de sus Campos Elíseos son de una anchura que permite maniobrar holgadamente a un ejército de furcias. No me fue difícil, por lo tanto, encontrar lo que buscaba. Que no fue tampoco lo primero que vi, pues en mi paseo me crucé con numerosas candidatas que aspiraban a ser elegidas.

Mi elección recayó en una rubia de buen ver, que ya había trotado lo suyo pero que aún estaba para muchos trotes. Era joven y me atrajo su rostro sensual. Y por si no sabes lo que es un rostro sensual, te aclaro que así es como llaman los literatos a la cara de golfa.

Elegida la compañera para mi “maravillosa aventura en París”, me detuve a negociar con ella las condiciones de nuestro “idilio”. Y aunque las negociaciones se desarrollaron en lengua francesa, te traduciré literalmente el diálogo que sostuvimos:

—Buenas noches —saludé yo.

—Son buenas, en efecto —admitió ella—, pero conmigo pueden ser mucho mejores.

—Eso pretendo precisamente. Si llegamos a un acuerdo...

—Son cincuenta francos, monsieur.

—¿Antiguos?

—En francos antiguos cobraré la gran madre de monsieur —dijo la rubia refiriéndose a mi abuela—. Yo cobro en nuevos.

—Bueno —acepté el precio—. Puesto que estamos de acuerdo, vamos.

—Pero vamos despacio. Antes quiero advertirle que esos cincuenta francos sólo le dan derecho a estar conmigo quince minutos.

—¿Y encima quiere que vayamos despacio? —protesté—. Tendremos que salir corriendo a toda velocidad para poder hacerlo todo en tan poco tiempo. ¡Hala, empiece a correr!

—Los quince minutos empezarán a contarse cuando entremos en la habitación.

—Eso ya está mejor. Pero ¿quién los contará?

—Yo —dijo ella, enseñándome su reloj de pulsera—. Tengo un cronómetro de toda confianza. Y en un cuarto de hora hay tiempo de sobra para hacer el amor. Una sola vez, naturalmente, que es a lo que da derecho la tarifa.

—La tarifa y el tiempo —observé—. Porque con los minutos tan contados, ni un mono sería capaz de hacerlo más veces. Bueno: un mono puede que sí, porque no tiene que desnudarse.

—Ni usted tampoco.

—¿Cómo que no? —me sorprendí.

—Sólo por cincuenta francos, como usted comprenderá, no nos vamos a desnudar ni usted ni yo.

—Pues no lo comprendo —confesé—. ¿Cómo nos las vamos a arreglar entonces?

—Yo me subiré la falda, y usted se bajará el pantalón.

—El caso es que así —dudé—, no me voy a apañar.

—“¿Apañar?” —repitió ella extrañada, pues yo no había encontrado la traducción justa para ese verbo y lo dije en español—. ¿Y eso qué significa?

—Que a mí esa rapidez de hacer el amor como si fuera un churro, no me va. Porque yo, para esas cosas, soy algo lento.

—Si es usted lento, pague un suplemento.

—¿De cuánto? —me informé, pues al día siguiente tenía que pagar mi cuenta en el hotel y no andaba muy sobrado de divisas.

—Por cincuenta francos más podría estar con usted media hora. En ese precio, y sin ningún recargo, le haría la concesión de que pudiera desnudarse totalmente.

—¿Yo solo?

—Bueno —amplió la rubia sus concesiones—: también me desnudaría yo.

—Es usted muy generosa.

—Me gusta hacerme una clientela, eso es todo. Siendo ésta la primera vez que va a estar conmigo, quiero que quede satisfecho para que vuelva.

—Con esas tarifas —gruñí—, tendré que ahorrar antes de volver. Pero hoy haré un esfuerzo, porque es sábado sabadete. Y la carne es flaca.

—¿Cómo? —se ofendió ella—. ¿Qué carne dice usted que es flaca, monsieur? ¿La mía?

—La carne en general —traté de explicar.

—Será flaca la de su gran madre —aludió de nuevo a mi abuela—. Porque la mía, como puede verse y también tocarse cuando se paga la tarifa...

—No se enfade —interrumpí—, ni se ofenda. Mi alusión a la flaqueza carnal nada tiene que ver con la gordura de usted. Es un dicho español.

—¡Ah! —me miró con desconfianza—. ¿Es usted español?

—Sí.

—Entonces no tendrá que pagarme el cincuenta por ciento por adelantado.

—Gracias.

—No me lo agradezca, porque no he terminado aún: no tendrá que pagarme únicamente la mitad, sino la totalidad.

—¡Caramba! ¿Por qué?

—Ustedes los españoles siempre andan escasos de dinero. Como España es un país poco desarrollado...

—¿Usted qué sabe? —protesté.

—Es posible que nosotras no sepamos muchas cosas —admitió ella—, pero de economía sabemos una barbaridad.

—Debería usted saber entonces que mi país se está desarrollando con una rapidez inusitada. ¿No ha oído hablar del milagro español?

—¡Bah! Ustedes los españoles siempre hablan de lo mismo: de milagros y de santos. Como son tan católicos...

—Me refiero al milagro económico. Sepa usted, señorita, que gracias al Plan de Desarrollo...

Y a continuación hice un resumen de los resultados que se iban obteniendo en los campos de nuestra industria y de nuestro comercio. Para un buen patriota como yo, cualquier momento y cualquier sitio son adecuados para exaltar el progreso de su patria.

Confieso que la rubia no escuchaba mi disertación con demasiado entusiasmo, e incluso se mostró impaciente cuando le expuse algunas cifras y estadísticas de gran interés.

—Al grano, monsieur —me cortó al fin—. No estamos negociando la entrada de España en el Mercado Común, sino la entrada de usted en mi cama. De manera que no trate de catequizarme contándome milagros de ninguna clase. Págueme por adelantado, o láruese.

La flaqueza de mi carne hizo que me tragara mi orgullo patriótico. Puede que otro día cualquiera me hubiese largado con dignidad. Pero como era sábado sabadete...

—Está bien —accedí, sacando de mi cartera un billete de cien francos. Y al entregárselo quise saber—: El pago de esta cantidad, ¿me da derecho a tutearla?

—Durante la media hora que durarán nuestras relaciones, sí.

—¿Y puedo saber cómo te llamas?

—Brigitte.

—Debí suponerlo.

—¿Por qué?

—Desde que la señora Bardot se hizo célebre, “Brigitte” se ha convertido en el nombre de batalla del puterío francés. Es un desagradable tributo que ella debe pagar a su popularidad de mujer sexy. Pero a mí no me parece mal. Cuando vuelva a mi tierra y cuente mi aventura en París, podré jurar sin perjurar que me acosté con

Brigitte. Y presumiré de lo lindo, dejando que el apellido lo ponga la imaginación de cada cual. Dime ahora, Brigitte, adónde vamos.

—Muy cerca de aquí —dijo poniéndose en marcha y haciéndome un gesto para que la siguiera—. La habitación no te costará nada.

—¡Qué bien! —me alegré de que algo fuera gratuito, para compensar el fuerte gasto inicial—. ¿Vas a llevarme a tu casa?

—A la mía, no. A la de mi Julio.

—¿Qué? —me detuve en seco—. ¿Cómo has dicho?

—Que vamos a casa de mi hombre.

—Eso no me hace ninguna gracia.

—No me has pagado para que sea graciosa, sino cariñosa.

—Precisamente por eso —seguí resistiéndome—. ¿No crees que resultaría un poco violento que fueras cariñosa conmigo delante de él?

—No te preocupes: él estará durmiendo en otra habitación.

—Pero si se despierta, se enfadará.

—Al contrario.

—¿Cómo al contrario? ¿Quieres decir que se pondrá muy contento?

—Claro: se alegrará de que yo haya encontrado un cliente. Como trabajo para él...

—¿Por qué? —pregunté, sorprendido.

—Mi Julio no puede trabajar.

Me imaginé a un pobre infeliz en una silla de ruedas, inmovilizado a consecuencia de Dios sabe qué dramático accidente. Quizás el torno de una fábrica le segó una pierna. O quizás una caída, al transportar un pesado fardo, le rompió la columna vertebral... Y sentí una repentina compasión por aquella valerosa mujerzuela.

—Perdóname —dije emocionado—. No sabía que tu hombre estuviese impedido.

Esta vez la sorprendida fue ella cuando me preguntó:

—¿Y quién te ha dicho que lo está?

—Tú misma acabas de decirme que no puede trabajar.

—Pero no porque esté impedido, sino porque se lo impide su categoría. ¿Cómo quieres que trabaje un hombre que me tiene a mí y a otras cuatro como yo trabajando para él?

El caballero que todos los españoles llevamos dentro, sobre todo cuando salimos al extranjero, me salió a relucir.

—En España —dije en tono despectivo—, los hombres como el tuyo que viven de las mujeres, tienen un nombre.

—Y aquí también —me replicó ella sin inmutarse—: ¿no te he dicho ya que el mío se llama Julio? Anda, monsieur: aligera el paso, que me estás haciendo perder

mucho tiempo».

PEDAZO 13

«ENTRE EL FRIO QUE REINABA en la calle y el chulo que reinaba en la casa —continuó relatándome el patriota después de una pausa—, mis ánimos decayeron bastante.

Cuando al fin llegamos al piso y nos metimos en el “cuarto de trabajo” de la rubia, el termómetro de mi excitación había descendido muchos grados.

—Vamos, desnúdate —me apremió, empezando a hacerlo ella para darme el ejemplo.

—Deja primero que entre en calor —rogué mientras daba unos saltitos para activar la circulación sanguínea de mis piernas.

—¡Estáte quieto! ¡Vas a despertar a Julio, que duerme aquí al lado!

Me detuve en el acto y bajé la voz para decir:

—Es que me estoy quedando tieso. Pero de frío.

—Enchufaré la estufa.

—¿Qué estufa? —pregunté, pues a simple vista no se veía en la habitación ningún aparato eléctrico.

—Ésta —dijo ella, agachándose a meter en un enchufe el extremo de un cable que serpenteaba por el suelo.

Siguiéndolo con la vista llegué al otro extremo, en el que había una estufita tamaño de bolsillo con un gusano incandescente no mucho mayor que una luciérnaga.

—Ahora —añadió cuando enchufó aquella birria— ya puedes desnudarte.

—Pensándolo bien —me desanimé al observar la pequeñez del gusanillo—, creo que prefiero quedarme vestido.

—De acuerdo —se alegró ella—. Así acabaremos antes. Pero sí tendrás que quitarte los zapatos, para no manchar las sábanas.

Una vez descalzo y después de haberme desabrochado los botones estrictamente indispensables, me tumbé junto a ella. Pero antes de que tuviéramos tiempo de ponernos las manos encima, me incorporé a escuchar un extraño rumor que acababa de oír.

—¿Qué ruido es ése? —pregunté.

—Los ronquidos de Julio —me informó.

—Pues suenan como si estuviera durmiendo en la misma habitación.

—Los tabiques son muy delgados. Pero no te distraigas y vamos a lo nuestro. Cuando entramos aquí puse en marcha mi cronómetro, y ya han pasado seis minutos de tu media hora. Te quedan veinticuatro.

El frío, unido al nerviosismo que me iban creando la prisa de la rubia y los ronquidos del chulo, enfriaban mis reflejos. Y mi mecanismo erótico no acababa de ponerse en marcha.

—¿Qué te pasa? —me reprochó ella al no observar ninguna reacción favorable.

—Ya te advertí que soy lento —me disculpé.

—¿No será que no tienes ganas?

—¿Crees que si no las tuviera te habría pagado por adelantado?

—No comprendo entonces por qué no aprovechas tu dinero.

—Es que no tengo costumbre de hacer el amor dentro de una nevera.

—Eso de la nevera no lo dirás por mí, ¿verdad?

—Lo digo por el cuarto.

—Pues la estufa está enchufada y da calorcillo.

—Haces bien en decirlo en diminutivo, porque da tan poco que ni se nota.

—A lo mejor es que no te gusto. Si yo te gustara, mi proximidad bastaría para calentarte.

—Supongo que sí me gustarás.

—¿Qué es eso de que supones? —se enfadó ella.

—Con toda la ropa que llevas encima, sólo puedo hacerme una vaga idea de cómo eres en realidad.

—Tú decidiste que no nos desnudáramos.

—Yo decidí que no me desnudaría —puntalicé—, pero esperaba que lo hicieras tú.

—¡Pues vaya un caballero español! Él calentito, vestido de pies a bragueta, y la dama en cueros pescando una pulmonía.

—Me pareció que eras menos friolera que yo. Como hace un momento aseguraste que esa estufa microscópica te daba calorcillo...

—Deja ya de discutir —me cortó ella mirando su reloj—, y ponte en condiciones de una vez.

—Ten paciencia, mujer.

—Yo paciencia sí tengo. Lo que tú ya no tienes es mucho tiempo. Porque te advierto que has desperdiciado un cuarto de hora.

—¿Sí? ¡Vaya! ¡Qué deprisa pasa el tiempo en tu cronómetro!

—No insinuarás que pretendo escatimarte los minutos que has pagado, ¿verdad?

—¡Qué disparate, mujer! —lo arreglé—. Mis palabras no encerraban una acusación, sino un piropo. Decirte que a tu lado el tiempo pasa volando, es una forma de piropoarte. Nosotros, los caballeros españoles...

—¡Cállate! —me cortó ella, incorporándose en la cama para escuchar.

—¿Qué ocurre? —me incorporé yo también, inquieto.

—Ya no se oyen los ronquidos de mi Julio. Eso significa que se acaba de despertar.

—¡Vaya, qué mala pata!

—Malísima, en efecto, porque mi Julio se pone de un humor pésimo cuando alguien le despierta.

—¿Y quién le habrá despertado?

—Tú.

—¿Cómo yo? —protesté—. Pero si no me he movido de aquí.

—Pero como hablas tan fuerte y los tabiques son tan delgaditos...

—Es que si encima de todas las limitaciones que me has puesto, tampoco voy a poder hablar normalmente...

—Normalmente sí, pero no a gritos. Ya veremos lo que ocurre ahora.

—¿Qué crees tú que puede ocurrir? —quise saber, empezando a alarmarme.

—Depende de la reacción de Julio —me explicó la rubia bajando la voz—. Algunas veces reacciona bien, y se limita a golpear furiosamente en la pared para que cesen los ruidos y pueda seguir durmiendo. Pero otras reacciona mal. Y entonces...

—¿Qué hace entonces? —quise saber.

—Se levanta de la cama y organiza la de San Quintín.

Como del hecho histórico ocurrido en San Quintín pueden organizarse muchas versiones, que van desde la escaramuza parcial a la batalla total, pregunté a la rubia qué versión solía organizar su chulo.

—No se ciñe a un programa fijo —me informó ella—. La mayoría de las veces suele venir gritando como un energúmeno y esgrimiendo una navaja. Pero no tienes que preocuparte, porque lo hace solamente para asustar. Y en el peor de los casos, cuando está muy furioso y da un navajazo, nunca llega la sangre al río.

—Has conseguido tranquilizarme por completo —dije yo, más intranquilo que nunca—. ¿Y cuándo sabremos si ha reaccionado bien o mal?

—Sus reacciones no se ciñen tampoco a un horario determinado. Tendremos que esperar.

—¿Pues sabes lo que te digo? —anuncié levantándome de la cama—. Que vas a esperarle tú solita, porque yo me largo.

—Pero ¿cómo te vas si aún no me has hecho nada? —protestó ella.

—Prefiero irme sin hacerte nada a ti, que quedarme y exponerme a que me hagan algo a mí.

—Pues te advierto que después del tiempo que me has hecho perder, el dinero no lo vas a recuperar. ¿Qué culpa tengo yo de que no lo hayas aprovechado? De manera que si te vas, despídete de tus cien francos.

—Me despido de ellos y también de ti. Los caballeros españoles pagamos lo que adquirimos, aunque luego no lo usemos. Yo siento irme sin usarte, pero tú lo comprenderás: cuando las cosas se tuercen, no hay forma de enderezarlas.

Salí zumbando de allí, y no paré hasta mi hotel».

PEDAZO 14

ÉSTE FUE EL RELATO que me hizo el caballero, y éste el comentario que yo hice al final:

—Esa tía tenía menos clase que una zorra de pueblo.

—Pues he tropezado por esos mundos con muchas como ella. Ya habrás comprendido por qué rechazo ahora a las furcias extranjeras. Ni las nacionales más baratas llegan a tales extremos de cicatería.

—Desde luego —estuve de acuerdo—. Aquí jamás cobramos por adelantado. Y en caso de gatillazo, sólo cobramos la mitad del precio estipulado.

—También sois más generosas en la medida del tiempo. La chica a precio módico que te llevas «para pasar un rato» no pone en marcha ningún cronómetro.

—Eso puede que sea porque las chicas modestas no tienen cronómetro.

—Y porque el tiempo en España tiene menos valor —añadió él—. No es oro en su totalidad, como en el extranjero, pues buena parte de nuestro tiempo lo dedicamos a siestas o lo perdemos por las calles llegando tarde a todas partes. Por eso, el «rato» contratado con la furcia tiene una cómoda elasticidad. Puedes hacer la cosa a tu ritmo, sin que te obliguen a apearte de la cama en marcha al cumplirse los minutos reglamentarios. Tampoco tienes que pagar un plus por haber tardado quince segundos más en abrocharte los pantalones. Puedes también echar un párrafo con la fulana, e incluso dos, sin ningún recargo. Y hasta es posible que ella te haga un descuento del veinte por ciento si toleras que te cuente su vida y la escuchas sin pestañear.

—Es que las españolas somos más humanas y simpáticas —concluí yo—. Es posible que la humanidad y la simpatía no sean muy rentables en este negocio, pero lo hacen mucho más llevadero.

Resultó que aquel xenófobo era muy putófilo también, y pasó largos ratos con todas las chicas que frecuentábamos el bar. No sé lo que le cobrarían las demás, pues nosotras no tenemos tarifa fija. Se nos considera artículos de lujo, no sujetos por lo tanto a precio de tasa como los artículos de primera necesidad. Pero yo al xenófobo le hice un descuento, en atención a que su putofilia era de un nacionalismo rabioso.

«Hay que consumir productos españoles», dice el gobierno. Y también hay que premiar a los patriotas que los consumen, digo yo.

Digo siempre muchas cosas, porque tengo siempre muchas ideas. Allá va otra, sin ir más lejos, que se me ocurrió por aquella época:

Hay una sección en todos los periódicos que interesa una barbaridad a los lectores: «Vida Social». Pero hay otra que les interesaría muchísimo más: «Vida Sexual».

Ambas secciones, en realidad, tendrían cierto parecido, pues habría que redactarlas con el mismo lenguaje. Gran parte de los chismorreos sociales, al fin y al

cabos, son en el fondo chismorreos sexuales. ¿Dar la noticia de una boda no es acaso decir de un modo fino que una señora se va a acostar con un señor? Y anunciar el nacimiento de un niño, ¿no viene a ser como pregonar a los cuatro vientos que la pareja progenitora tuvo relaciones íntimas con todas sus consecuencias?

De esta misma clase, aunque más a lo bestia, serían las informaciones que recogiese la sección «Vida Sexual». O sea que en vez de informar de una «puesta de largo», informaría de una «puesta de cuernos». Y daría cuenta también no sólo de las parejas legales que forma el matrimonio, sino de las ilegales formadas por el adulterio.

Esta fue mi idea, que nadie debe echar en saco roto. Siendo el sexo la gran fuerza motriz del género humano, los papeles tienen la obligación de dedicar más espacio a la vida sexual. Y si suprimiesen de paso todas las ñoñerías de la vida social, miel sobre hojuelas de papel.

Hablé de esto con un periodista que conocí en el bar de lujo próximo al hotel, pero el muy cretino no aprovechó mi idea. Sí aprovechó en cambio una cogorza que yo agarré, para acostarse conmigo sin pagarme ni cinco. Además de ser un cerdo, no tenía ningún olfato periodístico. Porque ¿no es cierto que la sección que yo le sugería hubiera tenido un éxito formidable?

Supongo que esta ocurrencia tan inspirada la tuve por el tipo de vida que hice en aquella época. Porque así como hay temporadas en que las señoras hacen una intensa vida social, hay temporadas también en que las fulanas hacemos una intensa vida sexual. Y en los meses que siguieron a mi suicidio, quizá por superar la psicosis depresiva que me condujo a la decisión de autocascarme, puede decirse que sólo me apeaba de una cama para montar en otra. En la mía paraba poco. Hubo semanas completas durante las cuales mi cama permaneció intacta y con la colcha puesta, pues dormí todas las noches fuera de casa.

—La señorita se va a matar —me decía mi chacha cuando yo llegaba a media tarde para cambiarme de ropa y volver a salir.

—Todo lo contrario, Dora —rebatía yo—: hago esta vida, precisamente, para distraerme y no matarme.

—Pero la resistencia humana tiene un límite —insistía ella.

—La mía, por ahora, es ilimitada.

—Por ahora, puede ser. Pero no hay cuerpo que aguante tanta copa por un lado y tanta cópula por otro.

—¡Bah! —despreciaba yo—. Sólo tenemos una vida.

—Usted, a este paso, sólo va a tener media.

Dora tenía razón. Las personas no somos de hierro. Nuestros organismos están hechos de tejidos muy delicados. Y si no se cuidan los tejidos, te jodes.

Pero yo era joven aún. Demasiado joven para pararme a pensar que la juventud no

debes derrocharla si quieres conservarla. Cuando llegas a cierta edad, necesitas convalecer después de una juerga, como si acabaras de pasar una enfermedad. Y esta convalecencia va siendo cada vez más larga, a medida que vas siendo más vieja.

A mí me faltaban muchos años para llegar a ese límite. Yo podía salir de una juerga y meterme en otra, sin más descanso entre las dos que el tiempo justo para darme una ducha y lavarme los dientes. Todos mis tejidos aguantaban perfectamente este esfuerzo, sin sufrir ningún desgarrón ni necesitar ningún remiendo.

Una vez más, en aquel período de intensa vida sexual, quedó demostrado que tengo una salud a prueba de bomba.

—Sin embargo —diría Dora si leyera este párrafo—, se vio usted obligada a interrumpir bruscamente ese período por motivos de salud.

Eso diría Dora, porque eso fue lo que yo dije a todo el mundo cuando tuve que retirarme de la circulación con carácter transitorio. Y fueron, en efecto, motivos de salud los que forzaron mi retirada.

Pero no de mala salud porque mi cuerpo funcionara mal, sino todo lo contrario: fueron motivos de buenísima salud, porque mi cuerpo funcionaba demasiado bien. Prueba de su buen funcionamiento es que no me retiré porque estuviera enferma, sino porque estaba embarazada.

* * *

Separo este párrafo del anterior con tres estrellitas, para marcar que al poner el punto y aparte me quedé pensativa. Y triste también al recordar los días tan amargos que pasé con motivo de mi embarazo.

De las meditaciones que tuve en el espacio marcado por las estrellitas, saqué la conclusión de que la vida está llena de paradojas gordas. Y desagradables. Lo que para muchas mujeres es motivo de inmensa alegría, es para algunas motivo de grave preocupación. A mí, por ejemplo, mi preñez me sentó como un tiro de escopeta en la oreja. O sea, mal.

Tanta suerte había tenido hasta entonces, que al principio atribuí el retraso de mi regla a causas ajenas por completo al embarazo.

«No es posible —me dije— que después de tanto tiempo me haya sucedido esto. Con el trote que le he dado a mi matriz, debo de tenerla más pachucha que una alpargata vieja. Esto debe de ser el cambio de tiempo, o que he cogido frío...»

Pero el tiempo cambió por completo, el termómetro subió y yo seguí igual: sin novedad en ese frente.

«Es posible —tuve que empezar a admitir— que precisamente por no haber tenido nunca problemas, me haya confiado demasiado. Y en la confianza está el peligro. Nunca adopté precauciones muy severas, y menos aún en etapas de intensa actividad profesional como esta que acabo de pasar. Porque más de una noche la pasé

con un señor dentro de un coche. Y aunque ya hay coches con asientos que se transforman en camas, no los hay aún con radiadores que se transformen en bidés».

Dos semanas después, al cumplirse más de un mes, mi sospecha se convirtió en certeza. Y me detuve a pensar: «¿Qué voy a hacer?»

Y no me supe contestar.

Entonces me di cuenta de lo sola que estaba en este mundo. No tenía a nadie que me pudiera aconsejar. Mi familia se había disuelto en el país como un terrón de azúcar en un lago. Mis amigos eran un rebaño de cabritos, a los que no podía recurrir. (Como todos se habían acostado conmigo, hubieran creído que yo estaba pretendiendo colgarles el mochuelo de la paternidad. Y más o menos deprisa, todos hubieran salido zumbando).

Tampoco me quedaban amigas, pues las pocas que tuve fueron encontrando amores más duraderos que los míos y retirándose a posiciones más estratégicas. Hasta Nati, esa vieja zorra llena de experiencia que tan buenos consejos me dio siempre, me había mandado a hacer puñetas desde que dudé de su honradez en el asunto del perito en dulce.

De modo que, en resumidas cuentas, yo estaba más sola que la una y pico. El pico era aquel pequeño intruso que se me había colado dentro de la tripa, y que no aliviaba con su presencia en mis entrañas la sensación de soledad que yo experimentaba.

No podía aliviarla porque para mí era eso: un intruso. Mentiría si dijese que aquel inesperado embarazo hizo vibrar en mí la cuerda del sentimiento maternal. Cuando escribo esta confesión, tengo la seguridad de que esa cuerda existe en la guitarra de mi organismo. Pero entonces no vibró.

Esto me hace deducir que el fenómeno de la maternidad, para que resulte emocionante, tiene que producirse en la mujer de un modo consciente. Ella debe no sólo desear que le hagan el hijo, sino también saber quién se lo ha hecho. Ella puede así amarlo desde que empieza a gestarlo; en primer lugar porque quiso tenerlo, y en segundo porque sabe aproximadamente qué aspecto tendrá.

En mi caso, sin embargo, no se produjo ninguna de estas circunstancias: a mí jamás se me había pasado por la imaginación parir un rorro, ni podía saber con exactitud quién era su padre. Ya conté que en las semanas que precedieron a mi embarazo hice una vida sexual muy intensa, de modo que ¡cualquiera localizaba al charrán que me había hecho esa charranada! Salvo error u omisión, cerca de treinta fueron los charranes a los que hubiera podido atribuirles la paternidad. Casi tantos como los números que tiene la ruleta. Tan difícil, por lo tanto, como acertar un número en la ruleta era para mí acertar cuál había sido el padre.

Tengo interés en explicar con minuciosidad estos antecedentes, para que no se me trate con severidad al juzgarme por las consecuencias que voy a relatar a continuación.

PEDAZO 15

QUE TODAS LAS MUJERES SE PONGAN una mano en el corazón, y me digan con franqueza: ¿puede amarse a un ser al que no consideramos hijo nuestro, sino fruto de un desgraciado accidente laboral? ¿Quién es la guapa que pare a gusto un crío sin rostro, procedente de treinta señores bastante desagradables y por los que no sintió ni el más ligero afecto? ¿Hay alguna ley que pueda condenarme por no haber querido cargar con ese mochuelo?

Mis primeras preguntas harán vacilar a muchas, pero a esta última me contestarán todas:

—Pues sí: hay una ley, y muy rigurosa por cierto. Y esa ley dice que no se debe cortar el vuelo de ningún mochuelo. Y esa ley, que en algunos países ha sido derogada, en España sigue en vigor.

Y yo me callo, porque comprendo que no soy la persona más indicada para discutir la legislación del Código Moral. Pero si yo no fuera tan discreta y no me callara, habría mucho que hablar sobre si es verdaderamente un delito impedir que nazca un hijo de puta.

Habría mucho que hablar, en efecto, pero no aquí. En estos papeles me limito a escribir todos los hechos de mi vida, sin vanagloriarme de lo que hice bien y sin pretender justificarme por lo que hice mal. Y el hecho que me ocurrió, y que no puedo omitir dada la sinceridad de este relato, es que decidí librarme de aquella complicación. Por las buenas. O mejor dicho por las malas, pues esas cosas no pueden hacerse por las buenas.

Antes de lanzarme a buscar un especialista que me echara una mano, puse en práctica lo que podríamos llamar las «recetas caseras». Con ellas se peca poco, pues son las que suelen poner en práctica las amas de casa más católicas.

Y se comprende que contengan una dosis muy pequeña de pecado, ya que su eficacia es casi nula. A mí, por ejemplo, no me sirvieron para nada ni los pediluvios con agua hirviendo, ni las purgas, ni los tragos de ginebra que me eché al colete.

Probados y fracasados todos los remedios domésticos, busqué la solución fuera de casa.

A una compañera muy corrida que frecuentaba el mismo bar, y que tenía pinta de haber pasado por todo, le pregunté si conocía a alguien que pudiera solucionarme aquella papeleta. Pero tuve que preguntárselo dando muchos rodeos. El asunto era muy delicado y yo no podía decirle de sopetón:

—¿Puedes darme las señas de un abortador?

Nadie se atrevería a contestar una pregunta tan directa. Esa clase de información hay que obtenerla con tacto y diplomacia. De manera que sostuve con aquella experta tan corrida el siguiente diálogo:

—Escucha, Tina —la abordé en la barra del bar, donde se estaba pimplando un *piper*—. Me encuentro en una situación que podríamos llamar bastante embarazosa.

—¿Qué clase de situación?

—No eres muy perspicaz, maja. Si he dicho «embarazosa», creo que está claro.

—Pues aclárate más, guapa, que a mí el *piper* se me sube a la cabeza y me nubla la perspicacia.

Y me aclaré:

—De embarazosa a embarazada no hay más que un paso, y ese paso ya lo he dado yo. Eso es lo que te quiero decir.

—Pero bueno —se me quedó mirando desconcertada—: ¿cuánto tiempo llevas en esta profesión?

—¡Uf! —contesté y ella me comprendió, pues ya se sabe que «¡uf!» es una abreviatura que significa un rato largo.

—¿Cómo se explica entonces que una experta como tú se haya dejado preñar como una novata?

—¿Qué más da la explicación? —abrevié—. Lo importante es que estoy preñada. Y como es la primera vez que me ocurre esto, no sé qué tengo que hacer.

—Tú no tienes que hacer nada: la Naturaleza lo hace todo. Tú sólo tienes que esperar nueve meses, y tendrás el rorro ya hecho.

—Eso es precisamente lo que no quiero, ¿comprendes? —me aclaré más todavía—. ¿No conoces a nadie que pueda ayudarme?

—Pues sí —me dijo Tina, y yo vi el cielo abierto mientras ella continuaba—: conozco a un tipo que hace tiempo me ayudó a salir de una situación tan embarazosa como la tuya.

—¿Qué bien! —me alegré, mientras el cielo se me abría cada vez más.

—Empezó de practicante poniendo inyecciones, y acabó de sinvergüenza raspando matrices. Todas las que fuimos sus clientes, le llamamos «el flautista de Hamelín».

—¿Por qué?

—Porque se llevaba todos los niños que se le ponían por delante.

—Ésa es la persona que necesito —dije muy contenta y añadí con impaciencia—: ¿Puedes darme sus señas?

—Puedo, pero no te servirían de nada: por causa de fuerza mayor, se ha retirado de esas actividades.

—Dime de todas formas dónde vive —insistí—. Puede que, ofreciéndole mucho dinero, logre convencerle de que haga una excepción conmigo.

—Aunque le ofrezcas todo el oro del mundo, no podrá hacer nada.

—Eso nunca se sabe.

—Yo sí lo sé: la causa de fuerza mayor es que ahora está viviendo en la cárcel.

El cielo abierto se me cerró de golpe.

—¡Vaya! —dije contrariada, pero añadí todavía esperanzada—. ¿Y cuándo saldrá?

—Demasiado tarde para poder ayudarte: le cogieron con las manos en la masa, y le condenaron a una cadena bastante perpetua.

—¿Qué entiendes tú por bastante perpetua? —quise saber.

—Pues por lo menos que cuando él salga, el niño que tú esperas estará haciendo el servicio militar.

Perdida toda esperanza de que «el flautista de Hamelín» pudiera ayudarme, pedí que me sirvieran un *gin-fis* con mucha «gin» y poco «fis». Y me lo eché al colete sin respirar.

—Nada conseguirás con emborracharte —opinó Tina—. Es mejor que conserves la cabeza despejada para pensar una solución.

—¿Te figuras que no he pensado ya todo lo que he podido? —dije encargando más «gin», pero sin nada de «fis»—. Si he recurrido a ti, que no eres muy amiga mía ni santa de mi devoción, es porque no he encontrado ninguna forma de solucionar esto por mi cuenta. Estoy tan desesperada, que me siento capaz de hacer una barbaridad.

—No te precipites. Antes de hacer nada, ¿tienes la absoluta seguridad de que estás preñada?

—¿Cómo no la voy a tener? —me ofendí—. Admito que fui torpe quedándome en estado, pero no soy idiota para no saber que lo estoy.

—Puede que sea una falsa alarma.

—¿Falsa alarma un retraso de dos meses? No digas estupideces.

—Yo te digo que hay falsas alarmas producidas por los cambios de estación.

—Y yo te digo que estoy más preñada que Carracuca.

—No sé lo preñada que estará esa amiga tuya llamada Carracuca —insistió Tina—, pero te digo que no puedes saberlo con certeza hasta que no te hagan la prueba del rano.

—¿Y qué crees que va a decir el rano, después de haberme acostado con tanto marrano? —me hice la graciosa amargamente—. Por ese lado es inútil que trates de tranquilizarme: no hay ninguna duda.

—Pues no sé qué aconsejarte, la verdad —se encogió de hombros Tina—. Repasa bien la lista de tus amistades. Algún amigo tendrás capaz de hacerte un favor.

—Sí, claro —admití—. Pero un favor de esta clase no puede hacerlo cualquiera: hay que entender y saber cómo se hace. Yo tengo amigos, en efecto, pero de profesiones que no tienen nada que ver con esto. Y a un perito mercantil o a un ingeniero industrial, por mucha amistad que tengan contigo, no puedes decirles: «¿Quieres hacerme el favor de rasparme la matriz?» Lo más probable es que se echen

para atrás. Y si hay alguno más echado para adelante que se atreve a raspártela, lograrás salir del apuro, pero metida en un ataúd.

—No te estoy aconsejando que te pongas en manos de cualquier manazas —protestó Tina—. Sé de sobra que una chapuza en esas cosas tan delicadas, puede ser fatal. El amigo al que debes recurrir tiene que ser médico. ¿No conoces a ningún médico?

—Deja que piense.

Y me puse a pensar, aunque ya la «gin» del «fis» me tenía algo brumoso el cerebro.

—Pues sí —dije al fin—: el invierno pasado conocí a un médico. Recuerdo que me llevó varias veces a una casita de campo que tiene cerca de Madrid, en la que pasa los veraneos con su familia. La condenada casita no tenía calefacción, y pillé un catarrazo que anduvo muy cerca de la pulmonía. Pero como él era médico, me curó con muestras de medicamentos que le regalaban los laboratorios farmacéuticos.

—Pues habla con él. Puede que quiera ayudarte.

—No —suspiré desanimada—. No me ayudará, porque es pediatra.

—¿Y eso qué quiere decir?, ¿que es marica?

—No, mujer —ilustré a aquella borrica—. A los maricas se los llama pederastas. Los pediatras son los médicos que se ocupan de la infancia. Y comprenderás que la persona menos indicada para eliminar a un niño, es un especialista que vive de ellos.

—No sé por qué.

—Razona un poco, bestia: cuantos más niños nazcan, más dinero gana el pediatra. ¿Cómo le vas a pedir que tire una piedra contra su propio tejado?

—Tienes razón —comprendió por fin—. ¿Y no conoces a ninguno de esos especialistas en mujeres que tienen también un nombre muy raro?

—¿Un ginecólogo?

—¡Eso, eso! ¡Vaya nombrecito!

—Pues no. Así de pronto, no recuerdo haber tenido relaciones con ninguno.

—Es lástima. A ellos les resulta tan fácil raspar una matriz como a una cocinera pelar una patata. «El flautista de Hamelín» también lo hacía con mucha facilidad, porque fue durante algún tiempo ayudante de uno de esos «gilipólogos». O como se llamen.

—Pero los médicos son muy formales —seguí desmoralizándome—. Y aunque sepan hacer esas cosas, no se las hacen a todas las personas que conocen.

—A todas no, claro; pero sí a sus amigas íntimas. Y si tú hubieras tenido la suerte de intimar con alguno...

—¡Espera! —la interrumpí dándome una palmada en la frente—. Me parece recordar... ¡Sí, sí! Hace ya mucho tiempo, tuve un cliente que era doctor en esa especialidad. Tengo que hacer memoria...

—Hazla cuanto antes —me aconsejó Tina—, porque ésa puede ser tu salvación.

Me puse a exprimirme el cerebro como si fuera una esponja, para arrancarle la gotita de aquel recuerdo tan remoto.

—Creo que lo conocí cuando empecé a ser una profesional —empecé a recordar, aunque la gotita no acababa de salir de mi esponjosa materia gris—. Juraría que yo operaba entonces en un antro inmundo con nombre africano... ¿Cómo se llama esa ciudad del norte de África que tiene un nombre que suena a ordinariez?... Algo así como Laleche...

—Larache —me corrigió mi compañera.

—¡Eso, «Larache»! En ese local me lo presentaron, estoy segura. Pero han pasado tantos años...

—¿Te acuerdas del nombre del doctor?

—No exactamente, pero sé que tenía un nombre compuesto. Como José Luis, pero no tan corriente.

—¿Miguel Angel? —sugirió Tina.

—No —rechacé apretándome las sienes para facilitar el estrujamiento cerebral—. Empezaba por Luis.

—¿Luis Mariano?

—Déjate de bromas.

—No estoy bromeando, sino tratando de ayudarte a encontrar el nombre completo. Pero será difícil, porque Luis combina con todos. Es como un «comodín» que puedes poner en cualquier combinación. Como es tan cortito, suena bien delante de todos: Luis María, Luis Alberto, Luis Antonio, Luis Felipe...

—¡Luis Felipe! —repetí, pegando un bote de alegría en mi taburete.

Al decirlo Tina, lo recordé con toda claridad. En alguna parte leí que todos los recuerdos quedan almacenados en el desván del subconsciente, y que ninguno se pierde. Todo es cuestión de revolver en ese desván hasta encontrar lo que se busca.

—¡Se llamaba Luis Felipe! —añadí muy satisfecha—. ¡Y con el nombre me ha venido también a la punta de la lengua el apellido!: Luis Felipe... Luis Felipe... ¡Romer! ¡Eso es!: ¡Luis Felipe del Romeral!

—¿Y tuviste mucha intimidad con él?

—No mucha: se acostó conmigo una sola vez.

—Entonces, casi se puede decir que no le conoces de nada.

—Tanto como de nada... —protesté.

—Desde el punto de vista del conocimiento mutuo —se puso redicha Tina—, un acto sexual tiene el mismo valor que un apretón de manos.

—Pero recuerdo que yo le gusté y me trató muy bien. Pasamos la noche en su casa y hablamos mucho. Me contó que, como era ginecólogo, tenía que ir a la peluquería para hacerse entradas en el pelo y pintarse canas de mentirijillas.

—¿Por qué? —se extrañó Tina.

—A las señoras que iban a su consulta, les daba vergüenza ser desnudadas y reconocidas por un médico joven y soltero.

—Pues si además de caerle simpática era joven y soltero, tienes muchas probabilidades de que acceda a sacarte de tu apuro. Vete a verle en seguida.

—Sí, claro —estuve de acuerdo—. Pero lo malo es que no consigo recordar dónde vive.

—Te ahogas en un vaso de ginebra. Si sabes su nombre y no estás demasiado borracha, creo que puedes averiguarlo fácilmente consultando la guía telefónica.

No se puede negar que, dentro de su burrez, Tina tenía destellos de astucia. Gracias a aquella idea tan luminosa que me dio, encontré las señas del doctor con el cual tuve la suerte de acostarme antiguamente. Venían, en efecto, dentro de la guía telefónica. Y no en letras menudas como las de los abonados corrientes, sino metidas en un recuadro que llamaba la atención:

«Romer, Luis Felipe del (Médico).»

Debajo del nombre y dentro del recuadro, figuraba la calle donde estaba su casa y el número de su teléfono.

«Ha debido de prosperar —pensé al leer la dirección completa—. Ya no vive cerca de la Castellana, en el piso viejo al que me llevó, sino en un edificio nuevo y de lujo, en el que cada habitación cuesta un millón».

Y allí me presenté al día siguiente, hecha una preciosidad.

PEDAZO 16

UNA PRECIOSIDAD, sí. Me puse una faldita ceñida. Y un corpiño de encaje blanco que favorecía mucho, porque a través de los agujeritos del encaje se veía el sostén. Con el fin de que Luis Felipe me reconociera más fácilmente, me hice un peinado semejante al que solía llevar cuando le conocí.

Algo nerviosilla estaba yo cuando llamé al timbre de su lujoso piso, en cuya puerta había una chapa dorada con su nombre y su especialidad. Y me puse más nerviosa aún cuando vi que no salía a recibirme una chacha corriente, sino una enfermera muy estirada.

—¿Tiene usted hora? —fue lo primero que me preguntó la tiparraca uniformada.

—Sí —contesté, consultando mi reloj—: son las cinco y cuarto.

—No es eso lo que le pregunto —gruñó ella—, sino que si ha pedido hora para ver al doctor.

—Pues no —tuve que admitir—. Porque no vengo a consultarle como médico, sino a visitarle como amigo.

—Pero ahora está pasando la consulta y no sé si podrá recibirla.

—Dígale que está aquí Mapi.

—¿Quién?

—La señorita María del Pilar —rectifiqué.

—¿Nada más?

—¿No es bastante?

—Teniendo en cuenta que el nombre de usted es muy corriente —se puso pedantuela la empleada—, el doctor la identificará con más facilidad si se me da también su apellido.

Yo sabía que mi apellido no le iba a ayudar a identificarme, porque no se lo di cuando me acosté con él. En realidad, éste es un dato que nosotras no damos nunca, pues a nuestros clientes les importa un pito. Pero se me ocurrió una idea genial que sí le ayudaría a saber quién era yo:

—Anúnciele al doctor —dije a la enfermera— que desea verle la señorita Mapi Larache.

¡Qué ladina soy, mecachis en diez! Dándole como apellido el nombre del cabarete donde le conocí, por flaca que fuera la memoria de aquel medicastro, me recordaría en un periquete.

—Está bien —aceptó la introductora de embarazadas, conduciéndome a una salita que había junto al «jol»—. Espere aquí un momento, señorita Larache.

Satisfecha de mi astucia entré en la salita, mientras la enfermera iba a darle el recado a su jefe.

En la salita, que estaba puesta estilo salón con sofás y toda clase de virguerías,

había varias señoras esperando. Todas tenían tripa, unas por preñez y otras por simple gordura.

Era evidente que Luis Felipe del Romeral había prosperado horrores desde que yo le vi por única vez, pues tenía un piso muy fardón y una clientela más fardona todavía. Se notaba que a todas aquellas gordas les sobraba el tiempo y el dinero para parir todos los niños que quisieran. No cabía duda de que ellas no estaban allí por el mismo motivo que yo. Ellas conocían al autor de los chavales que llevaban dentro, y estaban orgullosas de su maternidad. Yo, en cambio, era una pobre desgraciada, furiosa con el desconocido que coló de matute ese paquete en mi equipaje.

La espera fue mucho más larga que el momento prometido por la enfermera, pues todas aquellas señoronas habían pedido hora. Tuve que aguardar por lo tanto a que el doctor las recibiese y las despachase, pejiquera que duró hora y pico. Pero aproveché bien el tiempo pensando en todo lo que tenía que decirle y planeando la forma mejor de decírselo. De manera que cuando me tocó el turno, ya me había aprendido la escena que le iba a hacer.

Otra enfermera me condujo al despacho de Luis Felipe; y este alarde de personal subalterno me hizo llegar a la conclusión de que el joven ginecologuito que yo conocí, se había convertido en una eminencia de mucho bigote.

—Pase usted —me invitó esta segunda tiparraca uniformada, abriéndome con mucha ceremonia la puerta del despacho.

Dentro de esta habitación, tan fastuosa como todas las del piso, estaba el tan cacareado doctor. Le reconocí en seguida, ya que su aspecto físico no había variado en absoluto. Seguía teniendo buena facha y elegancia natural, acentuada por su frente despejadísima y sus sienes canosas.

—Señorita Mapi Larache —dijo leyendo en voz alta la nota que le habían entregado sus subalternas—. Es ése su nombre, ¿verdad?

—Mi nombre sí —confirmé—, pero no mi apellido.

—Pues sin duda la enfermera se equivocó al apuntarlo —volvió a consultar el papelito—. Aquí pone Larache.

—Eso fue lo que le dije yo, para que me localizaras más fácilmente. Pero veo que no ha servido de nada, puesto que no me has reconocido.

Se me quedó mirando con curiosidad antes de decir:

—¿Cómo? ¿Es que nos conocemos?

—Nos conocimos —rectifiqué—. Hace ya mucho tiempo, en uno de esos «naiclús».

—¿En dónde? —parpadeó sin comprender, pues o yo lo pronuncié mal o él no era poliglota.

—Es un club nocturno —traduje— que se llamaba «Larache».

—¿«Larache»? —repitió mirando al techo para hacer memoria—. Es cierto.

Recuerdo haber frecuentado un local que se llamaba así. Pero de eso hace ya muchos años.

—Bastantes —suspiré—. Sin embargo, yo no he olvidado que allí fue donde te conocí.

Fruunció el entrecejo para mirarme más intensamente. Se advertía que estaba haciendo un gran esfuerzo mental para tratar de reconocermé.

—Ese tuteo —dijo por fin rascándose la frente— me hace suponer que nuestro conocimiento no se limitó a una simple presentación en la que intercambiáramos algunas superficiales fórmulas de cortesía.

—Supones bien, majete —acorté distancias, pues sólo llevándole al terreno de nuestra antigua intimidad podría pedirle el favor que me había llevado a su consulta—. Cuando nos presentaron, bailamos hasta que la orquesta se fue a dormir.

—Puede ser. Yo, cuando más joven, era un buen bailarín.

—Y después de estar en el «Larache» hasta las tantas, estuvimos en tu casa hasta las cuantas.

—¿En mi casa?

—Entonces vivías cerca de la Castellana —seguí refrescándole la memoria—. Tenías un piso grande y un coche pequeño. Ambos viejos y bastante estropeados.

—Tienes razón —rio él al recordar aquellos tiempos, y el hecho de que empezara a tutearme me indicó que no andaba lejos de recordarme a mí también—. Tanto el coche como el piso se caían a pedazos. Acababa de empezar a ejercer mi carrera y tenía poca clientela. Era la época de las vacas flacas.

—Ahora, en cambio, estás en plena época de las vacas gordas. He visto a varias, gordísimas por cierto, que esperaban en la antesala.

Le hizo gracia también que comparara a sus clientes con las vacas, y volvió a sonreír.

—No me va mal —dijo después—. Pero he tenido que luchar mucho. Tú no sabes la cantidad de cosas que tuve que hacer desde que era joven para llegar a esto.

—Algunas de esas cosas sí las sé —presumí—. Entre otras, que ibas a la peluquería a arreglarte la cabeza para parecer más viejo.

—¡Es cierto! —exclamó, mirándome asombrado—. Tenía que depilarme las entradas y encanecerme el pelo, porque a las señoras las avergonzaba mostrar sus intimidades a un ginecólogo tan jovencito.

—Eso también lo sabía yo.

—Pero ese secreto nunca se lo conté a nadie —seguía mirándome sin salir de su asombro—. ¿Quién te lo ha contado a ti?

—Tú mismo.

—¿Cuándo?

—Aquella misma noche, cuando salimos del «Larache» y me insinuaste que

querías acostarte conmigo. ¿No recuerdas que a mí me sorprendió tu insinuación?

—¿Por qué?

—Una amiga que conocía la peluquería que tú frecuentabas, me dijo que ibas allí a que te depilasen y tiñesen. Lo cual me hizo sospechar que eras afeminado. Y cuando yo te expliqué el origen de mis sospechas, tú me aclaraste el motivo de tus retoques peluqueriles. ¿No te acuerdas?

—¡Sí, claro! —se le aclaró la memoria a él—. ¡Ahora sí! ¿Cómo podía olvidar a la única mujer que me tomó por un sarasa? No tuve más remedio que contarte la verdad para deshacer el equívoco. Recuerdo también que lo pasé estupendamente contigo, porque en aquella época eras un bombón.

—No querrás insinuar que ahora soy un callo, ¿verdad? —me piqué—. Te advierto que he cambiado poco, porque no ha pasado tanto tiempo desde entonces.

—No he querido ofenderte.

—Pues oyéndote cualquiera pensaría que «aquella época» era la Edad Media, y que yo estoy hecha una ruina.

—Perdóname, mujer —siguió disculpándose—. Aún estás muy guapa, pero el tiempo no pasa en balde para nadie. Fíjate en mí, por ejemplo.

—Me he fijado ya. Estás igual que cuando yo te conocí.

—Pero con la diferencia de que ahora no tengo que ir a la peluquería para que me envejecan. Porque estas canas que ves y estas entradas ya no son artificiales, sino auténticas.

—Mejor para ti. Así te ahorras el tiempo y el dinero que perdías cuando tenías que ir al peluquero. Yo, en cambio, tendré que seguir yendo toda mi vida, a que me tiñan de rubio estos tercos pelos míos que se obstinan en seguir saliéndome morenos.

—Gracias por tratar de consolarme, pero dime ahora el objeto de tu visita. Me imagino que no habrás venido a recordar sencillamente aquella noche que pasamos juntos.

—No, claro —admití y suspiré antes de entrar en materia—. Vine para que me reconocieras.

—Pues ya has visto que te he reconocido: eres una chica estupenda, con la cual pasé un buen rato. Recuerdo también que te llamabas Mapi y que me gustaste una barbaridad.

—Aparte de ese reconocimiento como amigo, quiero que me reconozcas como médico.

—¿Estás enferma?

—Según como se mire.

—No te entiendo.

—Lo que para unas puede ser una gran alegría, puede ser para otras tan doloroso como una grave enfermedad.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Temo estar embarazada.

—¿Y por qué lo temes?

—Hombre, tú dirás.

—Yo digo que sólo se siente temor ante un hecho tan normal cuando el embarazo, a causa de algún impedimento físico, pone en peligro la vida de la madre. ¿Es ése tu caso?

—En cierto modo, sí. Aunque mi impedimento no es físico, sino profesional.

—¿Cómo profesional?

—Creo que está bastante claro. ¿No recuerdas que me diste dinero por acostarte conmigo?

—Cuando tú lo dices...

—Lo digo porque es verdad. Me diste dinero, porque ésa es mi profesión. Y mi profesión, precisamente, me impide llevar adelante este embarazo.

—¿Por qué?

—Pareces tonto, querido médico —me impacienté ligeramente—. En primer lugar, porque la barriga me impediría ganarme la vida durante varios meses. A nosotras no nos dan subsidio de paro cuando paramos de trabajar, ¿comprendes? En segundo lugar, porque sólo Dios sabe quién es el padre de lo que llevo dentro. Y como Él no me lo va a decir, no tengo ningún interés en lanzar al mercado un producto anónimo.

—No digas barbaridades, mujer —se enfadó Luis Felipe—. Un hijo nunca es un producto anónimo. Y el tuyo no lo sería tampoco. Sería, en todo caso, un hijo de...

—No hace falta que lo digas —le interrumpí—. Ya lo sé sin necesidad de que me insultes.

—No iba a decir nada insultante —me aclaró él—. Iba a decir que tu hijo, en todo caso, sería un hijo de padre desconocido. Y esa circunstancia, que se da en el mundo con mucha frecuencia, no te impediría a ti quererle ni a él ser feliz.

—Vamos, déjate de cuentos —rechacé—. Si eres tan buen médico como parece deducirse de lo bien que vives, debes de ser también un buen psicólogo.

—¿Y qué tiene que ver la psicología en este caso?

—Debes de saber que en los casos como el mío, la maternidad es un accidente desagradable que todas quieren evitar.

—Antes de que se produzca, sí —admitió él—. Para evitarlo se adoptan precauciones. Pero después de que se ha producido...

—Después, también. ¿Para qué crees que he venido a verte?

—Ya me lo has dicho: para que te haga un reconocimiento y te diga si estás realmente embarazada.

—Para eso no hace falta que me reconozcas: sé que lo estoy sin ninguna duda.

—Dudas hay siempre, mientras no se hace la prueba del rano.

—En mi caso, puedes ahorrarte el maldito rano. Vine directamente a pedirte que me libres de esa preocupación.

—¿Cómo?

—¡Hombre! Tendría gracia que yo tuviera que explicarle a un ginecólogo cómo se hace un raspado de matriz.

—¡Por Dios, Mapi! —se escandalizó él—. No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—Completamente en serio.

—¿De veras has venido a pedirme eso?

—¡Pues claro!

—Pero —dijo pasando del escandalizamiento a la indignación—, ¿por quién me has tomado?

—Por lo que eres.

—¿Y qué crees que soy?

—Un especialista en la materia, para el cual un trabajito de este tipo será coser y cantar.

—¿Sabes lo que estás diciendo, insensata? —se indignó más todavía—. ¿En qué país crees que vives?

—Sé que vivo en España, aunque para ciertas cosas me gustaría estar viviendo en Suecia.

—Pero aquí somos españoles, ¿comprendes? ¿Qué idea tienes tú de nuestros médicos en general y de nuestros ginecólogos en particular? ¡Coser y cantar! ¿Te imaginas que nosotros nos dedicamos a raspar matrices alegremente, y a coserlas después cantando cancioncillas? ¿Nadie te ha dicho que en nuestro país la Medicina es una carrera honorable, ejercida por hombres abnegados que luchan por la vida de la Humanidad? Por la vida, ¿me oyes? Para que los seres humanos nazcan y vivan el mayor tiempo posible. ¡Y te atreves a proponerme que yo mate a un ser que va a nacer! ¡Y me lo propones frívolamente, llamando a ese delito «un trabajito»!

—Cálmate, hombre —le rogué—. No hace falta que me eches un sermón. Y menos aún que me lo eches a gritos, como si estuvieras subido en el púlpito. Ya sé que lo que te pido no está bien visto en nuestro país, pero tampoco hay que exagerar.

—No exagero en absoluto al decir que eso es un crimen.

—Lo sería si viniera a pedírtelo más adelante, cuando el chaval estuviera ya formado. Pero ahora, que todavía no es más que un proyecto del que sólo existirá un coagulillo microscópico...

—En ese coagulillo, como tú le llamas con tanto desprecio, está el principio de una vida.

—Y también el final de otra.

Luis Felipe puso cara de no haber comprendido antes de preguntarme:

—¿El final de cuál?

—De mi vida —contesté dramáticamente—. Porque si tú no me ayudas a librarme de esa complicación, me mataré.

Me di cuenta de que se asustó, aunque lo disimuló.

—Vamos, rica. No digas disparates.

—Te juro que hablo en serio —insistí, más seria que un enterrador—. No creas que la muerte me da miedo. Incluso la he deseado más de una vez, por motivos menos gordos que éste. Sencillamente, porque a veces me siento incapaz de aguantar el peso de la existencia. Y si apenas aguanto ese peso siendo yo sola, no lo aguantaré de ningún modo si encima tengo que cargar con una vida más. De manera que ya lo sabes.

—¿Yo?... ¿Qué es lo que sé?

—La responsabilidad que vas a contraer si no me ayudas —seguí dramatizando.

—¿Qué responsabilidad?

—La de mi muerte.

PEDAZO 17

SE PRODUJO UN BREVE SILENCIO, que he aprovechado para cambiar de pedazo. Porque también la escena, a partir de este momento, cambió de cariz. Luis Felipe rompió la pausa para decir:

—Mira, guapa: si crees que vas a asustarme...

—Ya sé que no —le interrumpí colocando mi voz al borde del llanto—. A nadie le asusta ni le preocupa que se mate una pobre chica como yo. Ni siquiera a ti, que eres médico y presumes de que luchas para salvar vidas humanas. Pero yo no soy más que una perra. ¿A quién le importa mi desesperación?

—Cálmate, Mapi...

—¡Cálmate, Mapi! —repetí echándome a llorar como una cocodrila—. ¡No escandalices, Mapi! ¡No ladres, Mapi! Hasta tengo nombre de perra, ¿no te parece? ¡Ven aquí, perrita! ¡Ponte en dos patas, Mapi! ¡Dale la pata a este señor!... Y no puedo quejarme, porque la perra es la mejor amiga del hombre.

Luis Felipe quiso decir algo, pero yo no le dejé porque proseguí:

—Los hombres se divierten con las perras, las destrozan, y luego, que las zurzan. También tú te divertiste conmigo, acuérdate. ¡También tú me echaste basura suficiente para fabricar un hijo de perra!

—No grites, por favor...

—¡También tú, si rifase la paternidad del que llevo dentro entre todos los hombres que se acostaron conmigo, tendrías derecho a un boleto de la rifa! ¿Qué harías si te tocara? ¿Seguirías pensando en ese caso que todos los hijos de perra deben nacer? ¿No serías tú mismo el primero en tratar de eliminarlo?

Yo había planeado hacer una escena de este tipo para convencerle, y la inicié de acuerdo con mi plan a base de llantina más bien fingida. Pero a medida que la escena fue transcurriendo, yo me fui excitando; y a la parrafada que acabo de transcribir le añadí muchos razonamientos más que ya no recuerdo con exactitud. Sólo sé que eran de una lógica tan brutal y aplastante, que Luis Felipe no sabía qué decir. Y si lo sabía yo no le di oportunidad de decirlo, porque hablé sin interrupción y aumentando gradualmente el tono de mi voz.

Este aumento gradual me llevó sin darme cuenta al límite en que las voces se convierten en gritos, que es también el límite en que el nerviosismo se transforma en histeria. O sea que me desmelené. Y seguí gritando como una basilisca, hasta que se abrió la puerta del despacho y aparecieron dos robustas enfermeras.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntaron alarmadas, dispuestas a intervenir en ayuda de su jefe.

—Nada de particular —las tranquilizó él—. Esta paciente es una histérica y acaba de sufrir un ataque. Pero ya se le ha pasado. Pueden retirarse.

La presencia de las dos enfermeras y el oírme llamar histérica me hicieron el efecto de tres bofetadas que me calmaron instantáneamente. Pero reconocí que Luis Felipe tenía razón: yo acababa de sufrir un ataque de histerismo, debido sin duda a que mi embarazo me había alterado el equilibrio nervioso. Y al perder el control de mis nervios por aquella causa ajena (¡y tan ajena!) a mi voluntad, me puse a vociferar como una chalada.

—Perdona —me excusé cuando las enfermeras se fueron y volví a quedarme a solas con el doctor—. No he podido remediarlo.

—No tiene nada de particular —me perdonó él, levantándose a darme unas palmaditas en el hombro—. Esa reacción es una consecuencia lógica de tu estado interesante.

—¡Estúpida manera de llamarlo! —gruñí.

—¿A quién?

—A mi estado. Porque a mí no me interesa en absoluto.

Y me eché a llorar de nuevo. Y el ginecólogo, temeroso de que mi llanto fuera el preludio de una nueva explosión cargada con la metralla de atroces frases insultantes, se acercó a consolarme.

—Vamos, vamos —me dijo con suavidad, largándome otra tanda de palmadas en el lomo—. Comprendo lo que sientes.

—¿Cómo vas a comprenderlo tú, si nunca has estado embarazado?

—Pero soy médico, y he estudiado las reacciones femeninas en estas circunstancias. Tú tienes que comprender también la postura que yo tengo que adoptar en un caso como el tuyo. Como amigo, puedo estar de acuerdo en las opiniones que has expuesto con tanta crudeza. Pero como médico, me veo obligado a rechazarlas. He dicho me veo obligado, ¿entiendes?

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Te lo he repetido para que no pases por alto este matiz. Cuando se tiene una obligación, hay que cumplirla por encima de la propia convicción. Y los médicos tenemos obligaciones sagradas, que debemos anteponer a todas nuestras convicciones particulares.

—No hace falta que gastes tanta saliva para decir sencillamente que no quieres ayudarme.

—No es que no quiera —protestó él—, sino que no puedo.

—Sí pudiste en cambio hacer conmigo todo lo necesario para que este hijo fuera tuyo. Y no recuerdo que entonces antepusieras tu deber de médico a tu deseo de hombre.

—Yo era joven todavía —se disculpó mirando al suelo un poco avergonzado—, y la juventud tiene menos sentido de la responsabilidad. Ten en cuenta también que entonces no me conocía casi nadie y apenas tenía clientela. Ahora, en cambio...

—Ahora, en cambio —le quitó la palabra para seguir por mi cuenta—, eres un médico famoso y rico que debe cuidar su reputación. Ahora puedes permitirte el lujo de hacerte el moral, y de sermonear a las infelices para que vuelvan al buen camino del que tú mismo las sacaste.

—Tampoco exageres —protestó—. A ti yo no te saqué, porque cuando te conocí ya estabas completamente salida.

—Pues ahora vas a sacarme de todos los caminos. De los buenos y de los malos, ya que por tu culpa voy a suicidarme.

—¿Estás loca?

—Quizás. El embarazo produce antojos, que vienen a ser como locuras pequeñas. Y a mí me ha dado el antojo de matarme.

—Si de veras estás decidida a hacer esa barbaridad...

—¿Me ayudarás para que no la haga? —le pregunté esperanzada.

Se puso serio y se alejó de mí mientras decía:

—Yo no. De ningún modo. ¿No comprendes que perdería mi carrera?

—Si alguien llegara a enterarse —añadí yo—. Pero como nadie se enterará...

—No insistas. Conmigo no cuentes. Pero hay seres sin escrúpulos que hacen ese tipo de intervenciones. Es gente fuera de la ley, que explota la desesperación de las mujeres como tú. Lo único que puedo hacer por ti, es decirte que te dirijas a esa gentuza. Aunque no te lo aconsejo, porque correrás muchos riesgos.

—Eso no me importa —me encogí de hombros—. ¿Qué pueden importarle los riesgos a una persona que está decidida a morir?

—Morir no morirás, pues por desgracia entre esa gentuza la hay muy experta. Pero si surge alguna complicación, no podrás acusar a nadie. Nunca sabrás el verdadero nombre de quien te hizo la operación, y es muy probable que ni siquiera le veas la cara.

—Tampoco me importa. Estoy dispuesta no sólo a correr todos los riesgos, sino a aceptar todas las condiciones.

Luis Felipe siguió desanimándose:

—Te advierto que las condiciones económicas son muy duras también. Te harán pagar por anticipado un montón de dinero, sin recibo y sin derecho a ninguna reclamación.

—Pagaré con gusto lo que me pidan. Estoy en fondos. Ahora sólo falta que me digas a quién tengo que dirigirme.

—¿Que te lo diga yo? —volvió a indignarse—. ¿Tú crees que yo trato a esa pandilla de sinvergüenzas que operan al margen de la ley? Vuelvo a decirte lo que ya te dije antes: ¿por quién me has tomado?

—Te tomé por un amigo, aunque ya veo que me equivoqué.

—Soy amigo tuyo, pero comprende que no puedo recomendarte a delincuentes

poco recomendables.

—No pretendo que me recomiendes, sino que me digas dónde viven para ir a verlos.

—No creas que pasan consulta en sus domicilios, como los médicos de verdad. Sería demasiado arriesgado. Sólo como ejemplo, y sin ánimo de sugerirte que vayas allí, te diré que hay una oficina en el número siete de la calle del Pato. Está en el tercer piso, y en la puerta podrás leer: «Compañía Exportadora». Pues bien: ese nombre no es más que una tapadera, ya que esa «oficina» es en realidad una clínica ilegal, en la que una ex comadrona hace chapuzas inconfesables a precios abusivos.

—Muchas gracias —dije grabando aquellas señas en mi memoria.

—No tienes que agradecerme nada —rechazó él acompañándome a la puerta de su despacho—, puesto que yo me he negado a hacer lo que me has venido a pedir. Lo único que hice fue citarte un ejemplo de cómo esa gentuza disfraza sus actividades, para burlar unas leyes justísimas con las que estoy completamente de acuerdo.

—Pues yo te agradezco ese ejemplo. Dijiste calle del Pato, número siete, ¿verdad?

—Si eso te dije, ya no lo recuerdo. Y mi consejo de médico decente es que lo olvides tú también.

PEDAZO 18

PERO YO NO LO OLVIDÉ, como puede suponerse. Y al día siguiente me presenté en aquella «Compañía Exportadora».

Encontré cierta gracia macabra en el hecho de que la ex comadrona hubiese elegido como tapadera ese nombre comercial, pues era verdad en cierto modo que ella daba el pasaporte a muchos angelitos que no habían nacido todavía, para exportarlos al cielo. Aquello venía a ser un negocio de exportación. El más sucio de todos los negocios de exportación, muchos de los cuales se ha demostrado que no son nada limpios.

Me abrió la puerta una especie de bruja, cuya cara sólo pude ver confusamente debido a que el vestíbulo era oscuro como boca de lobo. Supuse que la oscuridad formaba parte de las precauciones adoptadas por el personal de aquella «oficina» para conservar el incógnito.

—¿Qué desea? —me preguntó con una voz que era adusta por un lado y cascada por otro.

Como mi deseo era demasiado delicado para exponerlo de sopetón, opté por emplear un lenguaje discreto a base de indirectas:

—Quisiera hablar con la directora de exportaciones —dije astutamente.

—¿Para qué? —indagó la bruja, desconfiada, sin abrirme del todo la puerta.

—Para una operación de exportación —concreté, subrayando la primera parte de la frase—. Me han dicho que esta compañía, además de seria, es muy segura.

—¿Quién se lo dijo?

—Si le digo que un pajarito, ¿me creerá?

—No.

—Entonces le diré que una persona —no quise comprometer el buen nombre del doctor— que conoce a la directora.

—Si esa persona la conoce, usted ya debe de saber que ella no podrá verla personalmente.

—Lo sé —mentí—, pero supongo que tendré que hablar con alguien para fijar las condiciones de la operación.

—Pase y sígame —me invitó.

Y me condujo a una pequeña habitación próxima al vestíbulo, en la que me encerró. Por lo menos ésa fue la sensación que tuve, pues cuando yo entré y la bruja cerró la puerta detrás de mí, juraría que oí un ruido seco y metálico como el que se produce cuando corremos un cerrojo: «¡Clac!...»

Eso me dio un poco de miedo, pero procuré dominarlo en mi propio beneficio. Aquella gentuza, al fin y al cabo, iba a resolverme un grave problema, y yo debía aceptar las costumbres de la casa sin protestas ni aspavientos.

Aunque no estuve nunca en la cárcel, pensé que aquel cuartucho tenía algo de celda carcelaria. En primer lugar, sus dimensiones. En segundo, sus paredes, grises y completamente desnudas, sin un mal cuadrado o calendario que alegrara la vista con alguna mancha de color. Tampoco el mobiliario era muy animado, pues se reducía a dos sillas de madera colocadas a ambos lados de una consola. Y la consola era tan fea, que no consolaba a nadie.

Decidí sentarme a esperar el desarrollo de los acontecimientos, y con esa intención me aproximé a la que parecía menos desvencijada de las dos sillas.

Pero antes de que mis posaderas llegaran a posarse en el asiento, tuve que enderezarme bruscamente con un susto fenomenal. El susto me lo dio una voz que acababa de decir dentro del cuarto:

—Buenas tardes, señorita.

Me volví a mirar en todas direcciones, pero en el cuarto no había nadie.

Aquello me hizo muy poca gracia, y me dirigí a la puerta con intención de salir de allí. Pero mi estupor aumentó al observar que A LA PUERTA LE HABÍAN SALIDO DOS OJOS, QUE ME MIRABAN FIJAMENTE. (Y lo escribo con mayúsculas para reflejar el sustazo que me pegué).

Esto fue lo que pensé en el primer momento, cuando vi en el centro de la puerta un par de ojos muy grandes y muy negros clavados en mí. Luego me di cuenta de que los ojos pertenecían a una persona situada detrás de la puerta, que me observaba valiéndose de una mirilla abierta en la madera. La voz que yo había oído pertenecía a esa misma persona, que volvió a hacer uso de ella para decirme:

—Tranquilícese. Comprenda que para hablar de ciertas operaciones, tenemos que adoptar ciertas precauciones.

—Comprendo —balbucí.

—Puede sentarse. O si lo prefiere, permanezca de pie. Pero no intente abrir la puerta hasta que hayamos terminado de hablar.

Era difícil adivinar el sexo de aquella voz. Lo mismo podía ser la de un marica de mediana edad, que la de una tortillera entrada en años. O sencillamente la de cualquier persona que tratara de disimular su voz verdadera, atiplándola si la tenía de barítono, o abaritonándola si la tenía de tiple.

Tampoco se podía saber si los ojos que me observaban eran de hombre o de mujer, pues la mirilla era estrecha como la raja de un buzón y sólo dejaba espacio para que asomaran dos pupilas negrísimas.

—¿Está usted preparada para responder a unas preguntas? —añadió la voz misteriosa.

—Sí —repliqué sin poder dominar un ligero tembleque en las pantorras.

—¿Qué edad tiene?

—¿Yo?

—No. La edad de nuestras clientes la calculamos a ojo, porque las mujeres nunca dicen la verdad. No quiero saber los años que tiene usted, sino los meses que tiene lo otro.

—Acaba de cumplir dos.

—¿Se ha sometido usted anteriormente a alguna operación de esta clase? —continuó la voz, mientras los ojos no me quitaban ídem y me mantenían clavada al suelo con su mirada hipnótica.

—No. Es la primera vez.

—¿Quién le facilitó las señas de esta oficina?

—Nadie.

—¿Cómo nadie?

—Un amigo mío las mencionó por casualidad en el curso de una conversación. Puede decirse, por consiguiente, que no me las facilitaron, sino que las pesqué al vuelo. Pero nadie sabrá a lo que vine aquí. Les juro que seré una tumba.

—Le aconsejo que lo sea por su bien —me amenazó la voz adquiriendo un tono siniestro—. Porque si comete alguna indiscreción, nosotros nos encargaremos de que sea usted una tumba de verdad. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Está bastante claro —me apresuré a contestar—. Pero le advierto que de mí no tienen nada que temer.

—Y yo le repito también que de nosotros puede temerlo todo. ¿Acepta nuestras condiciones?

—Las acepto.

—Entonces vuelva mañana a las nueve de la noche.

—De acuerdo.

—Y traiga el dinero.

—¿Cuánto tengo que traer?

—Quince mil pesetas.

«Por ese precio —pensé—, podría tener el crío y alimentarlo hasta que tuviera uso de razón».

Pero no dije nada. Me limité a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, para indicar que había comprendido y estaba conforme con la cantidad.

—Puesto que estamos de acuerdo —concluyó la voz—, ya puede marcharse. Y no lo olvide: la esperamos mañana, a las nueve de la noche.

Los ojos desaparecieron. La mirilla se cerró con un leve chasquido. A continuación oí de nuevo un «¡clac!» metálico, procedente sin duda de un cerrojo, y una mano invisible abrió la puerta para indicarme que podía salir.

Salí casi corriendo hasta el vestíbulo, pero allí reduje la velocidad al ver a la bruja, que me esperaba para despedirme.

—Buenas tardes —me despidió con su voz cascada, que no se parecía en absoluto

a la de la persona que me había hablado en el cuartito.

Agradecí el aire limpio y fresco que me azotó la cara cuando llegué a la calle.

Luis Felipe tenía razón: la gentuza que se dedica al sucio negocio del aborto es bastante asquerosita. Sus manejos tienen un tufillo criminal que asusta y repugna al mismo tiempo. A mí misma, que no soy ninguna santa y he visto en mi vida muchas burradas, el ambiente de aquella clínica disfrazada de oficina me sobrecogió.

Tentada estuve por un momento, no sólo de no volver, sino de chivarme a la poli para que enchiquerasen a la ex comadrona. Pero ambas tentaciones me duraron poco, ya que no seré una santa pero tampoco soy una chivata. Y como yo necesitaba resolver mi problema a toda costa, cerré los ojos a mis escrúpulos de conciencia.

PEDAZO 19

Así, con los ojos cerrados (que es el método mejor para hacer la vista gorda), acudí al día siguiente a la cita que me habían dado en aquel antro.

Eran las nueve en punto de la noche cuando mi dedo tocaba el pezón del timbre. Me abrió la bruja que conocí el día anterior, pero esta vez no me preguntó el objeto de mi visita. Había recibido sin duda instrucciones concretas, pues se limitó a decirme:

—Sígame.

Obedecí sin rechistar, apretando nerviosamente mi bolso, en el que había metido los tres mil duros que iba a costarme la operación.

Pasamos de largo ante la puerta del cuartito en que la voz misteriosa me había interrogado la víspera, y recorrimos un corredor que me atrevo a calificar de lóbrego. Recuerdo que mientras lo recorríamos, pensé:

«Aunque he caído muy bajo, no he llegado a caer al nivel de las alcantarillas. Pero me imagino que las galerías subterráneas del alcantarillado no serán más siniestras que este pasillo».

Llegamos hasta el final y nos detuvimos ante una puerta, que la bruja abrió.

—Pase —me dijo secamente, apartándose para dejarme el paso libre.

Y entré en la que debió de ser la cocina del piso, transformada por aquellos rufianes en rudimentario quirófano. Tan rudimentario, que la mesa de operaciones era una mesa de verdad (la de la cocina seguramente), sobre la cual habían puesto una sábana y una almohada.

Eso fue lo único que vi al entrar, porque quedé deslumbrada unos instantes por la fuerte luz de un bombillón que colgaba del techo. En contraste con la lobreguez del corredor, los cien vatios de aquella lámpara resultaban cegadores.

Cuando se me pasó el deslumbramiento pude ver unos chismecitos niquelados en una alacena, y supuse que serían el instrumental quirúrgico. Esta visión me produjo un escalofrío, que se acentuó hasta alcanzar el grado de tiritona cuando vi algo más escalofriante aún.

De pie junto a la alacena había una figura fantasmal, vestida de blanco desde la cabeza hasta los pies, en la que al principio no reparé por confundirse la blancura de sus ropas con la de los baldosines que cubrían la pared.

—Buenas noches —dijo esta figura, separándose de la pared y avanzando hacia mí.

Pude ver entonces que lo que yo había tomado por un fantasma, era en realidad la «directora» de aquella «oficina». Iba enfundada en una de esas batas blancas que se usan en los quirófanos, muy ceñida a sus formas opulentas. Tan ceñida que se le marcaban sus enormes ancas de yegua y sus descomunales tetas de vaca. Llevaba la

cabeza cubierta por un gorro y la cara tapada por una mascarilla, prendas que forman parte también del atuendo que adoptan los cirujanos para operar.

No hacía falta ser muy astuta para comprender que aquellas prendas, además de su finalidad quirúrgica, cumplían en la «directora» la misión de ocultarla a las miradas de su clientela. Entre su gorro calado hasta las cejas y su mascarilla subida hasta el arranque de la nariz, sólo quedaba una estrecha rendija por la que podía ver sin ser vista.

Con este disfraz la figura de aquella mujerona resultaba tan impresionante, que se me cortó el habla y no contesté a sus «buenas noches». Pero la «directora» debía de estar acostumbrada a causar esa impresión a todas sus clientas, porque no se ofendió por mi desaire.

—Mi ayudante la preparará —me dijo volviéndome la espalda y dirigiéndose al fregadero de la ex cocina, en el que se puso a lavarse las manos.

Yo seguí sin decir nada, aguantándome los latidos del corazón, que se me iban acentuando.

De un rincón, que por hallarme deslumbrada por el resplandor de la bombilla no alcancé a explorar con la vista, surgió otra figura disfrazada y enmascarada como la «directora», aunque más bajita y delgadita. Por su tamaño pensé que quizá fuese la bruja portera con una nueva caracterización, pero cuando me habló me di cuenta de que se trataba de un tío.

—¿Ha traído el dinero? —fue lo primero que me dijo el ayudante, con voz carrasposa y tabacosa.

—Sí.

—Démelo.

Y me tendió una mano enguantada, detalle que no me extrañó porque todos los criminales siempre se ponen guantes para no dejar huellas dactilares.

Saqué del bolso el fajillo formado por los quince billetes de mil, y lo deposité en la mano tendida, que lo apresó con la fuerza de una garra.

Hecho este primer preparativo, pasamos al segundo:

—Desnúdese —me ordenó el ayudante.

—¿Hasta qué punto? —quise saber.

—Hasta que yo diga basta.

Empecé a quitarme prendas torpemente y sin ninguna gracia, pues yo estaba muy nerviosa y aquello no era un «striptís». La «directora», en la pila, seguía fregoteándose las manos.

—Ya es suficiente —me detuvo el ayudante, cuando sólo me quedaban encima el sostén y la combinación—. Túmbese en la mesa.

Me tumbé en la posición que me dictó mi sentido común, o sea poniendo la cabeza sobre la almohada.

—Así no —me corrigió el tiparraco—, sino al revés.

Tuve que darme la vuelta: la almohada no era para apoyar el cráneo, sino para levantar el culo. Tumbada en esta postura, que no era «decúbito supino», sino más bien «de culito subido», sólo podía ver el grueso bombillón. Resplandecía como un sol y me llenaba los ojos de chiribitas.

No sé por qué procedimiento, pues no lo vi a causa de la luz, me sujetaron las piernas después de separármelas y levantármelas. Cuando estuve así de preparada, con toda mi zona íntima al aire, el ayudante me puso también a mí una especie de mascarilla de gasa que me tapaba la boca y la nariz.

—¡Eh, oiga! —protesté moviendo la cabeza para librarme de ese incordio.

—Estese quieta.

—¿Qué me van a hacer?

—Es para ponerle la anestesia —me tranquilizó la voz carrasposa—. No se mueva y cierre los ojos. Relájese.

—Se dice fácil —gruñí—. Con lo nerviosa que estoy, cualquiera se relaja.

—Inténtelo. No le va a pasar nada. Ahora, empiece a contar.

—¿Qué quiere que le cuente? —me enfadé, pues con el mieditis que yo tenía no estaba para cuentos.

—Números nada más.

—¿A barullo?

—No, en orden. Desde el uno. Vamos, empiece.

—Uno... dos... tres... —empecé, mientras él dejaba gotear sobre mi mascarilla el líquido de un frasco que tenía en la mano.

Tuve la sensación de que el líquido se transformaba en un gas de olor fuerte y picante, que se me metía por la boca y la nariz produciéndome un mareo muy angustioso.

—... cuatro... cinco... seis... —seguía yo contando, mientras mi angustia aumentaba y la cabeza se me iba.

—Duplica la dosis —oí decir a la voz atiplada de la «directora», que se me había acercado por la parte de abajo para preparar su intervención—. Las fulanas que beben alcohol habitualmente son más resistentes a la anestesia.

—... nueve... diez... once... —continué, notando que iba aproximándome sin remedio al abismo de la inconsciencia.

Antes de caer en él, mi angustia llegó a eso que llaman paroxismo. Quise rebelarme de pronto contra esa caída, y empecé a patalear furiosamente. Fue una pataleta breve, pero desesperada. Tanta fuerza me dio esa postrera desesperación, que aticé a la «directora» dos patadas morrocotudas en el pecho.

—¡Maldita sea! —la oí gruñir con una voz insólita, sorprendentemente parecida a la de Luis Felipe.

—¿Qué pasa? —preguntó el ayudante.

De nuevo la voz insólita, parecidísima a la del doctor Romeral, contestó:

—¡No sólo me ha reventado las tetas de goma, sino que por poco me parte el esternón!

Y ya no pude oír más, porque me quedé completamente dormida.

PEDAZO 20

EN TODAS LAS PROFESIONES, por lo visto, hay que hacer horas extraordinarias si se quiere amasar una fortuna. Ayuda también mucho a conseguir este objetivo la creación de negocios y compañías filiales, que ocultan a sus verdaderos promotores bajo la manta encubridora de la sigla «S. A.» Sigla que, además de significar «Sociedad Anónima», significa también en algunos casos «Sinvergüenzas Aprovechados».

Pero será mejor que corra un tupido velo sobre esta cuestión, ya que no soy la persona más idónea para criticar la inmoralidad de los demás. Porque a mí, dicho sea sin ánimo de pavoneo, a inmoral no me gana nadie.

En este caso concreto, tan mal me porté yo como los componentes de la «Compañía Exportadora». Mi instinto me dice que en cuestiones de matriz, tanto delinque el raspador como la raspada. También puede ser que esto no me lo diga el instinto, sino la voz de mi conciencia, ya que nunca he logrado ahogarla del todo.

Aunque parezca increíble, esa voz interior sigue hablándome. El enorme montón de basura que le he echado encima a mi conciencia, no ha sido capaz de taponarle la boca. Es cierto que la oigo lejana y sofocada, como oiría la voz de una persona que pretendiera hablarme desde debajo de un almohadón que le oprimiese la cara.

No puedo oírla, por lo tanto, cuando estoy metida en el barullo de una juerga. Pero cuando estoy sola y reina el silencio a mi alrededor, la escucho con claridad a pesar de su sofoco:

—¡Mapiiiiiiiii...! —me llama con insistencia, y yo capto su llamada como si me llegase desde el fondo de algún sótano que tengo dentro.

Como para reponerme de la intervención tuve que quedarme varios días en mi casa, solitaria y silenciosa, oí perfectamente esa vocecilla que sonaba allá lejos, en el entresijo más profundo de mis entrañas:

—¡Mapiiiiiiiii...!

Empezó diciéndome que yo era una guarra, cosa que no me sorprendió porque los rapapolvos que me echa mi conciencia siempre empiezan igual. Y como la guarrería que yo acababa de hacer era la más gorda de toda mi vida, le di la razón y no quise discutir.

Volví a pensar, sin embargo, pues lo pienso con frecuencia, que yo no soy totalmente culpable de todas mis guarradas. El ambiente en que se nace y la familia de que se proviene, son dos factores que influyen de un modo decisivo en nuestra manera de ser. Y ambos factores, en mi caso, fueron de órdago a la chica. A la chica que yo fui, que pudo ser mucho más decente si no hubiera nacido en un pueblo manchego tan costoso, rodeada de unos familiares tan subterráneos. (No los llamo subdesarrollados deliberadamente, pues su nivel era más bajo todavía. Subterráneos

es la definición que mejor les va).

¿Cómo no va a crecer torcida una moza plantada en semejante estercolero? La mala savia que recibí influye aún en todos mis actos, aunque hace ya mucho tiempo que mi pueblo desapareció bajo las aguas de un embalse y que mi familia se deshizo arrastrada por la corriente de la vida. ¡Y qué manera de deshacerse más total! De ella no han quedado ni los rabos. (Digo esto en sentido metafórico, claro está; pues aunque el subdesarrollo de mi familia era tremendo, todos sus miembros conservaron siempre su condición de seres humanos. No llegaron a bajar en la escala zoológica hasta el nivel de las especies inferiores, cuyos traseros tienen aditamentos y no se componen exclusivamente de nalgas escuetas).

Creo que vale la pena contar cómo mis familiares, uno a uno y por distintos caminos, me abandonaron definitivamente dejándome sumida en la más completa soledad. Estoy convencida de que no puede haber muchas familias tan desunidas como la mía, y a mí me parece que esta desunión tiene mucha culpa de mi caída en el fango (y perdonen el tango).

Las historias que contaré a continuación fui sabiéndolas por distintos medios y en distintas épocas. Todos los hechos que contienen son verídicos, aunque yo les he dado una forma novelesca para que resulten más fáciles de digerir. A fuerza de menear el bolígrafo, he adquirido cierta práctica en el oficio de escritora, y hay que agradecerme el esfuerzo que hago para no resultar árida ni pelmaza.

Con esa misma intención (evitar la aridez y la pelmacería), intercalo estos incisos en el hueco que la convalecencia del raspado dejaría en mi relato. De este modo, mataré dos pájaros de un tiro: rellenar una laguna de aburrimiento y sentirme menos culpable de aquella operación, repartiendo la culpa entre todos mis familiares que me abandonaron a mi destino.

Empezaré por la historia de mi hermano Felipe, que casualmente tenía dos concomitancias con el médico que me operó: un nombre de pila y una carota de piedra.

Después de muchísimas mangancias que yo no podría enumerar porque ni siquiera las llegué a saber, mi hermanito volvió junto a nuestra madre. Como el famoso hijo pródigo, en versión actual. Y como nuestra madre se había quedado sola en un pueblo, a consecuencia de un patatús mortal que le dio al último señor con el cual estuvo liada, Felipe se la trajo a Madrid. Después de dar tantos tumbos por toda la geografía española, parece ser que el muchacho había decidido instalarse en la capital y no seguir viviendo a salto de mata.

—En las grandes capitales —razonó para convencer a madre— hay también grandes oportunidades para que un joven avisado rehaga su vida y resuelva su porvenir. De manera que no me será difícil encontrar un trabajo seguro y bien retribuido, que me permita sostenerte dignamente en tu vejez.

Madre agradeció que Felipe estuviera dispuesto a cargar con ella, aunque le jeringó que la llamara vieja. Y no le pudo contestar: «Vieja lo será tu madre», porque su madre era ella precisamente.

Ser llamada vieja jeringa siempre a una mujer, incluso cuando quien se lo llama es su propio hijo. Pero a madre no le duró mucho el jeringamiento, pues no tuvo más remedio que admitir la realidad: ya no era ninguna chavala, y estaba avejentadísima por la aperreada vida que siempre llevó. Debía descartar definitivamente la posibilidad de un nuevo ligue con algún señor que la mantuviese. Y habida cuenta de que sus mantenedores no le dieron nunca margen para ahorrar, ya que todos fueron siempre unos robaperas, a la pobre no le quedaba más solución que aceptar la oferta de Felipe para no morir de hambre.

Y a Madrid se fueron madre e hijo, a buscar el pan de cada día.

Tuvieron la suerte relativa de encontrar un pisito baratísimo. Digo relativa porque la casa donde lo encontraron amenazaba ruina, y aunque aún no había cumplido su amenaza, estaba tan ruinosa y agrietada que podía cumplirla en cualquier momento. Tuvieron la suerte también de que gracias a Felipe, que era en efecto muy avisado, el pan diario nunca les faltó.

Así pasaron una temporada. Hasta que un día Felipe le dio a madre una gran sorpresa. Y esa gran sorpresa es la que voy a contar a continuación en forma novelesca.

PEDAZO 21

AQUELLA NOCHE, Felipe cenó más temprano que de costumbre. Madre le había servido y andaba alrededor de él mientras él comía, mirándole con arrobamiento.

—Ten cuidado, hijito —le recomendó—, que las lentejas están caldositas y la cuchara gotea.

—No te preocupes, mamá.

—Me preocupa que pueda caerte una gota encima, y mancharte el uniforme. El caldo tiene grasa y la grasa mancha. ¿Por qué no te atas la servilleta alrededor del cuello?

—Vamos, no seas exagerada —rechazó Felipe—. Si fuera el uniforme de gala, todavía. Pero éste no es más que el de faena.

—Pues es muy bonito también. Y te sienta de maravilla. Encuentro únicamente que el cuello de la guerrera te está un poco grande.

—No tiene nada de extraño. A los guardias sin graduación no nos hacen la ropa a medida. Pero eso carece de importancia.

—Desde luego —estuvo de acuerdo madre—, porque ese detalle yo misma te lo puedo arreglar. Es cuestión de coger una pinza en la tirilla. Por lo demás, te cae divinamente. ¡Si ellas pudieran verte!...

—¿A quiénes te refieres?

—A tus hermanas: a Candelaria y a Mapi —suspiró madre con tristeza—. Se alegrarían mucho si te vieran tan majo. Pero como cada una se fue por su lado, y sabe Dios dónde estarán...

—Donde estén, estarán bien; no te preocupes.

—No me preocupo, pero me apena no tenerlas aquí para que puedan verte —añadió ella, antes de cambiar de conversación—. ¿Y cuándo te darán el uniforme de gala?

—No lo sé —dijo Felipe, entre cucharada y cucharada—. ¿Cómo quieres que lo sepa si acabo de ingresar en el Cuerpo? Ya me iré enterando de todo poco a poco.

—Claro, claro. Lo importante es que hayas ingresado, y que empieces a trabajar. ¡Si supieras lo orgullosa que estoy de ti!

—Lo sé, mamá, porque ya me lo has dicho.

—Pues todo lo que te diga es poco —se emocionó ella—. Me has dado la alegría más grande de toda mi vida. Y la mayor sorpresa también.

—¿Sorpresa? ¿Por qué?

—No esperaba que ingresaras tan pronto.

—Hace mucho tiempo que eché la instancia solicitando el ingreso. Y en cuanto hubo plazas y se convocaron exámenes para cubrirlas, me avisaron y me presenté.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas a examinar?

—Para que no te disgustaras si me suspendían —confesó Felipe, mirando a madre con ternura—. Como hasta ahora he tenido tan poca suerte en la vida, y todo lo que intenté me salió mal...

—Tienes razón —suspiró ella—. Mucha suerte no tuviste nunca, mi pobre Felipín. Hubo momentos en que vi muy negro tu porvenir. Siempre andabas de aquí para allá, hoy en un sitio y mañana en otro, sin encontrar ningún trabajo fijo ni seguro... Empezaba a desesperarme, créeme.

—Te creo, porque yo estaba ya desesperado. Por eso preparé este examen en secreto, para que no te llevaras otro chasco.

—Y lo que me llevé fue un alegrón al verte llegar con tu uniforme nuevo. ¡No sabes el peso que me has quitado de encima! Ahora que todo ha pasado, puedo decírtelo: me alegré horrores al verte convertido en un agente de la ley, pues alguna vez temí que acabarías fuera de ella.

—¿Yo fuera de la ley? —dejó de comer Felipe, impresionado—. ¡Por Dios, mamá! Por muy desesperado que estuviese, nunca habría llegado tan lejos.

—¡Quién sabe, hijo mío! La desesperación es mala consejera. Y cuando se está dominado por ella, nadie puede decir en este lío no me meteré. Ni siquiera tú, que siempre tuviste buen fondo. Porque yo recuerdo que, desde que eras niño, querías ser guardia.

—Es cierto —recordó también mi hermano—: siempre que en el recreo de la escuela jugábamos a «guardias y ladrones», yo me agregaba al primer bando.

—Y durante varios años consecutivos, pediste a los Reyes Magos que te echaran un uniforme de guardia —siguió recordando madre—. Pero como éramos muy pobres, nunca te pudimos complacer. ¡Y agarrabas cada rabieta cuando veías que los Reyes te habían fallado! Un año, para ver si te conformabas, te hice yo misma un traje de monaguillo con la tela de una mesa camilla. Pero fue peor aún, porque empezaste a gritar: «¡Yo quiero vestirme de guardia con botas, y no de niña con faldas!» Te explicamos que los monaguillos no eran niñas, sino servidores de Dios. Pero tú insististe en que sólo querías ser un servidor de la ley. Nunca vi a nadie que tuviera desde chico una vocación tan definida como la tuya. O mejor dicho, sí: tu hermana Candelaria, que también desde muy niña tuvo vocación de monja.

—Es cierto —dijo Felipe, suspirando con nostalgia por su infancia ya perdida—. Siempre quise ser guardia. Pero luego las cosas se torcieron...

—Olvida esas torceduras —le interrumpió madre— y alégrate de que al fin lo has conseguido. Más vale tarde que nunca, ¿no te parece?

—Sí, claro. Pero de todos modos, cuando pienso en mi pasado...

—En lo que tienes que pensar desde hoy es en tu futuro. Y más concretamente todavía en tu primer servicio, que harás esta misma noche. ¿A qué hora tienes que salir?

—A las once.

—Entonces no te entretengas y termina de cenar, que ya son las diez y media pasadas. Y de aquí al cuartel hay un buen trecho.

—No te preocupes —la tranquilizó Felipe—: vendrá a buscarme mi pareja.

—¿Cómo? —se extrañó madre—. ¿Has dicho tu pareja? Pero ¿qué clase de servicio es el que vas a hacer?

—¿Por qué lo dices?

—Porque me escama bastante: si tienes que hacerlo de noche, y emparejado con una señorita...

—¡Qué despistada eres, mamá! —rio Felipe—. La pareja que va a venir a reunirse conmigo no es una mujer, sino otro guardia como yo. ¿No sabes que los guardias siempre actúan de dos en dos?

—Ya me extrañaba a mí que una institución tan seria como la policía organizase salidas nocturnas con parejitas de distinto sexo. ¿Quieres más lentejas?

—No, gracias —rechazó mi hermano, dejando la cuchara en el plato—. Ni siquiera puedo terminar con este platazo que me has servido.

—Te conviene comértelas todas, porque las lentejas tienen mucho hierro.

—Por eso sin duda me siento tan pesado —dijo él, aflojándose el corraje del uniforme—. Ya he comido tantas, que debo de estar blindado por dentro.

—¡Ojalá lo estuvieras de verdad, gracias al hierro de las lentejas! —suspiró madre.

—¿Por qué?

—Con los peligros que correrás ahora, no te vendría mal un buen blindaje.

—¿Peligros? —repitió Felipe, repentinamente preocupado—. ¿Y por qué voy a correr peligros?

—¡A ver si crees tú que a los guardias les contratan para que se den la gran vida! Con esa porra que llevas al cinto, tendrás que dar porrazos. Y algunos te darán a ti también. Y cuando tengas que liarte a tiros con los malhechores...

—No seas gafe, mamá.

—No es gafancia, sino prudencia. Es más prudente que nos acostumbremos a pensar en lo que te puede ocurrir, para que no nos pille de sorpresa si algo te ocurre.

—No me ocurrirá nada, ¿comprendes? —afirmó Felipe rotundamente, pero parecía que exageraba la rotundidad de su afirmación para convencerse él mismo—. Sé cuidarme muy bien.

—Eso espero, hijito. Confío también en el sentido común de tus superiores. Porque yo supongo que a los guardias novatos e inexpertos no les encomendarán misiones arriesgadas.

—Por supuesto que no. A los recién ingresados en el Cuerpo, les confían los servicios más sencillos y de pura rutina. Esta noche, a mí y al compañero que forma

pareja conmigo nos ha tocado quedarnos a la puerta de una Embajada.

—¿De cuál?

—No lo sé, pero da lo mismo.

—Sí —admitió la madre—, con tal que no sea la de los Estados Unidos. Como los americanos se meten en todos los fregados mundiales, siempre hay manifestaciones y follones delante de sus Embajadas.

—No creo que tengamos la mala pata que nos toque esa Embajada precisamente —gruñó Felipe—. Estás hoy de un pesimismo que da asco.

—Nada de eso. Lo que soy es realista, y prefiero que estés prevenido para hacer frente a todo lo que pueda pasar. Por esa misma razón no voy a darte café, sino un vaso de leche. El café te pondría más nervioso. La leche, en cambio, además de tranquilizarte, te fortificará. Y te conviene estar fuerte, por si tienes que liarte a porrazos.

—¡Y vuelta a lo mismo! —volvió a gruñir mi hermano—. Parece que ese tema te obsesiona.

—Dar porrazos no es una obsesión mía, sino de la policía. De manera que voy a traerte la leche, para que puedas darlos si llega la ocasión.

Madre se fue a la cocina, y en aquel mismo momento llamaron a la puerta de la escalera.

Felipe se levantó a abrir, sospechando que sería el compañero con el cual iba a formar pareja. Y como era él efectivamente, mi hermano le invitó a entrar:

—Pasa, Luis.

Este Luis tenía más pinta de guardia que Felipe, pues era muy corpulento y no le sobraba uniforme por ninguna parte. Yo creo que a un tipo como aquél, tan fuerte y con esa cara de bestia, le bastaría con el gesto de echar mano a la porra para disolver cualquier manifestación.

—¿Preparado? —le preguntó a mi hermano.

—Casi. Pero aún no son las once.

—Ya lo sé. Vine antes por orden del jefe, para echarte un vistazo. Y ya veo que no estás mal.

—La guerrera me queda un poco ancha —se quejó Felipe.

—A mí, en cambio, me queda un poco estrecha —dijo Luis encogiéndose de hombros—. Pero da lo mismo: de noche, todos los guardias son pardos.

—Tienes razón. Además, la gorra es un complemento que disimula los defectos del conjunto. Con la gorra puesta estoy mucho mejor. ¿Quieres que me la ponga?

—Ya te la pondrás cuando salgamos. Antes tenemos que repasar los detalles del servicio que vamos a hacer esta noche.

—Por mí, no hace falta que los repasemos —dijo Felipe—. Me los sé de memoria.

—Ha habido algunas modificaciones de última hora que necesito explicarte.

—Siéntate entonces —le ofreció mi hermano una silla junto a la mesa en la que estaba cenando—, y explícame esas modificaciones mientras acabo de cenar.

Los dos hombres iban a sentarse cuando madre entró de la cocina con el vaso de leche para Felipe.

—¡Ah! —exclamó al ver a Luis—. ¿Ya han venido a buscarte, hijo?

—Sí, mamá. Éste es el compañero que me acompañará en mi primer servicio. Ahora puedes comprobar que mi pareja no es como tú te la habías imaginado.

—Y la comprobación me tranquiliza —confesó ella—: estarás mucho más protegido por este hombrón que por una damisela.

—No entiendo lo que quiere decir —miró Luis a Felipe, desconcertado.

—Al hablarle a mamá de la pareja con que iba a salir esta noche, ella creyó que se trataba de una mujer.

—Tiene gracia —dijo Luis, aunque la seriedad de su rostro desmentía que le hubiese parecido gracioso—. Pero te recuerdo que no podemos perder tiempo, porque antes de salir tenemos que hablar.

—Hablen mientras Felipe se toma la leche —sugirió madre dejando el vaso en la mesa—. Y como usted debe velar por él porque es el mayor de los dos, prométame que no saldrán hasta que se la haya tomado.

—Está bien, señora —accedió el hombrón de mala gana—: le prometo que su nene se tomará la lechecita. Y ahora le ruego que me deje a solas con el lactante, para que hablemos de cuestiones relacionadas con el servicio.

—Bueno, ya me voy —accedió a su vez mamá, de mala gana también—. Pero tanto misterio me parece una exageración. Olvida usted que son simples guardias de la porra y no agentes del Servicio Secreto.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Luis a mi hermano, en cuanto madre se fue a la cocina y les dejó solos.

—Nada, hombre. Mamá es curiosa como todas las mujeres, y le ha dado rabia no poder enterarse de lo que vamos a hacer.

—Pero tú no le habrás dicho nada, ¿verdad?

—¡Claro que no! —protestó Felipe—. ¿Por quién me has tomado?

—Te tomamos porque creímos que eras un hombre. Y ahora veo que eres un niño, que toma vasitos de leche y tiene mamá.

—Ninguna de esas dos cosas tiene nada que ver con mi hombría.

—¿No? Pues yo no he vuelto a probar la leche desde que me destetaron.

—Pero no irás a decirme que naciste en una incubadora.

—¿Y por qué voy a decirte esa estupidez? —gruñó Luis.

—Porque por muy hombre que seas, también tú habrás tenido madre. Y puede que la tengas todavía.

—La tengo —admitió Luis—; pero no vivo pegado a sus faldas, ni me prepara biberones.

—Tú no tienes que juzgar mi vida privada, sino mi conducta profesional.

—Pero esta profesión es muy dura, y en ella no caben los lactantes.

—¡Y dale con la lactancia! —se cabreó Felipe—. Precisamente porque ya no me chupo el dedo, he hecho creer a mi madre que somos guardias de verdad.

—¿Estás seguro de que se lo ha creído?

—Segurísimo —afirmó Felipe, rotundo.

PEDAZO 22

PERO LUIS ERA DESCONFIADO, como todos los mangantes, e insistió:

—¿Y no le ha parecido raro que un granuja como tú se haya presentado de pronto con ese uniforme?

—En primer lugar —explicó mi hermano—, mi madre no te conoce a ti ni a ninguno de los otros sinvergüenzas de la banda.

—Oye, tú: sin señalar, ¿eh?

—No señalo a nadie en particular, puesto que os concedo a todos el mismo grado de sinvergonzonería. Y al no conoceros mi madre, no sabe por lo tanto el tipo de gentuza que frecuento. Eso, en primer lugar. En segundo, no le ha extrañado que yo sea guardia, ya que quise serlo desde que era chico.

—¡Hombre, eso tiene gracia! —se echó a reír Luis—. Te va tan bien a ti el oficio de guardia como a mí el de cura.

—Que mi vocación se haya torcido no quiere decir que no la haya tenido —se puso serio Felipe.

—No seas picajoso, nene.

—Cambia entonces de conversación. Porque yo supongo que no viniste a hablar de mi pasado, ¿verdad?

—No, claro. Vine a explicarte las modificaciones que hizo el jefe en el plan de esta noche.

—Pues siéntate —le invitó mi hermano— y explícamelas.

—La primera fase no varía —dijo Luis sentándose, mientras Felipe se tomaba su vaso de leche—. La aproximación al objetivo la haremos como se había planeado. Pero no seré yo el que entre en la joyería, sino viceversa.

—¿Y quién es viceversa?

—Tú —aclaró Luis, que por ser bastante bruto se explicaba mal—. ¿Recuerdas que en el plan primitivo el que entraba era yo, mientras tú te quedabas en la esquina vigilando?

—Sí.

—Ahora será viceversa: o sea que tú entrarás y yo vigilaré.

—¿Por qué? —quiso saber mi hermano, al cual esa modificación no le hacía mucha gracia.

—Ya sabes que el jefe, como es el cerebro de la banda, piensa en todos los detalles. Y ha pensado que tú, con tu cara de niño, inspirarás más confianza que yo al guarda de la joyería. Si me ve a mí por la mirilla, corremos el riesgo de que se asuste y se niegue a abrir la puerta metálica.

—En eso tiene razón el jefe —estuvo de acuerdo Felipe—. Porque tú tienes una cara de animal que asusta a cualquiera. Pero cuando el guarda me abra y me deje

entrar, ¿qué tengo que hacer?

—Librarte de él.

—¿Cómo?

—Dándole un porrazo —explicó Luis con la mayor naturalidad.

—¿Has dicho un porrazo? —repitió Felipe, un poco asustado.

—¡Claro! ¿Para qué crees que el jefe nos disfrazó de guardias de la porra? Porque en ese detalle ha pensado también. De manera que en cuanto el guarda te abra, tú entras y le aporreas. En cuanto le hayas aporreado me das la señal, para que yo se la transmita al coche, que estará esperando a la vuelta de la esquina. El coche con el jefe y los muchachos avanzará entonces hasta la puerta de la joyería, y ellos se encargarán de dar el golpe.

—Sí, claro. Pero el primer golpe tendré que dárselo yo al guarda —dijo Felipe, preocupado.

—Exacto —confirmó Luis—. Ésa es la segunda fase del plan, que abrirá la puerta para que puedan desarrollarse las fases sucesivas.

—¿Y dónde se lo daré?

—¿A qué te refieres?

—Al porrazo.

—¡Vaya una pregunta tonta! Dáselo donde te apetezca.

—Es que a mí, si quieres que te diga la verdad, no me apetece dar porrazos en ninguna parte. La porra no es santa de mi devoción.

—Eso va en gustos —opinó Luis—. A mí, en cambio, me chifla. Hay quien prefiere la navaja, ya lo sé. Pero yo, si me dan a elegir entre dar un navajazo o un porrazo, me quedo con el porrazo.

—Pues quédate con él —se lo ofreció generosamente mi hermano—. ¿Por qué no se lo das tú al guarda?

—De buena gana se lo daría, créeme. Para mí es una auténtica gozada. Pero el jefe ha decidido privarme de ese placer, y hay que obedecer. De modo que tú te encargarás de partirle el coco al guarda.

—¿Cómo? —se alarmó Felipe—. ¿Es que tengo que romperle la cabeza?

—No es imprescindible, aunque en el plan se admite también esa posibilidad. Como tendrás que atizarle fuerte para dejarle inconsciente, puede que te lo cargues si no es muy duro de mollera. Pero ¡qué se le va a hacer! Sería mucho peor que volviera en sí antes de tiempo y empezara a incordiar, ¿no te parece?

—Si de veras quieres saber mi opinión...

—Pues no, porque nosotros no opinamos: obedecemos —concluyó Luis—. Y si el coco se le parte, peor para él. No podemos preocuparnos de esas pequeñeces. Ahora que ya sabes las nuevas instrucciones, vámonos. ¿Estás listo?

—Sí —dijo Felipe, bebiéndose de un trago la leche que quedaba en el vaso.

—Pues andando —ordenó su compañero—. Porque andando tenemos que ir, como una pareja de guardias verdaderos, hasta nuestros puestos de combate.

—Cualquiera que te oyese, pensaría que vamos a la guerra.

—Para nosotros será lo mismo que una guerra, puesto que vamos a dar un golpe de mano en el que nos jugaremos el tipo.

Al ver que mi hermano se dirigía a la puerta de la cocina, Luis añadió:

—¿Adónde vas?

—A despedirme de mi madre.

—¡Ya salió tu madre!

—No ha salido, y por eso voy a la cocina para llamarla. Antes de marcharme, quiero verla por última vez.

—No dramatices, hombre. Aunque vayas a jugarle el tipo, hay bastantes probabilidades de que no lo pierdas.

—No me despido porque no piense volver —aclaró Felipe—, sino porque siempre le digo adiós cuando salgo de casa.

Y abriendo la puerta de la cocina, llamó:

—¡Mamá!

—¡Dichosa mamá! —gruñó el otro.

—Dichosa, sí, porque no sabe la verdad. Y haz el favor de seguir procurando que no la sepa, para que conserve su dicha.

—¿Me llamabas, hijito? —preguntó madre entrando de la cocina.

—Para decirte que ya nos vamos.

—¿Te tomaste la leche?

—Sí. Hasta mañana, mamá.

—¿Cómo hasta mañana? —protestó ella—. ¿Es que vas a estar de servicio toda la noche?

—Toda no —dijo Felipe para no alarmarla—, pero volveré tarde y ya estarás dormida.

—Si quieres —propuso ella—, te esperaré despierta para prepararte un pisco. Porque volverás cansado y con hambre.

—No, por favor. No es necesario que me prepares nada. Prométeme que te dormirás.

—Si tú me prometes que te cuidarás —condicionó ella—. A estas horas y por esas calles, andan sueltos muchos delincuentes.

—¡A quién se lo va usted a decir! —comentó Luis, burlón.

—Se lo digo a mi hijo, que es más inocente que un botijo. Porque usted, en cuestión de delincuencia, ya tendrá mucha experiencia.

—¡Figúrese! —se le escapó al mangante—: he estado tres veces en chirona...

—¿En dónde? —no entendió ella.

—Chirona —lo arregló él— es el pueblo donde está nuestra Escuela Especial, en la que los guardias hacemos cursillos de capacitación y adiestramiento.

—Pues mi hijo no ha estado ni una vez en esa escuela. Y si usted es tan capaz y está tan adiestrado, sea el ángel guardián de Felipe. Es el único hijo que me queda. De los otros que tuve no he vuelto a saber nada, y espero que él será el sostén de mi vejez. ¡Es tan bueno y estoy tan orgullosa de su bondad! ¿Querrá usted creer que se ha hecho guardia sin decírselo a nadie?

—Lo mismo que yo —dijo Luis, de cachondeo—. Tampoco yo lo he ido pregonando por ahí.

—¿También usted le ha querido dar la sorpresa a su mamá? Porque Felipe lo llevó tan en secreto para sorprenderme.

—Por favor, mamá. A mi compañero no le interesan esos detalles.

—Si va a ser tu pareja, conviene que te conozca —insistió ella, encarándose de nuevo con Luis para proseguir—: Felipe sabía que yo deseaba verle con el porvenir asegurado, y no paró hasta darme esa alegría. Es más de lo que yo esperaba. No sólo ha conseguido un empleo seguro, sino también hermoso. ¿Cabe mayor hermosura que ser un agente de la autoridad, encargado de mantener el orden y perseguir el delito?

—Es muy hermoso, en efecto —admitió Luis mirando su reloj con impaciencia—. Pero si llegamos tarde a cumplir con nuestro deber, perderemos los dos nuestro empleo. De modo que, con su permiso, vamos a largarnos.

—Sí, sí —apremió madre—: lárguense. El deber ante todo.

Y volviéndose a Felipe, añadió dándole un abrazo:

—Si tu padre levantara la cabeza, que no la levantará porque se la hicieron papilla hace muchos años, te diría lo mismo que voy a decirte yo: pórtate bien, hijito. Hazte digno de ese uniforme que llevas. Pase lo que pase, llévalo con honor y con la frente muy alta.

—A propósito de frente —cortó Luis, abriendo la puerta de la escalera—: no te olvides de la gorra.

—No —dijo Felipe, cogiéndola de una silla y poniéndosela—. Adiós, mamá. No te preocupes por mí.

—Sabiendo que no estás solo, no me preocuparé. Me tranquiliza mucho verte al lado de tu compañero. Hacéis muy buena pareja.

—Gracias, señora —gruñó Luis, saliendo a la escalera y tirando de un brazo de Felipe para que saliera también—. Anda, tú.

—Ya voy. Buenas noches, mamá.

—¡Adiós, parejita!

PEDAZO 23

—¡PAREJITA! —recordó más tarde Luis, cuando iban por la calle camino de la joyería

—. La verdad es que tu vieja está como una cabra.

—¿Por qué? —le preguntó mi hermano.

—¡Llamar parejita a dos machos como nosotros!

—Nuestras madres nos aplican diminutivos porque para ellas siempre somos pequeños. Aunque seamos tan grandullones como tú.

—Pues mi madre nunca me llamó Luisito, sino Luisón. A ti, en cambio, nunca te habrá llamado Felipón, sino Felipito. De manera que no siempre las madres minimizan a sus hijos. En mi caso, por ejemplo...

—¡Mira! —le interrumpió Felipe dándole un codazo.

—¿Qué pasa?

—¡Una pareja de guardias por la acera de enfrente! —se la señaló mi hermano con disimulo—. ¡Y nos están mirando!

—Tranquilo —le aconsejó Luis—. Nos miran porque creen que somos compañeros suyos. Hay que devolverles la mirada y saludarlos al pasar.

—¿Saludarlos? ¿Cómo?

—Con naturalidad. Cuando yo te diga, míralos sencillamente y salúdalos con una sonrisa... ¡Ahora!

Y así, sonriendo bastante forzadamente a pesar de sus buenos propósitos, la falsa pareja saludó desde lejos a la auténtica.

—¿Has visto qué simpáticos? —comentó Luis cuando se alejaron de sus «compañeros». Además de saludarnos, nos han sonreído con más cordialidad que nosotros a ellos.

—Porque ellos son guardias de verdad.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que tienen la conciencia tranquila.

—¿Conciencia? —repitió Luis con cara de extrañeza—. ¿Eso qué es?

—Algo que se nota en el modo de sonreír —explicó Felipe—. Ellos sonríen francamente porque no tienen nada que ocultar.

—Déjate de monsergas. No tendrán nada que ocultar, pero ganan lo justo para comer. Y para ganarlo, tienen que dar muchísimos porrazos. Tú, en cambio, dando uno solo te forrarás.

—Sí, claro —tuvo que reconocer Felipe—. Pero no es lo mismo.

—¿Quieres decirme qué es lo que te pasa? —le miró Luis, preocupado—. Siempre has sido muy echado para delante.

—Y lo sigo siendo.

—Pues hoy parece que te estás acojonando.

—¿Acojonarme yo? —protestó Felipe, abombando el pecho—. ¡Vamos, anda! Lo que me ocurre es que soy buen actor, y estoy identificándome con mi personaje.

—No entiendo.

—Sí, hombre: como debo representar el papel de un guardia, trato de comprender la psicología de los guardias. A eso es a lo que llaman los actores «meterse en situación».

—Pues no hace falta que te metas en tantos líos, ya que ese papel sólo tendrás que representarlo ante un espectador: el guarda. Al único que debes engañar es al guarda de la joyería, para que te abra la puerta metálica y puedas aporrearle.

—Esa última parte de mi representación es la que menos me agrada —criticó Felipe.

—¿Por qué?

—Aparte de que la violencia siempre acarrea disgustos, me parece feísimo derribar a un hombre indefenso atacándole por la espalda.

—Es el procedimiento más rápido, y no podemos perder ni un segundo —explicó Luis—. Disponemos de tan poco tiempo, que el más leve retraso puede ser fatal.

—Ya lo sé. Pero yo creo...

—Lo que tú creas no cuenta —le cortó Luis—, pues de todos modos se harán las cosas como las ha planeado el jefe. Así es que para ya de criticar, y límitate a obedecer.

—No pretendo discutir, pero tengo derecho a opinar.

—Opina después, porque ahora la función va a empezar —volvió a cortarle Luis, deteniéndose—. En esta esquina me quedaré yo. Tú seguirás solo hasta la joyería. No te vuelvas, pero he visto de reojo que el coche del jefe ya está situado en la calle lateral. Prepárate, muchacho: ¡ha llegado «la hora jota»!

—Querrás decir «la hora hache» —corrigió Felipe.

—A ésta la llamamos «jota», porque es la inicial de «joyería».

—Muy ingenioso.

—Basta de cháchara y ponte en marcha. Ya sabes que tienes once minutos y medio para cumplir tu misión. Dentro de doce minutos, intervendrá el jefe con los muchachos. ¡Adelante, Felipe!

«Yo, tranquilo —fue pensando mi hermano mientras recorría los metros de acera que le separaban de la joyería—. Nadie puede sospechar que no soy un guardia de verdad. Es cierto que estudié a fondo mi papel, y que lo represento a la perfección. No en balde quise ser guardia cuando era chico. Eso me ayuda mucho, ya que siempre representamos mejor los papeles que nos gustan. Y éste me gustaba horrores.

»Si en la vida yo no hubiese dado tantos tumbos, ¡quién sabe si a estas horas!... Pero ¡buena gana de pensar en las ilusiones infantiles, que se perdieron para siempre!

»Aunque me dé un poco de pena, pues el uniforme me sienta muy bien, debo

resignarme a seguir mi camino. Que es justamente el opuesto. ¡Menudo irónico es este cochino mundo! Yo, que quería llegar a ser agente de la justicia, he acabado siendo ladrón.

»Y ni siquiera un ladrón importante, sino un ladronzuelo insignificante. El miembro de una banda, o mejor dicho el miembrecillo, al que hasta ahora sólo se le han confiado las misiones más simples y con menos responsabilidad. Claro que soy el más joven de la banda, y es natural que el jefe no tenga todavía mucha confianza en mí. Tampoco yo he dado hasta la fecha ninguna prueba de ser un “duro” auténtico. Hoy me dieron la oportunidad de probar mi dureza, y me voy a lucir».

Con estos pensamientos Felipe había llegado ante la joyería, cuya puerta y escaparate protegían sendos cierres metálicos.

De acuerdo con los planes previstos por el mando, mi hermano propinó varios golpes con el puño en la chapa de metal protectora de la puerta. Al cabo de un rato, una voz preguntó desde el interior de la tienda:

—¿Quién llama?

—Policía —contestó Felipe, con la misma convicción que un guardia de verdad.

Momentos después se abría un ventanillo en el cierre metálico, y por la negra abertura asomó la nariz del guarda.

—¿Ha dicho usted policía? —preguntó con desconfianza la boca que estaba debajo de la nariz.

—Sí —confirmó Felipe colocándose ante el ventanillo y a cierta distancia, para que el guarda pudiera verle de cuerpo entero—. Vengo por la denuncia del petardo.

—¿De qué petardo?

—Del que habían puesto para volar el cierre de esta tienda.

La extrañeza arrugó la nariz que asomaba por el ventanillo, mientras el dueño de la nariz decía:

—¿Qué?... Aquí nadie ha puesto ningún petardo.

—¿Cómo que no, si yo mismo lo acabo de quitar?

—¿Es posible? —se asombró el guarda.

De acuerdo con el plan, previsto minuciosamente por el jefe de la banda, Felipe dijo:

—Mírelo —y sacó del bolsillo un falso petardo que llevaba preparado para mostrárselo al desconfiado—. Es una carga de plástico, con potencia suficiente para hacer saltar toda la tienda. Menos mal que lo denunciaron a tiempo.

—Pero ¿quién lo denunció?

—Un vecino, que vio a unos tipos sospechosos colocando el artefacto. Por suerte llegamos a tiempo.

—Sí, menos mal —dijo el guarda, empezando a morder el anzuelo—. Porque yo no me había enterado de nada.

—Pues si llega a estallar, puede que se hubiera ido usted al otro mundo sin enterarse de nada tampoco.

—¡Qué horror!

—Desde luego. Los efectos de estas cargas de plástico son horribles. Esperemos que el peligro haya pasado por completo.

—¿Cómo esperemos? —se alarmó el guarda—. ¿No tiene usted la absoluta seguridad?

Siempre ciñéndose al plan previsto, Felipe insinuó astutamente:

—La tendría si el petardo que he quitado del exterior fuera el único que pusieron. Pero como a veces, para asegurar el éxito de la voladura, ponen otro en el interior...

—En el interior no han podido poner nada, porque aquí no ha entrado nadie.

—Los petardos interiores suelen ponerlos durante el día, cuando las tiendas están abiertas.

—¿Es posible?... Pero ¿cómo?

—Entra un tipo haciéndose pasar por cliente, y deja en un rincón el artefacto, preparado para que estalle a una hora determinada.

—¡Diablo! —se asustó el guarda—. ¿Y cómo voy a saber yo que no han dejado aquí dentro un chisme de éstos?

—Mire bien por todos los rincones —sugirió mi hermano.

—¿No podría usted ayudarme a mirar? Si miro yo solo y encuentro un petardo, no sabré qué hacer con él.

Felipe le aconsejó con aplomo:

—Es muy fácil: desmonta usted la espoleta, saca el percutor y desconecta el mecanismo de relojería.

—A usted eso le parecerá fácil, pero a mí me parece chino. Le suplico que me ayude.

—Está bien —fingió Felipe que accedía por hacerle un favor—. Le ayudaré, aunque no tengo ninguna obligación de hacerlo. Ábrame.

—Muchas gracias —dijo el guarda, empezando a descorrer cerrojos para abrir la puerta del cierre metálico—. No sabe usted cuánto se lo agradezco.

—Echaré una mirada nada más. No puedo entretenerme mucho. Tengo que seguir mi ronda.

—Lo comprendo, pero así me quedaré más tranquilo. Pase —le invitó al terminar de descorrer los cerrojos, abriendo la puerta con precaución.

—Deje abierto. Saldré en seguida —dijo mi hermano antes de entrar—. Y no tema nada, porque aquí queda mi compañero.

—¿Dónde? —quiso saber el guarda, desconfiando.

—En la esquina —se lo señaló Felipe mientras entraba—. Asómese y lo verá.

El guarda no tuvo que asomarse mucho para ver la mole uniformada de Luis.

Tranquilizado por esta visión, siguió a mi hermano al interior de la tienda dejando la puerta abierta.

La joyería no era muy grande, pero sí estaba muy bien abastecida. En varias vitrinas podían verse, colocadas artísticamente, valiosas pijadas y pijaditas de oro y piedras preciosas. En algunos estantes de esas vitrinas había también relojes y medallas de mucho valor.

El mostrador era también una vitrina, pues estaba cubierto por un cristal, a través del cual podían admirarse broches, collares y alhajas de todas clases.

A la vista de tantas maravillas, Felipe emitió un silbido de admiración.

—¡Qué bestialidad! —dijo después de silbar—. Aquí debe de haber una millonada en baratijas.

—Varias millonadas —le corrigió el guarda.

—Ahora comprendo al jefe.

—¿A qué jefe?

—Al de nuestra brigada —improvisó mi hermano para corregir su *lapsus*—. Es comprensible que nos ordene vigilar especialmente las joyerías, en las que los ladrones pueden forrarse.

—¡Y tanto! A mí no me extraña que le hayan echado el ojo a ésta. Con el contenido de una sola vitrina, podría enriquecerse una banda completa.

—¿Usted cree? —se le agrandaron los ojos a Felipe.

—Desde luego. En cualquiera de ellas, hay piezas que cuestan una fortuna. Por eso le ruego que mire bien por todos los rincones, no sea que me den un disgusto.

—Sí —dijo mi hermano, adoptando un aire muy policíaco—. Usted vaya mirando debajo del mostrador, mientras yo echo un vistazo entre las vitrinas.

—El mostrador está casi pegado al suelo —observó el guarda—, y apenas queda espacio para meter nada.

—Hay el suficiente para ocultar un petardo capaz de hacer añicos la tienda entera. Agáchese y mire, por si acaso.

Y mientras el guarda se agachaba de espaldas a Felipe, éste desenfundó la porra que llevaba colgando de su cinturón.

«Éste es el momento —pensó mi hermano mientras el otro se ponía a cuatro patas—. Ahora se está colocando a huevo para atizarle. Pero ¿por qué diablos será tan viejo? Le sobra edad para haberse jubilado hace muchos años. Y parece tan frágil...

»A un tipo joven y fuerte le atizaría con menos remordimientos. Pero atacar por la espalda a un infeliz que podría ser mi abuelo, es la mayor de todas las cobardías. Y yo nunca he sido un cobarde. En todos los golpes en que participé hasta ahora, siempre di la cara. Cargarme a traición a un abuelete es indigno de mí. Y más indigno aún del uniforme que llevo.

»Porque ésa es otra: ¡el uniforme! Es más fácil hacer una charranada de este tipo

vestido de paisano que vistiendo un uniforme por el cual siempre sentí respeto. Cuesta mucho trabajo deshonrar algo que hemos admirado. Sin embargo, no tengo más remedio que hacerlo. El jefe y todos los demás están esperando...»

—Aquí debajo no hay nada —dijo entonces el guarda, mientras se levantaba y se volvía hacia Felipe.

Pero al verle con la porra en la mano, añadió con extrañeza:

—¿Qué significa eso?

Mi hermano disimuló:

—La he sacado para hurgar con ella por los rincones. No tenga miedo.

—No lo tengo —sonrió el vejete lleno de confianza—. ¿Cómo voy a tener miedo estando usted aquí? A su lado estoy tranquilo pues nada malo me puede ocurrir. Sé que, pase lo que pase, usted me protegerá.

—Me alegro de que esté tan seguro.

—Lo estoy. Los ciudadanos indefensos como yo confiamos en los guardias armados como usted. Son ustedes unos hombres admirables, que arriesgan su vida para defender el orden y la ley. Yo los admiro profundamente. Para mí, todos ustedes son unos héroes.

—Tanto como eso... —rechazó Felipe, abrumado por esa lluvia de piropos.

—Tanto como eso, sí. Hace falta mucho heroísmo para ser guardia, habiendo tantas profesiones más cómodas y menos arriesgadas. En un mundo tan egoísta, es hermosa la generosidad de ustedes, que se presentan voluntarios para luchar, y para morir si es preciso, defendiendo a los demás.

—Bueno, bueno; haga el favor de no exagerar.

—¿Dónde está la exageración? —insistió el viejo—. ¿Acaso usted, en este momento, no está realizando un acto heroico? ¿Acaso usted no está jugándose la vida?

—¿Yo? —dijo Felipe, un poco desconcertado—. ¿Por qué?

—Está buscando un artefacto explosivo, ¿no?

—Sí, claro.

—Y si el artefacto que busca estalla, ¿le puede matar?

—Desde luego —tuvo que mentir mi hermano—. Y a usted también.

—Dígame entonces si no es usted un héroe que está arriesgando su vida para salvar la mía.

—Bueno: si lo mira desde ese punto de vista...

—Así es como hay que mirarlo. Y me parece muy justo que a muchos de ustedes les concedan medallas como ésta.

—¿Cómo cuál?

—Aquí la tiene —dijo el guarda, acercándose a una de las vitrinas y señalando una de las variadas condecoraciones que se exhibían en ella—: la Medalla al Valor.

Una de las especialidades de esta joyería es la de hacer condecoraciones. Nuestros orfebres, como puede observar, las hacen estupendamente. Y a mí me parece que la Medalla al Valor es la más bonita de todas. ¿No opina usted lo mismo?

—Desde luego —la contempló Felipe con admiración—. La encuentro preciosa.

—Y costosa: es de oro macizo. Pero lo importante no es lo que cuesta, sino lo que representa. El que llega a merecerla y a lucirla en el pecho, puede sentirse orgulloso de ser un auténtico valiente. ¿Quiere verla de cerca?

—¿Puedo?

—Desde luego. Las vitrinas están abiertas. Siendo de cristal, de poco serviría cerrarlas con llave para protegerlas contra los ladrones. El que viene a robar, como usted comprenderá, no se para ante un obstáculo tan frágil...

Mientras decía todo esto, el guarda se volvió de espaldas a mi hermano para abrir la vitrina. Poco después, cuando aún no había terminado de hablar y acababa de coger del estante la Medalla al Valor, Felipe le atizó un porrazo en la nuca.

Ambos, el vejete y la medalla, cayeron al mismo tiempo a los pies del agresor.

Mi hermano, que no parecía muy satisfecho de lo que acababa de hacer, se agachó a comprobar las consecuencias de lo que había hecho.

—Menos mal —murmuró después de examinar al guarda—: no me lo he cargado.

En el suelo, junto al cuerpo del viejo, estaba la reluciente condecoración. Felipe se agachó a recogerla con delicadeza y la contempló respetuosamente.

Debió de pensar que era muy bonita. Fascinado por su belleza, debió de pensar también que valía la pena hacer algo para merecerla.

Lo que pensó en realidad, nunca lo sabré con exactitud. Pero el caso fue que unos segundos después, cuando el jefe de la banda y sus muchachos entraron en la joyería para dar el golpe final, Felipe había desenfundado su pistola y los recibió a tiros.

—Pero ¿qué haces, insensato? —fue todo lo que pudo decir el jefe antes de que un balazo le dejara seco.

Los otros miembros de la banda repelieron la agresión, o sea que se armó un tiroteo de mil demonios.

Cuando Felipe cayó para no volver a levantarse, se había llevado por delante a tres bandidos más. Murió apretando en una mano su pistola de reglamento, y en la otra la Medalla al Valor.

La policía se quedó perpleja preguntándose de dónde había salido aquel guardia heroico y providencial, que no llevaba documentación encima y que no había dejado ninguna vacante en sus plantillas.

PEDAZO 24

FUE MI MADRE la que sacó de su perplejidad a los polizontes, contestando a las preguntas que se hacían. Así se supo la procedencia de aquel espontáneo uniformado, que se había arrojado al ruedo del riesgo para defender la ley.

Aunque la faena de Felipe le rehabilitó de todas las granujadas que hizo durante toda su vida, madre se quedó sin un céntimo. El Estado, como es natural, no podía pagarle una pensión por un héroe que no estaba en nómina.

El disgusto que sufrió por la muerte de su hijo, sumado al hambre que pasó por falta de recursos, acabaron en pocas semanas con la poca vida que le quedaba a madre. La pena, unida a la desnutrición en la misma proporción, es una receta que acaba con cualquiera en un santiamén.

Los últimos instantes de la pobre mujer fueron tan trágicos, que resultaron cómicos.

Como se había quedado sola en el pisito y ni siquiera salía a comprar comida por no tener dinero para pagarla, cuando sintió que se iba a morir salió a la escalera y se puso a gritar:

—¡Doña Engracia!... ¡Doña Engracia!...

Ése era el nombre de la portera, que, al oír los gritos, contestó desde abajo:

—¿Qué pasa?

—¿Puede subir un momento?

—¿Para qué? —quiso saber doña Engracia, pues la casa no tenía ascensor y mi madre vivía (o mejor dicho moría) en el ático.

—Para entregarle la llave del piso.

—¿Deja usted la casa?

—Pues sí, pero no podré dejarla por mi propio pie. Tendrán que echarme una mano.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la portera con extrañeza.

—Es largo de explicar a gritos, por el hueco de la escalera. Suba y se lo explicaré. Pero dese prisa. No me queda mucho tiempo.

Subió doña Engracia a regañaencías, ya que una cochina piorrea la había desdentado por completo. Pero no tuvo más remedio que subir, pues mi madre la dejó intrigadísima con su extraña y angustiada llamada.

Al llegar al ático, la portera no vio a madre. Observó, sin embargo, que la puerta de su piso estaba abierta.

—¡Pase, doña Engracia! —oyó gritar a la inquilina. La portera pasó hasta dar con mi madre, que se había metido en la cama y estaba agonizando a chorros.

—Pero ¿qué le ocurre, doña Ricarda?

—Que ya no tengo nada que hacer en este mundo. Y me marchó a toda velocidad.

—Vamos, no diga bobadas. No puede usted morirse de repente, sin que antes la haya visto un médico.

—Ni tengo dinero para pagar a un médico, ni lo necesito tampoco para saber que estoy en las últimas. Escuche y convénczase.

—¿Qué tengo que escuchar?

—Esto.

Y madre soltó un estertor preagónico que ponía los pelos de punta.

—¡Bah! —lo oyó doña Engracia como quien oye llover—. Estertores como ése, y mucho más espeluznantes aún, los tiene desde hace días don Basilio. Conoce a don Basilio, el inquilino del tercero izquierda, ¿verdad?

—¿El menudito y cojitranco?

—El mismo. Pues allí lo tiene usted: agonizando tan ricamente desde el viernes pasado, y tan fresco como una lechuga.

—Pero yo estoy pocha como un tomate —murmuró fatigosamente madre, que se ahogaba y se congestionaba con sus ahogos.

—Lo que está es deprimida, desde la desgracia que le ocurrió a su hijo. Pero esa mala racha pasará.

—Cuando pase, ya no estaré aquí.

—Pero ¡qué pesimista es la gente! —se cabreó la portera—: en cuanto va y agoniza, se desmoraliza. ¡Vamos, levante esos ánimos! ¡Hay que luchar, doña Ricarda! ¡Hay que aferrarse a la vida!

—¿Para qué, si carezco de recursos? ¿Cómo voy a seguir viviendo? No tengo ni un céntimo, ni me quedan fuerzas para ponerme a trabajar. De manera que lo mejor que puedo hacer es morirme.

—¿No cree usted en los milagros?

—Creo en los que hacía Jesucristo en persona. Pero como ya murió... ¡Adiós, doña Engracia!

—¡Espere, mujer! ¡Aguántese un poco esas ganas de marcharse al otro mundo!

—Ganas no tengo: voy arrastrada por las circunstancias.

—Deje al menos que avise a su familia, para que venga a despedirse de usted.

—No puedo avisar a nadie —suspiró madre tristemente—, porque no tengo familia.

—¿Cómo que no? —protestó la portera—. Usted me contó que tuvo cuatro hijos. Aunque se le haya desgraciado uno, salvo error u omisión le quedan tres.

—Quizá me queden, pero es lo mismo que si no me quedaran.

—¿Por qué?

—Cada cual se fue por su lado y sabe Dios dónde estarán. Al mayor de los varones se lo presté a la patria para que hiciera una guerra, y nunca me lo devolvió. Las dos hembras me dejaron también, una para servir al Señor y la otra para servir a

muchos señores. De modo que estoy completamente sola.

—No es posible —insistió doña Engracia—. Su familia no se compondría de cuatro hijos mundos y lirondos. Siempre se tienen parientes de otros tipos, más o menos lejanos. Hasta don Basilio, que es un viejo solterón y solitario, ha encontrado un sobrino para que le acompañe en sus últimos momentos. Las malas lenguas dicen que el sobrino viene al olor de la herencia, pero el caso es que ha venido. Y además de acompañar a su tío, se está ocupando de todo lo que hay que preparar cuando una persona se va a morir. Porque ya comprenderá usted que la organización de un entierro tiene muchos perendengues.

—¿Y a mí por qué me cuenta todo eso? —protestó mi madre débilmente.

—Tengo que contárselo, puesto que es usted la finada en potencia.

—Pues nada de eso me importa en absoluto.

—Tiene que importarle, hermosa —insistió la portera—. También usted, lo mismo que don Basilio, necesitará que venga algún familiar a ocuparse de esos trámites.

—¿No le he dicho ya que no puedo avisar a mis hijos porque no sé dónde están? —lloriqueó la moribunda—. Tampoco tengo sobrinos, ni cuñados, ni parientes lejanos de ninguna clase. Y suponiendo que los tuviera, ¿cree que iban a molestarse en venir a recoger mi herencia?

—A eso se viene siempre y a nadie le molesta.

—Cuando hay algo que heredar. Pero yo sólo tengo los cuatro harapos que llevo puestos, y eso es todo lo que podría dejarles. Soy pobre como una rata, doña Engracia. Por eso he llamado a la única persona que puede ayudarme en este trance.

—¿A quién?

—A usted.

—¿A mí? —se asombró la portera—. Déjese de bromas. ¿Cómo espera que la ayude yo, si soy poco más o menos tan pobre como usted?

—Sólo le pido que me deje morir tranquila —suplicó madre.

—La dejaría con mucho gusto si me indicara quién se ocupará luego de usted.

—¿Luego de qué?

—¡Del óbito, jolines! Si no tiene parientes, tendrá al menos alguna sociedad.

—¡Vamos, doña Engracia! ¿Tengo pinta acaso de presidir un consejo de administración?

—Me refiero a una de esas sociedades que ofrecen juntos los servicios de médico y entierro. Quizá los ofrezcan así porque la medicina debe de tener poca fe en su eficacia, y cuenta siempre con su fracaso final.

—Pues tampoco pertenezco a ninguna de esas sociedades —declaró la moribunda con una voz que se iba debilitando por momentos.

—¿Y a quién diantres aviso entonces cuando usted casque? —se sinceró

dejándose de rodeos doña Engracia.

—Cuando yo haya cascado —se encogió de hombros doña Ricarda con dramática resignación—, ya no hará falta que avise a nadie.

—¿Cómo que no? A alguien habrá que avisar para que la recojan y la entierren.

—Eso usted sabrá.

—No lo sé, porque nunca se me ha presentado un caso como éste.

—No me parece un caso tan raro que alguien fallezca, vamos.

—Pero todos los inquilinos que fallecieron desde que soy portera de esta casa, tuvieron alguna persona que se ocupó de lo que llaman las pompas fúnebres. Y don Basilio, por ejemplo, que está a punto de fallecer, tiene ya todas las pompas preparadas por su sobrino. En cuanto expire, que puede expirar de un momento a otro, lo meterán en un féretro muy majo que ya está encargado. Luego vendrá un cura a echarle unos responsos, y por último vendrán unos pomperos a llevárselo. A usted, mi pobre doña Ricarda, ¿quién la recogerá?

—Llame a la recogida de basuras —sugirió madre con amargura.

—¡No diga eso, por favor! —exclamó la portera, conmovida—. Me consta que usted es una creyente, y merece un entierro como Dios manda.

—Dios puede mandar —admitió madre—; pero si yo no puedo pagar...

—¡Pero yo no lo puedo consentir! —protestó la portera, que era bellísima persona en el fondo aunque feísima en la forma.

—¿Y qué le vamos a hacer? He llegado al momento en que me importa lo que le pase al soplo de mi alma, pero no a la basura de mi cuerpo. Gracias de todos modos por su buena intención. Adiós, doña Engracia.

—¡Espere, doña Ricarda!

Pero madre no esperó. La poca energía que le quedaba, se le fue en un último estertor. Un estertor que sonó como la puesta en marcha de un automóvil, después del cual la moribunda arrancó de este mundo para marcharse al otro.

Así me quedé sin la madre que me parió, hecha una huérfana de cuerpo entero.

PEDAZO 25

—HA MUERTO —le dijo una vecina a la portera cuando ésta bajó a la portería.

—Ya lo sé —suspiró doña Engracia—. Estuve con ella en sus últimos momentos.

—¿Cómo con ella? —se extrañó la vecina—. El que ha muerto es don Basilio.

—¿Cuándo?

—Hace un rato —informó la vecina, que era la más cotilla de toda la casa—. Ya ha venido el médico a certificar la defunción.

—Pues la Muerte ha hecho un doblete —dijo la portera volviendo a suspirar.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que también doña Ricarda acaba de morir.

—¿Y quién era esa doña Ricarda? —preguntó la vecina con cara de sorpresa.

—Una pobre mujer que vivía en lo que el casero llama «el ático», pero que es en realidad la buhardilla.

—Primera noticia.

—Usted no la conoció, ni creo que nadie de la casa se fijara en ella. Era un ser insignificante y solitario, que apenas salía de su camaranchón. Nadie, por lo tanto, la echará de menos, porque nadie tampoco la echó nunca de más...

Pero la buenaza de doña Engracia tuvo que callarse: la vecina no demostró ningún interés por aquella historia y no la escuchaba. Toda su atención se había concentrado en la llegada de los empleados de Pompas Fúnebres, que iban a ocuparse del cadáver de don Basilio.

Porque el sobrino, para disimular un poco el alegrón que le produjo la muerte del tío, le había organizado un entierro de primera: con capilla ardiente, ataúd de madera barnizada como un piano, y carroza tirada por un motor de treinta caballos.

La portera cerró una hoja del portal por los dos fiambres que se habían producido en la casa, pero todo el vecindario creyó que era únicamente por don Basilio. De mi madre, que estaba también de cuerpo presente en la buhardilla, no se acordaba nadie.

Sólo se acordó doña Engracia.

Y aquella misma noche, a las tres de la madrugada, subió con sigilo al ático. Con sigilo y con el sereno, que la acompañaba.

Este sereno era gallego, como casi todos los serenitos de aquel barrio, y estaba enamorado de doña Engracia. Situación que ocurre no sólo en los sainetes, sino también algunas veces en la vida real. Para el sereno, que siempre la veía de noche y con poca luz, la portera estaba todavía de buen ver. Sobre todo si se la veía poco.

Téngase en cuenta, además, que si lejos andaba doña Engracia de ser una Venus, no andaba más cerca don Cesáreo de ser un Apolo. Porque gracias a la confianza que inspiraban su gorra y su chuzo, los trasnochadores no salían huyendo despavoridos al tropezar con él en una calle solitaria.

A nadie debe extrañarle, pues, el amor que el sereno sentía por la portera, ya que ambos se hallaban al mismo nivel de fealdad. Y aunque el amor de don Cesáreo no era correspondido por doña Engracia, ésta se había aprovechado de él aquella noche para pedirle un favor.

—Por usted, doña Engracia, soy capaz de hacer cualquier disparate —había aceptado él.

—No esperaba menos de usted —le puso ella ojitos tiernos.

—Pero este disparate que me pide, nos puede acarrear disgustos muy serios.

—Vamos, don Cesáreo, no se amilane. Un sereno, como su nombre indica, tiene que tener serenidad. Y serenidad es lo único que necesitamos para llevar a cabo esta misión.

—Sí, claro. Pero si nos pillan, nos metemos en un buen lío.

—Para que no nos pillen precisamente —le tranquilizó ella—, lo haremos de madrugada. A esas horas todos los inquilinos duermen y no pasa ni un gato por la escalera.

Todo iba saliendo como doña Engracia había previsto: ella y el sereno llegaron hasta el ático sin que nadie los pillara. Ni un solo gato les salió al encuentro durante el largo y empinado trayecto, gracias a lo cual terminaron felizmente la primera etapa de su misión.

La portera abrió con su llave la puerta del camaranchón, y condujo al sereno hasta la cama donde yacía mi madre.

—¡Ave María Purísima! —exclamó don Cesáreo al ver el cadáver, pues hasta los más hombres se amariconan cuando se acoquinan.

—Me decepciona usted —le reprochó doña Engracia—. ¿Cómo puedo hacer caso a un hombre que se asusta de una muertecilla insignificante?

El sereno se avergonzó del susto que se había llevado, ya que su amada tenía razón: el diminutivo le iba muy bien a la insignificancia de aquel cadaverete, que no producía ningún terror. Sólo sus ojos, que madre no tuvo tiempo de cerrar, sobrecogían un poco con aquella mirada fija que no miraba a nadie. Pero no fijándose en ellos, la muertecilla resultaba inofensiva e incluso simpática.

—No perdamos tiempo —apremió el sereno, que quería salir cuanto antes de aquel follón.

—Habrà que estudiar primero cómo la sacaremos de aquí —dijo doña Engracia destapando a la muerta, para calcular su peso y su longitud.

—Muy fácilmente: usted la coge por los pies, y yo por los sobacos.

—Pero así se doblará por la cintura.

—No creo —opinó don Cesáreo, que entendía un poco de mortandad—. Entre el frío que hace en este cuarto y el *rigor mortis*, la difunta ya debe de estar tiesa como un palo.

—Y eso del *rigor mortis* —se informó la portera—, ¿qué quiere decir?

—Su mismo nombre lo indica: que está rigurosamente muerta.

Tiesa también estaba, como don Cesáreo profetizó, según pudieron comprobar levantándola un poco entre los dos. Hecha esta prueba de rigidez, que facilitaba su transporte, doña Engracia añadió:

—Tendremos que envolverla.

—Envuélvala usted. Yo me doy poca maña para hacer paquetes.

—A usted lo que le pasa es que le da repeluzno trajinar con la finada —le reprochó la portera.

—Un poco, sí —confesó él honestamente.

—¿Pues sabe lo que le digo?: que es usted un cagueta.

La verdad es que doña Engracia tenía poco tacto. Nada deprime tanto a un enamorado como que la mujer amada le suelte una ordinariez. Y hay pocas ordinarieces tan deprimentes para un Romeo como oírse llamar cagueta por su Julieta.

Pero don Cesáreo se sobrepuso a la depresión y colaboró en el empaquetamiento de mi madre, para demostrar que no merecía el insulto que la portera le había dirigido.

Como el cadáver era más bien pequeño debido a que mamá siempre fue poquita cosa, con una sábana les bastó para envolverlo, e incluso les sobró. No les quedó tan primoroso como una momia egipcia, pero sí lograron hacer un fardo bastante presentable que sacaron entre los dos a la escalera.

—Yo hago todo lo que usted me mande —murmuró don Cesáreo mientras iban bajando escalones con su carga macabra—, pero sigo pensando que lo que estamos haciendo no está bien.

—Peor estaría que no hiciéramos nada —rebatía su cómplice—, y dejáramos que a esta infeliz la arrojasen a la fosa común. Porque allí arrojan, como si fueran basuras, a las pobres criaturas que no pueden pagarse una tumba decente.

—Eso es triste, desde luego —admitió el sereno—, pero esto es feo.

—¿Por qué, si nadie lo va a saber?

—Pero si alguien nos sorprende... No podríamos disimular diciendo que este bulto que estamos transportando es un piano.

—Nadie nos sorprenderá si usted no despierta a toda la casa con su vozarrón. De manera que cállese y sigamos bajando.

Bajaron en silencio, aunque jadeando un poco, porque los cadáveres pesan una barbaridad. Parece que la Muerte los rellena de plomo.

Don Cesáreo, que acarreaba la parte más pesada, dio un traspie al doblar un rellano. Por poco rueda escalera abajo arrastrando en su caída a la portera y a la finada. Menos mal que el cadáver de madre metió un pie por chiripa entre los

barrotes de la barandilla, y ese freno casual evitó el desastre.

—Pero ¡qué manazas es usted! —le reprochó doña Engracia al pasar el peligro.

—Es que yo no soy mozo de cuerda.

—Tampoco la carga que lleva es un baúl.

El sereno no quiso discutir por temor a que le llamaran de nuevo cagueta, y no volvió a hablar hasta que llegaron al tercer piso.

—Aquí es —dijo entonces la portera, deteniéndose frente a la puerta izquierda—. Sujete a doña Ricarda mientras saco la llave.

Don Cesáreo obedeció, mientras ella sacaba un llavero del bolsillo y abría la puerta. Luego cargaron otra vez con el cuerpo de mi madre y lo metieron en aquel piso.

Cuando los tres estuvieron dentro, doña Engracia cerró la puerta y encendió la luz del «jol».

—¿Qué hace usted? —se asustó el sereno.

—Ya no hay peligro —le tranquilizó ella—. En el piso sólo está don Basilio, que no puede protestar.

—Ha podido quedarse el sobrino a velar el cadáver del tío.

—El sobrino le veló cuando el tío estaba vivo, para darle coba. Pero se fue en cuanto don Basilio expiró, dejando a las Pompas Fúnebres que se ocuparan de todos los trámites. Las Pompas ya se han ocupado, y también se han marchado. El entierro será mañana temprano y el sobrino vendrá a presidirlo. Hasta entonces podemos actuar impunemente, sin que nadie nos moleste.

Cargaron de nuevo con el fardo macabro hasta el saloncito del piso, donde las Pompas habían montado una capilla ardiente muy mona.

Siempre lo he dicho: cuando se tiene buen gusto, con cuatro trapitos negros y cuatro velones se logra que resulte decorativo el muerto más antiestético. Porque ¡cuidado que era feo don Basilio! Pero bien arregladito dentro de su ataúd, puesto sobre un túmulo en el centro de la habitación y rodeado de los típicos adornos funerarios, hasta hacía bonito. La amplitud de la caja (o la menudencia de su inquilino), permitió a los decoradores ponerle alrededor una cenefa de encajes y florecillas, con la cual parecía una de esas artísticas figuras de mazapán que se regalan en Navidad. El color amarillento que adquirió con el óbito, acentuaba el parecido de su carnación con esa pasta dulzona y empalagosa.

—¡Menuda nohecita me está haciendo pasar, rodeado de difuntos por todas partes! —masculó el sereno, dejando a mi madre sobre la alfombra para quitarse la gorra y secarse los sudores.

—No se queje, hombre.

—No me quejo: comento.

—Ya falta poco para que acabemos la faena —le espoleó la portera—. ¿Se da

usted cuenta ahora de que mi plan se puede llevar a cabo sin ninguna dificultad?

—Yo todavía no lo veo tan fácil.

—Porque tiene usted un miedo que no ve. Pero trate de sobreponerse y fíjese en el ataúd.

—Preferiría no tener que fijarme en una cosa tan desagradable.

—Vamos, haga un esfuerzo. Si supiera el vecindario que el sereno encargado de protegerle es tan pusilánime, nadie podría dormir tranquilo.

—Una cosa es proteger a los vivos y otra muy distinta trajinar con los muertos.

—Pronto acabaremos el trajín. No hay más que ver el ataúd para darse cuenta de que nos resultará muy fácil: es muy grande. Para dar coba al tío hasta el último momento, el sobrino no escatimó. Y encargó para mandarle al otro mundo la caja mayor y más costosa. Teniendo en cuenta también que la larga enfermedad consumió mucho a don Basilio, queda sitio dentro de la caja para meter también a doña Ricarda.

—¿Usted cree? —dudó don Cesáreo venciendo sus escrúpulos y examinando el ataúd para calcular su capacidad.

—Estoy segura.

—Algo apretadillos van a quedar.

—Tampoco necesitan tener espacio para moverse.

—Eso es verdad.

—Y si se fija bien, tampoco quedarán muy apretados. ¿No ve que, dada la pequeñez de don Basilio, la mitad del espacio han tenido que rellenarlo con virutas y floripondios? En cuanto saquemos el relleno, habrá sitio para los dos.

—¿Y cómo vamos a sacar el relleno?

—Sacando primero a don Basilio —le explicó la portera—. Cuando el ataúd esté vacío, pondremos a doña Ricarda debajo y a él encima. Los huequecitos laterales los rellenaremos de nuevo, y nadie se dará cuenta de que hemos colado una finada de matute.

—De acuerdo —aceptó el sereno enamorado—. Por usted soy capaz de hacer cualquier cosa, por inmoral que sea.

—Esto no es una inmoralidad, sino una obra de caridad —rectificó doña Engracia—. Gracias a ella la pobre doña Ricarda tendrá tumba y honras fúnebres como una buena católica, y no será arrojada a la fosa común como una basura. ¡Venga, hombre! ¡Manos a la obra de caridad!

Media hora después, el tejemaneje había terminado. Don Basilio volvió a recobrar su aspecto de figura de mazapán dentro de la caja, sin que nadie pudiera sospechar que debajo de su cuerpo yacía el de mi madre. Las virutas del relleno que ella reemplazó, fueron metidas dentro de un saco y quemadas por doña Engracia en la caldera de la calefacción.

Así fue cómo mi pobre mamá se salvó de la fosa común, disfrutando de las

ventajas e indulgencias de un entierro de primera.

PEDAZO 26

ESTAS HISTORIAS, la de mi hermano y la de mi madre, llegaron a mis oídos mucho tiempo después de que ocurrieran y por verdadera casualidad.

Como el mundo es un pañuelo, el ático en el que vivieron mamá y Felipe fue habitado después por distintas personas. Una de sus inquilinas fue una chica que tenía la misma profesión que yo, a la cual conocí porque ambas trabajamos una temporada en el mismo bar. A ella le contó estas historias doña Engracia, que como buena portera era bastante cotilla y no fue capaz de guardar el secreto durante muchos años. Y la chica, a su vez, me las contó a mí, para matar el aburrimiento de unas horas en el bar esperando un ligue.

—¡Anda la osa! —exclamé cuando acabó de contármelas—. ¡Pero si ahora que lo pienso y ato cabos, me parece que todo eso me toca muy de cerca!

—¿Es posible?

—¡Y tanto! ¡Yo tuve un hermano llamado Felipe, y Ricarda se llamaba la madre que me parió!

Doña Engracia, con la que fui a hablar personalmente, me dio detalles que confirmaron mis sospechas. Y que me han permitido reconstruir estos episodios con bastante fidelidad. Algo de fantasía ha entrado también entre los materiales de mi reconstrucción, pero no creo haberme apartado mucho de como sucedieron realmente.

Tu final fue muy triste, madre que me pariste. Es triste también que cuando voy al cementerio a llevarte unas flores, tenga que dejártelas encima de una tumba en cuya lápida se lee:

«AQUÍ YACE DON BASILIO MACHO»

Y es más triste aún que no pueda detenerme ante esa tumba a rezarte unas cosillas, pues el que me viese no pensaría que le estaba rezando a la madre que me parió, sino a algún viejo cabrito con el cual me acosté. Pero trataré de no entermecerme demasiado, para seguir contando las historias parciales de mi desaparecida familia.

Con mi hermana Candelaria, monja que pertenecía a una orden mendicante, tuve algunos contactos desde que me la encontré por casualidad en el pisito que al fin pude comprarme en las afueras. (Ya he contado en otra parte cómo se desarrolló este encuentro casual, y cómo resolví el problema de camuflar mi verdadera profesión a los ojos de aquella bendita).

Pero como la banda de monjas a que ella pertenecía organizaba rifas, y yo tuve la debilidad de comprarle varias papeletas en su primera visita, me puso en su lista de compradoras seguras y me visitó con más frecuencia de lo que yo hubiera deseado.

—La patrona de vuestra orden —gruñí la quinta vez que me visitó— debería llamarse Santa Rifa. ¿Qué rifáis esta vez?

—Un tractor —me respondió.

—Pero ¿es que no tenéis imaginación? —la increpé—. Sois unas monjas muy simplonas. Todas las veces que has venido a venderme papeletas, el premio era igual.

—Y tan igual. Porque siempre rifamos el mismo tractor. Como la gente pierde las papeletas que compra, o se olvida de mirar si su número ha salido premiado...

—Es cierto —recordé—. Ya me explicaste ese truco, gracias al cual le sacáis más dinero a ese tractor que leche a una vaca.

—Se lo sacamos con ayuda de la Providencia.

Me abstuve de comentar que también les ayudaba algo la mangancia.

—¿Y cuántas papeletitas quieres que te compre ahora, hermosa?

—¿Qué te parece una docenita?

—Una barbaridad.

—Pues no lo creas. Teniendo en cuenta lo bien que vives, y que además eres mi hermana...

—Pero soy tu hermana de sangre, y no tu hermana de la caridad.

—No obstante... —empezó ella.

—Está bien —corté yo por no discutir—. Toma el dinero y adiós.

Siempre procuré despacharla deprisa, para que no tuviera tiempo de fisgar en mi vida privada. Y el mejor sistema de quitarse de encima a una monja pedigüeña, es darle todo lo que te pida.

Así logré que permaneciese en la inopia mucho tiempo, convencida de que yo estaba casada con un señor catalán. Como todo el mundo sabe que los señores catalanes tienen que ir a Barcelona con muchísima frecuencia, a mi hermana no le extrañaba que mi marido nunca estuviese en Madrid cuando ella venía a visitarme.

—No te pregunto por tu marido —acabó por decirme—, porque me figuro que estará en Barcelona.

—En efecto —confirmaba yo—. A ver si hay suertecilla, y coincides con él la rifa que viene.

Esa suertecilla no podía haberla, claro está, puesto que lo que no había era marido. Sin embargo, gracias a ese engaño, las rifas se sucedían costándome el dinero de las papeletas; pero sin costarme el disgusto de que Candelaria supiera la verdad. De manera que siempre que la criada me anunciaba la llegada de la monja, yo cogía el monedero y salía a recibirla con estas palabras:

—¡Hola, hermanita! ¿Cuántas papeletas me traes hoy?

Un día, sin embargo, a esta pregunta ella me contestó:

—Ninguna.

—¡Carape! —exclamé por lo fino, pues en casos de sorpresa equivalente suelo

exclamar algo peor.

—Carape, en efecto —repitió ella la exclamación inocua con un suspiro.

—Pues si no me traes papeletas, ¿a qué has venido entonces?

—A decirte que ya no haremos más rifas.

—¿Cómo es eso? —balbucí sin dar crédito a mis tímpanos, y ella me lo explicó:

—En la que hicimos el mes pasado, el tractor le correspondió a una de las papeletas que habíamos vendido. Esto no nos preocupaba, pues ya nos había ocurrido muchas veces. Pero esta vez, en cambio, nos ocurrió algo insólito.

—¿Qué?

—Que la persona a la que le había tocado el tractor, se presentó con la papeleta premiada a recogerlo.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? —se enfadó Candelaria—. Pareces tonta, rica: que como se presentó a recogerlo, tuvimos que entregárselo. Con lo cual nos hemos quedado sin tractor, y ya no podemos seguir rifándolo.

—¡Qué faena! —dije por quedar bien; aunque pensando que más faena habían hecho ellas rifando tantas veces el mismo tractor, que el premiado recogiendo el premio que le correspondía.

—No somos nosotras las encargadas de juzgar las conductas humanas. Para eso está la justicia divina —dijo Candelaria con ejemplar resignación—. Pero como tú eres hermana mía y podemos hablar con confianza, te diré francamente lo que opino del que ganó el tractor: es un marrano.

—¿Qué dices? —me escandalicé.

—Lo que pienso con toda sinceridad —se destapó ella—. ¿No te parece una marranada privar a unas pobres monjitas de su única fuente de ingresos? Casi se puede decir que nuestra orden estaba montada sobre ese tractor. ¿Crees que una alma cristiana y caritativa hubiera sido capaz de apearnos tan brutalmente, quitándonos el recurso de las rifas?

—Lo que yo crea es lo de menos —me abstuve de opinar—. Lo importante es saber qué vais a hacer ahora que os habéis quedado a pie, sin el vehículo en el que estabais montadas.

—Tendremos que ceder los pobres que sosteníamos a otras órdenes más ricas, y disolver la nuestra.

—¿Y qué harás tú? —me preocupé, temiendo que al perder su colocación pretendiera quedarse a vivir conmigo.

—Me iré a las misiones.

Algunos pelos se me pusieron de punta. No todos, claro está, pues a mí ya no me asusta nada y es difícil que me lleve un susto completo. Pero al oír aquello me alarmé bastante.

Yo sabía que para una monja ir a una Misión, es como para un hombre ir a la Legión. Incluso peor aún, pues a los legionarios los matan nada más; pero a los misioneros de ambos sexos, se los comen los caníbales.

—¿Y qué necesidad tienes de irte tan lejos? —la desanimé.

—Para ir a las misiones, no hay más remedio que hacer un viaje largo.

—Pero dentro de España, aún queda gente tan salvaje como la que puedas encontrar en África o en Oceanía. Con una ventaja: nuestros indígenas en estado de salvajismo no comen carne humana, porque no los deja la Guardia Civil.

—Aquí hay mucha competencia —dijo Candelaria, pesimista—. Tenemos provincias en las que la densidad de población monjil es de siete monjas por kilómetro cuadrado. Según las estadísticas, tocamos a tres kilos de monja por habitante.

—Pero como los habitantes no somos caníbales —razoné—, a ninguno se le ocurre pedir que le corten y le entreguen los tres kilos de monja que le corresponden. De modo que podéis vivir tranquilas.

—No me da miedo que me despedacen, sino que no encuentre ocasión de ejercer mi apostolado con eficacia. Por eso voy a pedir que me manden a la India.

—Has elegido el sitio peor.

—Por ser el peor precisamente, lo elegí —dijo ella poniendo carita de mártir.

—¿Estás loca? La India tiene fama de ser el país más hambriento del mundo. Y como allí, a efectos alimenticios, la única carne que consideran sagrada y no comestible es la de las vacas...

—¿Y qué?

—Pues que a lo mejor, como tú estás regordeta, acaban contigo.

—¿Cómo?

—A bocados.

No hubo forma de hacerla desistir. Cuando a una monja se le mete una idea entre toca y toca, a jorobarse tocan. Mira por dónde, por culpa de ese miserable que arruinó a la orden recogiendo el tractor que le había tocado en la rifa, yo perdí para siempre a mi hermana. Porque Candelaria se fue a la India, y desde entonces no he vuelto a saber de ella. Quizá se la hayan comido los hambrientos, como yo pronostiqué; o puede que la pobre esté en Calcuta, rascándose esa sarna asiática que llaman lepra.

¡Vaya usted a saber! (Es un decir, pues me consta que usted no piensa ir).

PEDAZO 27

REPUESTA DEL ABORTO después de una tediosa convalecencia, volví a las andadas y a las dormidas. Pero no tan alocadamente como antes, sino adoptando ciertas precauciones; persiguiendo ciertos objetivos.

Mientras convalecía me sobró tiempo para meditar, y de todas mis meditaciones saqué el jugo de estas conclusiones:

Desde ahora, querida Mapi (con «i» latina otra vez porque la griega me dio poco resultado), se acabaron tus locuras de putita con cabeza de chorlito. No más copejas sin fundamento, ni más casquetes para ir tirando. Hasta hoy no pensaste en el día de mañana, porque estaba lejos aún. Eras muy joven y tenías muchas noches por delante.

Pero el tiempo va aflojando las clavijas que tensaban tus músculos y estiraban tu piel. Ahora se te puede pellizcar el pompis, debido a que tus nalgas no son tan duras como antes. Los dedos del pellizcador ya no resbalan en su dureza: te cogen en el pellizco un buen trozo de chicha.

El tiempo pasa. Aunque tú cierres los ojos para no verlo pasar. Aunque no quieras tener un calendario en tu casa. Aunque hayas pretendido, e incluso logrado, olvidar la fecha en que naciste para saltarte a la torera la celebración de tus cumpleaños.

Y la prueba de que pasa la tienes, no sólo en la blandura de tus nalgas, sino también en esas arrugas que se te están haciendo en la frente. Tú sabes muy bien que, con lo bruta que eres en general, esas arrugas a ti no se te han hecho por pensar demasiado. Se te hacen a base de añitos, y se te irán extendiendo poco a poco por toda la superficie de tu pellejo.

Debes comprender de una puñetera vez, querida Mapi, que ya no eres una cría; que tu cuenta corriente de juventud se va agotando; que tarde o temprano (cada vez más temprano) aparecerán en ella los números rojos de la madurez. Debes hacer cuanto antes, con lo que te queda, una buena inversión. Porque tu día de mañana no será dentro de veinticuatro horas, pero tampoco dentro de veinticuatro años.

Nunca hasta entonces me había hablado a mí misma con tanta claridad, ni nunca tampoco me sentí tan dispuesta a seguir mis propios consejos. Puede que el choque físico y moral que sufrí con el raspado, me dejara debilucha y predispuesta a la sensatez. O puede que los años, sencillamente, la hagan a una sensata aunque no quiera.

El caso es que no eché en saco roto aquellas meditaciones, y decidí echarme un viejo. Es lo más prudente que puede hacer una chica como yo, cuando llega a cierta edad.

El viejales todavía pizpireto, con ganas de echar sus canas al aire, es un tipo de cabrito muy rentable que abunda en la fauna ibérica. Esto se debe a que aquí, hablando mal y pronto, los viejos son más cachondos. Puedo decirlo también

hablando bien y despacio, para que nadie se escandalice: por razones climatológicas y raciales, se produce un elevado número de reacciones viriles entre los miembros de la senectud española. (Ahí queda eso).

Surge por estas razones el llamado «viejo verde», nombre que a mí me parece equivocado por el motivo que cito a continuación: verdes son los frutos que aún no están maduros, pero no los viejos que ya están pochos.

Más dejemos aparte estas divagaciones filológicas que nos importan un pito, y analicemos el tipo humano que se agrupa bajo esta denominación:

El «viejo verde» es generalmente un casado ya aburrido de acostarse siempre con la misma señora, y que sabe que en la variación está el gusto. Sabe también que ya no tiene edad para conquistar por su cara bonita, pero sí por su cartera llenita. Y como dineros no le faltan, paga bien al mujerío que le da el gusto de la variación.

Pero como la vejez es amiga de la comodidad, la mayoría de los viejos verdes prefiere para sus desahogos una mujercita cómodamente instalada. Es francamente incómodo tener que trotar de un lado para otro en busca de mujeres, cuando ya no se está para muchos trotes. Entre esa mayoría de vejete poco trotones no es difícil encontrar estupendos cabritos permanentes, capaces de resolver el porvenir a una chica tan mona como yo.

Cuando tomé la decisión de cazar un viejo, elegí también el sitio más apropiado para cazarlo. Estas piezas de caza mayor (¡y tan mayor, puesto que ya han cumplido los sesenta!) no se las puede ojear en los bares de moda ni en las «discotecas». Sería como pretender, a la viceversa, cazar jóvenes en los asilos de ancianos.

El ojeo del vejete aficionado a la verdura hay que hacerlo en locales tranquilos y tradicionales, como por ejemplo los casinos mercantiles, los ateneos, los círculos de labradores, y los pocos cafés de estilo antiguo que todavía quedan en las grandes ciudades.

Lo malo es que en esos casinos y círculos de Madrid sólo pueden entrar los socios, ya que los reglamentos prohíben terminantemente que entremos las socias. Esto me obligó a reducir el campo de mi cacería al puñadito de cafés que aún quedan en la capital, que se transformarán en cafeterías o bancos en cuanto fallezcan sus actuales propietarios.

Del puñadito descarté los cafés frecuentados por artistas, pues sé por experiencia que en esos antros no hay nada que hacer. (Entré una vez en un café que tiene nombre asturiano, al que van muchos tipos de pluma y pincel, y salí escarmentada: además de pagar mi consumición, tuve que pagársela también a un melenuado que se acercó a darme conversación. Y el melenuado, aparte del trago, se había comido tres bocadillos de chorizo).

Seguí descartando los cafés de barrio, y acabé por seleccionar el único local apto para cobrar un viejales de sesenta octubres. (En esta frase he dado otra prueba de

ingenio, que me interesa subrayar: bien está llamar «abrilés» a los años de los jóvenes primaverales, pero a mí me parece que «octubres» les va mejor a los de los hombres otoñales).

El café que elegí se llamaba «Continental». Antiguamente gustaban una barbaridad estos nombres tan anchos y rimbombantes. El café que no se llamaba «Universal» o «Mundial», tenía que llamarse «Internacional» o por lo menos «Continental». Puro delirio de grandezas, pues aquellos nombres cosmopolitas no correspondían a la realidad de una clientela compuesta por fulanos (y algunas fulanas) exclusivamente indígenas.

Al «Café Continental» fue una vez un negro, y el dueño se puso muy contento porque su presencia justificaba el cosmopolitismo del nombre. Pero resultó que aquel negro era indígena también, por proceder de una pequeña colonia (tan pequeña que casi cabía en un frasco) que teníamos en África. Con lo cual la justificación se fue a hacer puñetas.

No obstante lo injustificado del título, a aquel café, aunque a nivel indígena, acudían señores ya talludos con mucha pasta. Al olor de la pasta acudían también algunas piculinas con aspiraciones semejantes a las mías, pero ninguna me llegaba al sobaco. Ni en clase, ni en palmito. Por lo cual pude trabajar a mis anchas sin miedo a la competencia.

Este trabajo me resultó más cómodo que cuando operaba en los bares, ya que los buenos ligues en los cafés se hacen a la hora de merendar. El cliente cafetero es de tarde, porque suele ser burgués y comodón. Por eso merienda y no trasnocha. Dos lujos que sólo pueden permitirse los hombres maduros y en buena posición económica: es necesario disponer de tiempo y dinero para desperdiciar dos o tres horas en pleno día merendando en un café.

El cliente cafetero es más seguro y tranquilo que el cabaretero: paga a tocateja y jamás arma camorra. A él que no le metan en líos: él se toma su cafelito, echa su polvete y se vuelve a su casita. Y a las diez, en la cama estás.

A mí, la temporada que trabajé este personal diurno, me sentó divinamente. Fue como una prolongación de mi convalecencia, pues al no tener que trasnochar me quedaban más horas para dormir. Me puse tan sana como una manzana. Engordé unos cuantos kilos que me vinieron de rechupete, pues el raspado y los disgustos consiguientes me habían dejado bastante escuchimizada. Y la mujer, cuando se escuchimiza, tiene menos valor.

Mi engorde fue debido, no sólo al descanso, sino también a las consumiciones que una tiene que consumir en este sistema de alternar. Alternando de noche en bares y «naiclús», consumes «gin-fís», «chartrés» o «pipermín». Y las copichuelas joroban el hígado, aunque no repercuten en la báscula. Pero a media tarde y en un café donde todo el mundo está merendando, tienes que tomar chocolate con bollos o bocadillos

de jamón. Y a fuerza de consumiciones nutritivas, te encuentras de pronto con el esqueleto lleno de michelines. Con lo cual sale ganando tu salud por un lado y tus clientes por otro, pues ya se sabe que los viejales las prefieren llenitas.

Como mi objetivo no era atrapar cabritos sueltos sino un amigo fijo, no me iba con el primer parroquiano que me invitaba a un té con pastas, o a un vaso de leche con ensaimada. Todo candidato era sometido al examen de mi ojo experto, y rechazado si no veía en él posibilidades de aprovechamiento permanente.

«Éste es demasiado gordo —dictaminaba mi ojo examinador—. Sé por experiencia que acostarse con un gordinflón es como caer debajo de una apisonadora. Para una vez, bueno.

»Éste farda bastante mal. Tiene pinta de jubilado, sin margen para sostener una querida. Miraré para otro lado y que se vaya a paseo.

»Éste, en cambio, está como un tren. Como un tren de mercancías quiero decir, puesto que lleva un cargamento de joyas. El brillante que luce en un dedo va tan acompañado de sortijas, que no se le puede llamar “solitario”».

Pese a esta selección, las primeras jornadas de aquella montería no me pusieron a tiro el cabrito que yo pretendía cazar. Encontré señores muy amables, eso sí, que me trataban muy bien y me hacían regalos de mucho fundamento. Incluso me daban consejos paternales, ya que todos mis clientes del «Café Continental» tenían edad de sobra para haber podido ser mis padres y hasta mis abuelos.

—Lo que tú tienes que hacer —me aconsejaban paternalmente cuando ya habíamos terminado, mientras se ponían sus calcetines con ligas y sus pantalones con tirantes— es casarte con un mozo de tu edad y hacer una vida decente.

Ya se sabe que todos los hombres, cuando se hartan de hacer indecencias, son propensos a recomendar la decencia.

—Tiene usted razón, don Fulano —decía yo, como si con esa gilipollez de consejo me hubiesen salvado la vida—. Gracias a usted, que es tan bueno y tan honesto, ahora veo con claridad el camino que debo seguir para redimirme.

Con lo cual los fulanos se quedaban convencidos de que eran unos santos, y parecía que a los muy cabritos les salían halos por encima de los cuernos.

Pese a lo modosita que yo fingía ser y al buen trato que daba a mis clientes, aquellos palos eran de ciego. Quiero decir que no acababa de ver al madurito que se convertiría en mi protector.

Hasta que, una tarde, conocí a don Jacobo.

PEDAZO 28

NADA MÁS VER a Don Jacobo, me dio un vuelco el corazón y pensé:

«¡Éste es el que yo andaba buscando!»

Aquel individuo superaba con creces las condiciones exigidas al simple cabrito de la meseta: alcanzaba las altas cumbres del auténtico «capro hispánico».

Pero ¡qué pedazo de tío, madre mía! ¡Con qué ligereza llevaba la carga del medio siglo y pico que ya había caído sobre sus hombros! ¡Cuánta nobleza y elegancia en sus facciones y en sus ropas! ¡Cuánta simpatía en sus sonrisas! ¡Cuánto desparpajo en sus palabras!

Don Jacobo era el amigo ideal con el que siempre han soñado todas las furcias. Todas, por lo tanto, tratamos de cazarle en cuanto se nos puso a tiro en el café. La cacería fue encarnizada, debido a que algunas de las piculinas que me hacían la competencia eran más jóvenes que yo y bastante majas. Pero al final triunfó mi clase y servidorita se llevó el gato al agua.

Estando con él en el agua, o sea en la cama, me dijo de pronto muy contento:

—Acabo de alcanzar la cima de mi vida.

—Es usted muy amable, don Jacobo —dije agradecida, pensando que la cima era yo puesto que él estaba encima de mí.

—Hay un momento en que el ser humano se da cuenta de que ha llegado a su plenitud —continuó él sin hacerme mucho caso—. En todos los terrenos: en el físico, en el profesional, en el afectivo y en el espiritual. A esa altura máxima de todas mis posibilidades, acabo de llegar yo.

Hablaba con tanta seriedad, que no quise interrumpirle con una de mis majaderías. Y prosiguió:

—Mi organismo ha funcionado hasta ahora perfectamente. En mi profesión he obtenido éxitos que ya no podré superar. He amado, he sufrido, he luchado y me he divertido. Mi espíritu ya no puede asimilar más enseñanzas ni experiencias. Está totalmente formado y en plena forma. Mis ideas son claras. Mi lucidez mental, indiscutible. También mi memoria funciona a la perfección y recuerdo todo lo que aprendí. Puedo recitarte los nombres de todas las islas que constituyen el archipiélago filipino, la lista de minerales por orden de dureza, la clasificación de los insectos...

—Vamos, hombre —le interrumpí—. A mí no me meta rollos. Si acaso méteme uno, pero calladito.

—No seas ordinaria.

—Discúlpeme. Es que no sé adónde quiere ir a parar con tanta palabrería.

—A una conclusión decisiva: de aquí no puedo pasar. A partir de este momento, empezaré a decaer. Alcanzada la cumbre de la plenitud, se inicia el descenso hacia el ocaso. Poco a poco, iré perdiendo facultades, ¿comprendes?

—¿Y eso qué importa? —me encogí de hombros—. Si ha ganado usted dinero suficiente para vivir bien el resto de su vida...

—No es mi vida lo que me importa, sino mi muerte.

—Haga el favor de no ponerse fúnebre.

—¿Fúnebre yo? —dijo él echándose a reír—. ¡Pero si estoy contentísimo! Mira cómo me río.

—¿Por qué piensa en la muerte entonces?

—Porque es mucho más importante que la vida. En este mundo sólo estamos de paso, y tenemos que pensar en la eternidad.

—¡Atiza! —le miré perpleja—. A lo mejor, sin darme cuenta, me ha hecho usted cometer un sacrilegio.

—¿Por qué?

—¿No será usted un cura de paisano?

—No, mujer. Si lo fuera, no estaría acostado contigo.

—Pues eso que me ha dicho del mundo y la eternidad, es de cura.

—No hace falta ser cura para creer que el alma es eterna —me explicó él—. Y yo eso sí lo creo. Por eso no quiero perder facultades espirituales. Las físicas no me preocupan. Mi alma está ahora en su mejor momento; en todo el esplendor de su madurez. Así es como debe entrar en la eternidad. Porque no sé si sabrás que las almas conservan eternamente las características que tenían en el momento de abandonar sus cuerpos.

—Nunca me paré a pensar en eso —dije yo—, pero me parece lógico. La muerte no puede dar sabiduría al que no la tenía, ni quitársela al que la tuvo.

—Por eso mismo el alma del que muere niño, o tonto, o ignorante, será estúpida toda la eternidad. Y el alma del viejo que chocheaba cuando murió, chocará por los siglos de los siglos.

—Y todo eso, ¿qué tiene que ver con usted?

—Que no quiero ser una alma chocha.

—¿Y por qué va a ser usted una alma chocha?

—Lo seré si muero cuando empiece a chochar. La eternidad está llena de almas chochas, pertenecientes a viejecitos que fallecieron a edad muy avanzada. ¿Te imaginas lo espantoso que debe de ser estar «gagá» eternamente? Yo no podría resistirlo, y estoy decidido a evitarlo.

—¿Cómo?

—Muriendo ahora, en la plenitud de todas mis facultades. Así no perderá mi espíritu ni una chispa de su energía. Seré un alma fuerte e inteligente durante toda la vida eterna.

—Pero usted está muy sanito. No tiene aspecto de que vaya a morirse de repente.

—Yo no he dicho que me vaya a morir, sino que me voy a matar.

—¿¿Qué?? —me asusté—. Vamos, déjese de bromas.

—No es ninguna broma —confirmó don Jacobo, muy serio y al mismo tiempo muy contento—. Creo tanto en la eternidad, que quiero llegar a ella en las mejores condiciones. Vale la pena acortar la vida efímera del cuerpo en beneficio de la vida eterna del alma.

—Pero si es usted tan creyente como dice —razoné—, no puede matarse.

—¿Por qué no?

—¿Hace falta que se lo explique? El suicidio está en la lista de los pecados que los creyentes no pueden cometer.

—¡Bah! En esa lista no son pecados todos los que están, ni están tampoco todos los que son. Pero ni el momento ni el sitio son los más adecuados para que yo te explique mis creencias religiosas y mis puntos de vista sobre el bien y el mal.

—Desde luego que no —admití cariñosamente volviéndome hacia él, que estaba en la cama a mi lado—. Y en el sitio donde estamos, quizá yo pueda hacer algo para que siga dándole gusto la vida terrenal.

—Hagas lo que hagas, me sigue gustando más la vida eterna.

—Piénselo bien —le aconsejé.

—Todo está perfectamente pensado y decidido.

—No cabe duda —me desinflé— de que soy una chica sin suerte.

—¿Por qué?

—Me había hecho ilusiones de que usted y yo congeniaríamos.

—¿Acaso no hemos congeniado? —protestó don Jacobo—. Esta tarde me has hecho romper una norma que me impuse hace tiempo.

—¿Qué norma?

—Ésta: «Antes de las siete, ni un solo polvete».

—Las ilusiones que me hice no se limitaban a una sola tarde.

—Si iban más lejos, no podré acompañarte. Porque yo he llegado al final.

—¿Cuándo piensa matarse?

—Ahora mismo.

—¡Oiga, oiga! —salté de la cama, asustadísima—. No irá usted a hacerme esa faena, ¿verdad?

—A ti no te haré nada, tranquilízate. Esa faena, como tú la llamas, me la haré yo solo.

—Pero me la hará a mí también si se la hace estando yo aquí. Pueden creerme culpable y meterme en un buen lío.

—Esperaré a que te vayas.

—Muy amable —dije empezando a vestirme a toda velocidad, mientras don Jacobo se ponía a canturrear alegremente—. ¿Me permite que le diga una cosa?

—Si es corta y no me haces perder tiempo...

—O está usted loco, o me está tomando el pelo.

—¿Por qué?

—Ningún ser normal se pone tan contento cuando va a matarse.

—Yo sí. Pienso que en realidad no voy a morir, sino a cambiar una vida por otra mucho mejor. Si todos los que se llaman creyentes creyeran de verdad, harían lo mismo que yo con la misma alegría.

—¡Pues aviados estaríamos! Con tantas bajas, la Humanidad se iba a quedar para el arrastre.

—Para el arrastre es como se queda ahora aferrándose a esta vida, teniendo que arrastrarse en la vejez cuando ya no puede con su alma. Yo me voy sin arrastrarme, erguido y satisfecho, porque puedo con mi alma y la llevaré alegremente a donde debe estar.

Remató sus filosofías con esta frase:

—Como nuestro cuerpo no es más que un laboratorio químico donde se fabrica nuestro espíritu, es absurdo permanecer en él cuando el espíritu ya está fabricado.

—¿Y cómo piensa usted salir de su «laboratorio»? —le pregunté con cierta curiosidad mientras acababa de vestirme—. ¿Abriéndole una ventana en el tejado?

—No sé qué quieres decir.

—Que si se va a agujerear la cabeza de un balazo.

—No, ¡qué disparate! Las pistolas son demasiado ruidosas. Yo no quiero escandalizar.

—¿Qué arma utilizará entonces?

—Una pastilla de jabón.

Me detuve con la falda a medio poner para volverme hacia él y preguntarle:

—¿Quiere repetírmelo? Me parece que no le entendí bien. Porque usted no habrá dicho una pastilla de jabón, ¿verdad?

—Pues sí —me confirmó don Jacobo—. Eso dije.

—Eso confirma lo que una servidora, con perdón, ya venía sospechando: que está usted como un cencerro.

—No voy a usar ninguna arma de tipo convencional, ya que tampoco voy a cometer un suicidio al estilo habitual.

—Eso último no hace falta que me lo diga. Lo que sí me gustaría saber es cómo se las va a arreglar para matarse con jabón. Que yo sepa, el jabón mata microbios. Pero usted no es tan menudito. Como no se trague la pastilla para que se le quede atravesada en el gañote hasta asfixiarse...

—El jabón —me explicó él con mucha calma— será el vehículo que me producirá una muerte casual. Nadie podrá decir que me suicidé, sino que fui víctima de un accidente.

—Entonces lo que yo dije: se va a tragar la pastilla.

—No, mujer. Fíjate qué sencillo: antes de ducharme, echaré un jabón dentro de la bañera. Con el agua de la ducha, la pastilla se hará sumamente resbaladiza. Yo la pisaré sin darme cuenta cuando me esté duchando, y se acabó.

—¿Qué es lo que se acabó? —me extrañé yo.

—¡Mi vida, estúpida! —se enfadó él.

—Perdone mi estupidez, pero sigo sin entenderlo.

—Al resbalar sobre el jabón, me caeré patas arriba.

—¿Y qué?

—Que esas caídas siempre son mortales.

—¿Por qué?

—Porque al caer, te desnucas impepinablemente. Bien porque te pegas en la base del cráneo con el borde de la bañera, o bien porque se te incrusta un grifo en el occipucio. Los resbalones en las bañeras han causado mucha mortandad. Yo seré una víctima más de ese accidente tan tonto. Y a nadie se le ocurrirá acusarme de suicida, por haber pisado mientras me duchaba una pastilla de jabón.

Por no animarle más de lo que estaba, no quise decirle que su plan me parecía muy ingenioso. Pero ahora que don Jacobo no me puede oír, confieso que me pareció ingeniosísimo. No me extraña, por lo tanto, que le saliera a pedir de boca, tal y como lo había planeado.

Razón por la cual él ya no puede oírme: cuando yo me fui, don Jacobo se duchó. Y al día siguiente, los periódicos dieron la noticia de su fallecimiento accidental, por rotura de coco contra grifo.

Nunca vi ni veré a otro fulano con tanta fe en el más allá.

¡Matarse en plena vida, para que el alma llegue bien entera a la eternidad! ¡Eso sí que es creer con un par de pelotas, y no lo que hacen las beatas!

Soy generosa y deseo que Dios le tenga en su gloria, aunque a mí me hubiera gustado tenerle algunos años en mi cama.

PEDAZO 29

POR INERCIA, que es el nombre que dan a la carrerilla las personas que han estudiado física, seguí acudiendo por las tardes al «Café Continental».

La pérdida de don Jacobo me hizo perder también muchas esperanzas de levantar allí la liebre de un protector, pues no era fácil echarle el ojeo a una pieza tan buena como él. Pero ya dice el refrán que cuando menos se piensa, salta la liebre. Y quien dice la liebre, dice cualquier otro animal más o menos saltarín. Como por ejemplo, el cabrito.

A mí me saltó don Lorenzo cuando yo estaba pensando en abandonar definitivamente aquella plaza de ojeadora, en la que sólo cobraba conejillos y pajarracos poco rentables.

Don Lorenzo era un señor en toda la extensión de la palabra; que parece muy corta porque sólo tiene dos sílabas, pero que es en realidad muy extensa. Mucho más extensa que la palabra caballero, por ejemplo, que parece más larga porque tiene cuatro sílabas.

Puede que antiguamente ser un caballero fuera importante. En la actualidad este título ha descendido una burrada. Tanto descendió, que ahora «caballeros» sólo se escribe en los sótanos, a la puerta de los retretes donde mean los hombres.

Los señores, en cambio, son los que tienen señorío, virtud que sigue estando a gran altura. Y don Lorenzo tenía mucho señorío, aunque no demasiado dinero. Está visto y demostrado que no se puede tener todo en este cochino mundo. El que tiene libre acceso al harén es eunuco, y el dueño de un buen cuchillo no encuentra carne donde hincarlo. Pero a pesar de sus limitaciones económicas, acepté a don Lorenzo como socio protector.

—Yo no soy putero —me explicó cuando le conocí—, ni lo fui tampoco cuando era joven. Soy catalán. Tú ya sabrás que los catalanes somos organizados y conservadores. No nos gusta perder el tiempo buscando aventurillas, ni correr el riesgo de que nos pegue una enfermedad cualquier aventurera sin garantía sanitaria. Preferimos, por lo tanto, tener amiguitas fijas, sistema más costoso pero mucho más seguro.

»Cataluña es la región que más entretenidas sostiene en todo el territorio peninsular. Esto podría demostrarlo el Instituto Nacional de Estadística si se decidiera a estudiar temas más vivos que la producción de kilovatios, y menos aburridos que la renta per cápita.

»El lema del burgués catalán acomodado, pero siempre atareado, es éste: “Vale más a tiro hecho, que a quién me tiraré”.

»Tengo que venir de Barcelona varios días cada mes, y prefiero también tener organizadas las noches que pase en Madrid. Es incómodo andar de la Ceca a la Meca,

¿comprendes?»

Yo era entonces bastante bruta todavía; y supuse que la Ceca y la Meca, como la Lola y la Paca, serían dos fulanas entre las cuales repartió don Lorenzo sus noches madrileñas hasta encontrar amiga fija. Pero como ya la había encontrado en una servidora, le perdoné sus devaneos con aquellas furcias hipotéticas y discutí con él los estatutos de su asociación conmigo.

Como toda asociación lo primero que necesita es un domicilio social, le hablé del piso.

—¿De qué piso me estás hablando? —se extrañó él.

—Del que usted debe ponerme, para que pueda venir a visitarme.

—¿No tienes ya un piso puesto?

—Es alquilado —le dije la verdad, pero añadí una mentira para hacer más fuerza—: Y no puedo recibir visitas de ninguna clase.

—¿Por qué no?

—No vivo sola —seguí mintiendo—, sino con mi hermana.

—Pero si tu hermana es como tú...

—Mi hermana es monja —volví a decir una verdad.

—¡Ah! —se quedó cortado él, aunque no mucho tiempo: hasta que pudo pensar y decir—: ¿Y cómo siendo monja vive contigo? Las monjas, en general, acostumbran a vivir en los conventos.

—En general sí, pero mi hermana no —mentí de nuevo a toda prisa—. Ella es una monja particular, que trabaja por su cuenta.

Don Lorenzo lo aceptó sin discutir, pues ya dije que era un verdadero señor. Y los verdaderos señores jamás discuten con una mujer ni ponen en duda sus mentiras. En eso precisamente se les nota el señorío.

—De manera que si no me pone un piso —concluí—, no cuente conmigo. Cuando venga a Madrid tendrá que seguir recurriendo a la Ceca, a la otra que ya no recuerdo cómo dijo usted que se llamaba, o a cualquier otra putilla de poca categoría que pueda encontrar.

—¿Y qué tendría yo que hacer para poner ese piso? —quiso saber él antes de darme su conformidad.

—Para ponerlo —le expliqué—, tiene que empezar por comprarlo.

—¡Comprar un piso! —se horrorizó—. ¿Tú crees que soy millonario?

—Es usted catalán —repliqué—. Y los catalanes no vienen a Madrid a hacer turismo, sino a llevarse algo en cada viaje.

—Algo me llevo —admitió él—, pero los negocios que me obligan a venir son modestos. Y un piso cuesta un huevo.

—Depende. Puede costar uno, e incluso dos, si el piso es grande y céntrico. Pero un pisito pequeño y en un barrio apartado...

—Tendré que pensarlo.

—Piénselo todo lo que quiera —me encogí de hombros—. Le advierto, sin embargo, que no puedo quedarme reservada para usted, en espera de su decisión. Y a lo mejor, cuando se decida, ya estoy ocupada.

Esto movió a don Lorenzo a decidirse con rapidez, pues yo le gustaba a rabiar. Tuvo que hacer muchos números, ya que el hombre andaba apretadillo de pasta debido a que sus negocios no eran sucios. Pero el resultado fue que me compró un piso.

Dicho así mi protector queda como un tipo rumboso, aunque fuera en realidad bastante roñoso. En un montón anterior de papelotes, donde almacené otra pila de recuerdos, escribí algo sobre la «compra» de ese «piso». (Explicué que la «compra» consistió en pagar la entrada y el primer plazo —los plazos restantes había que seguir pagándolos durante diecinueve años más—, y que el «piso» no pasaba de ser un minúsculo apartamento situado en la Quinta Ampliación del Barrio de los Líos).

Pese a la minusculez de mi habitáculo, y a que aún tendría que pagar tres cuartas partes de su valor total para que fuese verdaderamente mío, sentí la inmensa satisfacción de ser propietaria.

Lo que importa de la propiedad no es el tamaño ni el precio de lo que se posee, sino la sensación psicológica de seguridad que proporciona la posesión. (Ahí queda eso).

Aquella celdilla de aquel panal de aquella colmena, que era el piso de la casa del barrio donde me instalé, me hizo sentirme más segura de mí misma y con el porvenir menos incierto. Puro espejismo que me proporcionaba la psicología, ya lo sé; pero que a mí me dio ánimos para seguir caminando por el desierto de la vida, sedienta de afectos y de ilusiones. (Y ahí queda eso también).

La cama de mi nuevo domicilio la estrené con don Lorenzo, como es lógico, que no en balde (aunque con poco gasto) me había proporcionado el piso. Y no puedo quejarme de lo que hizo por mí mientras fue mi protector. Es cierto que económicamente me protegía poco, pero debo reconocer también que físicamente no me molestaba mucho.

Sus dos estancias mensuales en Madrid eran muy breves, y nuestros contactos amorosos más breves aún: después del primero, a dormir. Ya se sabe que pasando de cierta edad se empieza a estar de capa caída, y don Lorenzo no era una excepción.

Precisamente por eso, por la poca lata que me daba, las noches que pasábamos juntos me servían para descansar. Porque en cuanto él se iba, yo salía a buscarme algún trabajito para redondear mis ingresos. Y nadie ignora que mis trabajitos, además de acabar a las tantas, me dejan relativamente derrengada.

—¿De manera —me reprochará alguien— que en cuanto tu protector se marchaba a Barcelona, le ponías los cuernos?

¡Qué remedio! —me justifico yo—. Se puede ser fiel a Barcelona «cuando la bolsa sona». Pero cuando la bolsa que te llega de Barcelona no puede sonar por estar más vacía que un calcetín sin pie, algo tienes que hacer para llenarla.

Creo que esta justificación tan contundente acabará con todos los reproches. Quede claro también que yo no engañaba a don Lorenzo al acostarme con otros hombres durante su ausencia: me limitaba a ganar dinero trabajando en mi oficio.

Si una mecanógrafa trabaja escribiendo, y una costurera cosiendo, y una criada sirviendo, ¿cómo diantres va a trabajar una furcia? ¿Haciendo calceta?

Prueba de que mis contactos tenían un carácter estrictamente laboral, es que yo sentía un gran cariño por don Lorenzo. Tan grande, que hasta llegué a tutearle y a llamarle familiarmente Loren a secas.

—Te agradezco que seas tan cariñosita conmigo —se le caía la baba a él—, y me gusta que me tutees. Lo que ya no me gusta tanto es ese nombrecito que me has puesto.

—¿Por qué?

—A mi edad y llamándome Loren, la gente va a creer que soy el abuelo de Sofía.

—Pero ¡qué chistoso eres, majo! —le reía yo estrepitosamente su miserable chistecillo.

Así, con gracejo y un polvete, yo hacía feliz al vejete. Y no me remordía la conciencia cuando él se marchaba y yo tenía que dedicarme a las labores propias de mi sexo.

El ser propietaria, aunque yo lo fuese relativamente nada más, me permitió hacer lo que ahora se llama un «reajuste de tarifas». Que consiste en subir los precios una bestialidad. Pero dicho así resulta más fino, y la gente aguanta las subidas mucho mejor.

Mi «reajuste» dobló en algunos casos mi tarifa anterior, ya que hay mucha diferencia de categoría entre la pelandusca de habitación alquilada por horas y la mujer de bandera con piso propio. Cuando a un hombre se le dice «vamos a mi piso», recalcando el «mi» y dándole el énfasis de la propiedad, él ya sabe que la noche va a costarle varios verdes.

Tan bien me fueron las cosas en mi nuevo domicilio, que le subí el sueldo a mi criada. E incluso la compré un uniforme como el de las doncellas que salen en el teatro y en el cine. Y tan favorecida se encontró Dora cuando estuvo uniformada, que ya no se desnudaba ni para lavarse. Por fortuna, Dora se lavaba poco, gracias a lo cual el uniforme apenas encogía ni se desteñía por culpa del agua y el jabón.

Esto de llevarme el trabajo para hacerlo en casa, fue un verdadero éxito. El tiempo me cundía mucho más, pues no tenía que desplazarme hasta los picaderos y «garsonieres» de mis clientes, desplazamientos en los que antes perdía un par de horas por jornada laboral. Y a veces tres, ya que esos sitios suelen estar en las callejas

más recónditas de las barriadas más lejanas.

Permítaseme decir que los cachondos están tan perseguidos en la España moderna como los cristianos en la antigua Roma. Es natural, por lo tanto, que los puntos de reunión para sus cachondeos estén tan escondidos y sean de acceso tan difícil como las mismísimas catacumbas.

PEDAZO 30

TRABAJANDO EN MI DOMICILIO, como acabo de decir, servía a dos clientes en el tiempo que antes necesitaba para servir a uno. Y para que el portero de la casa no pusiera mala cara al ver desfilar tanto tío hacia mi piso, cada cliente decía en la portería que iba a un piso diferente. Esto dio mala fama a un par de viudas honorables que vivían solas en el inmueble, pero a mí plim.

Lo importante para mí era que mi clientela aumentaba sin necesidad de que yo saliera a buscarla, pues hay una costumbre común a todas las especies de cabritos que existen en el mundo: la de ir en rebaño.

La especie a que yo me dedico va también en pequeños rebaños, llamados pandillas de amigos. Razón por la cual era frecuente que un cabrito me presentara a varios amigos suyos, algunos de los cuales pasaban a ser clientes míos.

Chemari Mendigorrieta, por ejemplo, vascote de Baracaldo que me visitaba con cierta frecuencia, apareció una tarde por mi casa con un amiguete suyo. El amiguete era un compañero de las juergas que Chemari se corría en Madrid, y su compañerismo se debía a que el amiguete era agente artístico. Conocía, por lo tanto, a un montón de chavalas, más o menos artistas, a las que su agencia buscaba trabajo en diversas esferas del Arte.

Yo supongo que alguna de estas chavalas, en espera de lograr un buen contrato, no tenían inconveniente en salir a cenar con su agente y un señor rico, que quizá pudiera producir una película o financiar un espectáculo. Si luego resultaba que no financiaba nada, como en el caso de Chemari, por lo menos pagaba la cena y la juerga que podía organizarse después. El agente era, pues, un poco alcahuete, y gracias a sus amigos ricos aireaba a sus representantes sin que le costara un céntimo. Este mutuo intercambio de favores sostenía la amistad de Mendigorrieta con el agente, que se llamaba Vicente.

A Vicente le causé muy buena impresión. Mientras tomábamos unas copas en mi casa, me preguntó:

—¿Tú no eres artista?

—En lo suyo, sí lo es —dijo el bestia de Chemari—. Cuando se mete en faena, ¡ríete tú de la Brigitte Bardot!

Pasando por alto esta ordinariez del vasco, le contesté al agente con mucha ponderación:

—Hace tiempo estuve a punto de trabajar en una película, pero a última hora la cosa se jeringó.

—Pues a primera vista yo, que soy experto en esa clase de personal, juraría que tienes madera.

—Eso sí —tuve que admitir—. Madera no me falta, porque soy un leño. Eso dijo

al menos el director de cine que me hizo una prueba para ver si servía. Todas mis esperanzas de ser actriz naufragaron en aquel conato, en el que las pasé canutas.

Vicente, que parecía tomar en serio aquella conversación sobre mis posibilidades artísticas, concedió:

—Quizá no tengas facilidad para representar un papel, pero eres en cambio muy fotogénica.

—¿Cómo puedes saberlo si nunca has visto fotos mías?

—No me hace falta verlas para saberlo. Tienes los ojos bastante separados, la nariz pequeña y las facciones regulares. Añade a esto tu pelo rubio y tu tipo estupendo, y puede decirse que reúnes las condiciones fundamentales de la fotogenia.

—¿Y de qué me sirven esas condiciones, si no me sé mover delante de una cámara? Soy más patosa que un ciempiés.

—Hay cámaras —me explicó aquel experto— ante las cuales te puedes poner sin tener que moverte: las que se usan para hacer las fotos de los anuncios que salen en los periódicos. ¿Te gustaría ser modelo publicitaria?

—¿Y eso en qué consiste?

—En posar para que te retraten anunciando algo. Las agencias de publicidad pagan muy bien ese trabajo, y siempre me están pidiendo que les proporcione caras nuevas.

—A Mapi no la metas en esos líos —intervino Chemari—. Ella tiene ya una profesión en la que le va muy bien...

—Tú no te metas —le corté yo—. Esta profesión, como tú la llamas, la ejerzo por necesidad y no por vocación. Te aseguro que si encontrara otra mejor, la dejaría con mucho gusto.

—Ya es un poco tarde, ¿no te parece? —insistió el vasco con una miaja de ironía.

—Nunca es tarde si la chica está buena —dijo el agente, adaptando el refrán a la ocasión.

—Gracias por el piropo —le sonreí para que rabiara Chemari.

—Repito, Mapi, que tienes condiciones y cualidades para triunfar en esa especialidad artística.

—Si a dejarse retratar en los anuncios le llamas Arte... —siguió chinchando el vasco.

Y Vicente le rebatió:

—Las modelos publicitarias brillan menos que las «estrellas» de cine, pero son también artistas. Si ella acepta, yo le garantizo que tendrá buenos contratos.

—Suponiendo que yo aceptara —tanteé el terreno con cautela—, ¿qué tendría que hacer?

—En primer lugar —concretó Vicente—, nombrarme tu representante exclusivo con el quince por ciento de comisión en todos los contratos que yo te consiga. Luego,

yo me ocuparé de que te hagan unas buenas fotos para ofrecerte a las agencias.

—Pero ¿en qué consistirá mi trabajo?

—En posar ante un fotógrafo unas cuantas horas, presentando el producto que te contrate.

—¿Nada más? —dije bastante animada—. Parece fácil.

—Es facilísimo —siguió animándome Vicente—. Ni siquiera tendrás que renunciar del todo a tu profesión actual, ya que te quedará mucho tiempo libre para seguir ejerciéndola.

—¿Pues sabes lo que te digo? —decidí—. Que por probar no perdemos nada.

Y así, por pura chiripa, entré con paso firme en un nuevo campo profesional.

Bien dice no sé quién que los caminos del Destino son no sé cómo. Dicho de otro modo, que donde menos se piensa salta la liebre. Y en este caso, una liebre con la que yo no contaba. Porque yo no había vuelto a soñar con hacer nada de tipo artístico desde que aquel director tan cursi llamado Relamido me despertó de mi sueño cinematográfico.

Y mira por dónde, de golpe y porrazo, me había surgido un agente que se iba a ocupar de que me contrataran. ¡Lo mismito que si yo fuera una artista de campanillas!

Volví a tener algún sueñecillo de gloria, pues salir en toda la prensa anunciando algo es también un arte digno de tenerse en cuenta.

A don Lorenzo le pareció muy bien que yo quisiera trabajar en eso de las fotografías.

—Así te distraes cuando yo no estoy contigo —me dijo el pobre, sin sospechar que cuando él no estaba en Madrid otros señores me proporcionaban muchas distracciones—. Y de paso ganarás algún dinero para tus gastos menudos.

—No tan menudos, majo —rectifiqué—. Con lo poquísimo que tú me das...

—Por eso los llamo así: porque ¡menudos gastos tendrás, teniendo en cuenta que yo apenas puedo darte dinero!

Vicente se tomó muy en serio su papel de agente mío, y se ocupó de que me hicieran fotos para la propaganda de mi lanzamiento.

PEDAZO 31

ESTAS FOTOS me las hicieron, por orden de Vicente, en el estudio de un fotógrafo muy famoso que retrataba a todo quisque del arte y la sociedad. El individuo se llamaba Oswaldo Velázquez, y presumía tanto como otro artista ya fallecido que tuvo antiguamente el mismo apellido.

El antiguo Velázquez, por lo visto, también se dedicaba a hacer retratos. Pero como entonces no se habían inventado todavía las máquinas de retratar, él tenía que hacerlos a mano. ¡Menudo engorro! ¡Todo a base de pinceles y pinturas! Por eso sus retratos tenían más mérito, aunque menos parecido. Las señoras le salían muy gordas, y los caballos muy pequeños. Pero no se podía negar que el fulano era mañoso, razón por la cual logró tener una clientela tan distinguida como el Velázquez al que yo fui. No tan numerosa, claro está; pues a mano y con métodos tan primitivos, por muy mañoso que fuese, tardaba una burrada en hacer cada retrato.

Oswaldo en cambio, en menos de una hora, me hizo veinticinco. Más pequeños y sin caballo debajo, pero veinticinco. ¿No es lógico que presumiera tanto por lo menos como su antecesor? Además, me sacó en todos muy parecida, e incluso muy favorecida. Ya sé que soy mona, e incluso monísima si me apuran un poco; pero nadie está libre de una pata de gallo, o de un grano de esos que hacen la cusqui al cutis más terso. Y en los retratos que me hizo Velázquez, ni granos ni patas. El artista, con hábiles retoques, había hecho desaparecer todas mis impurezas cutáneas.

—Con la tersura que me ha dejado este tío —comenté al ver mis fotos—, bien podrían contratarme para anunciar una crema de belleza.

Acerté, aunque a medias nada más: el primer anuncio que hice fue de una crema para el calzado.

Cuando mi agente me lo comunicó, me enfurecí:

—Poca categoría me das. ¿Te has creído que estoy a la altura del betún?

—No te enfades —me calmó Vicente—. Este primer trabajo servirá para darte a conocer. En todas las profesiones ocurre lo mismo: para triunfar, hay que empezar por abajo.

—¿Por eso quieres que empiece por los pies?

—De momento, te conviene aceptar lo que te ofrezcan. Ya elegirás lo que te guste cuando seas una modelo cotizada.

—Está bien —transigí—. Si no hay más remedio, lo haré. Pero hubiera preferido debutar con un producto de más altura.

Al día siguiente, me presenté en el estudio fotográfico donde iban a hacerme las fotos para el anuncio. ¡Y cómo me presenté! Casi dos horas había estado arreglándome, para quedar bien en mi «debú».

El peinado que me hice era tan alto y complicado como una pagoda china. Medio

litro de laca y medio kilo de horquillas, fueron los materiales que empleé para que no se me derrumbara.

El rostro me lo trabajé concienzudamente, cubriéndole todas las espinillas y arruguitas con un espeso chapapote de maquillaje.

También me puse morada de «rimmel» desde las pestañas hasta las cejas, y desde los ojos hasta las orejas.

Si a esto se le añade que me endosé un traje de lentejuelas verdes y un abrigo de conejuelos blancos, a nadie le extrañará que todo el personal del estudio se quedara sin habla cuando me vio llegar. Porque yo no parecía una modelo publicitaria que iba a posar para un anuncio, sino una «estrella» de «Jóligu» que iba a rodar una superproducción en «cinemascope».

Cuando el fotógrafo que me tenía que retratar recobró el uso de la palabra, me preguntó:

—¿Está segura de que no se ha equivocado al venir aquí? Éste es el estudio fotográfico de Martínez, y no los estudios cinematográficos de la «Metro».

Cuando supo que yo no había sufrido ninguna equivocación y le expliqué el motivo de mi visita, se me quedó mirando de arriba abajo antes de decirme:

—Temo que se ha tomado demasiadas molestias. Sólo necesito sus piernas.

—¿Para qué? —me puse en guardia.

—Para las fotografías del anuncio.

—¿Sólo las piernas?

—Y ni siquiera completas —concretó él, con cierta pena—: hasta las rodillas nada más. Se pondrá usted un par de zapatos muy limpios, que se suponen limpiados con la «Crema Charolina», y le haré unos primeros planos.

—¿A quién?

—Al par de zapatos.

—Entonces, ¿qué se verá de mí en las fotos?

—Los tobillos.

—¿Sólo los tobillos?

—Y el arranque de las pantorras.

—¡Pues vaya una estupidez! —me enfurruñé—. ¿Y para eso necesita usted una modelo?

—Pues sí —me contestó el fotógrafo sin inmutarse—. La necesito, porque yo solo no puedo hacer esas fotos: mis tobillos son demasiado peludos, y tengo los pies demasiado grandes para calzarme unos zapatos de mujer.

Me puse colorada de rabia, pero opté por aguantarme. El cabreo, en resumidas cuentas, no conduce a nada, y recordé el consejo que me había dado mi agente: si quieres triunfar, acepta en principio lo que te echen. ¿Cómo, si no tienes paciencia, vas a salir de la putancia?

—Está bien —le dije al fotógrafo tomando la cosa a cachondeo—. Dígame qué zapatos tengo que ponerme y prepare las cámaras. No creo que tenga que ensayar muchas veces el papel, pues no me parece difícil.

No era difícil, en efecto, y lo hice muy bien. El anunciante quedó satisfecho de mi trabajo, debido a que mis tobillos salieron muy guapos en las fotos. Por lo visto, soy fotogénica de pies a cabeza. Cualquier pedazo de mi anatomía que se fotografíe, sale chanchi.

Esta que pudiéramos llamar chanchez total, hizo que mi agente me encontrara contratos de exhibición parcial. O sea que unas veces me contrataban para retratarme las manos (anuncio laca de uñas «Rosicler»), otras para retratarme las tetas (anuncio sostén «Bustón»), y otras para retratarme las nalgas (anuncio faja «Culibrí»).

De cuerpo entero salí por vez primera en el anuncio de un flan, que se vendía en forma de polvejo metido en un sobrecito. Yo aparecía en una cocina, echando el polvejo dentro de una perola. De mis labios salía una nubecilla, simulando que yo estaba diciendo la siguiente frase publicitaria:

—Polvo eres, y en flan te convertirás.

Este anuncio tuvo mucho impacto. Se vendieron a barullo los sobrecitos de aquel flan, que se llamaba «Flin».

Pero algunos curas protestaron contra la publicidad del «Flin Flin». No porque yo apareciese en las fotos ligera de ropa, pues apenas se me veía un cachito de la muslada, sino porque el «eslogan» que yo decía les pareció irreverente. No sé por qué, la verdad, pues a mí no me parece un pecado que los polvos se conviertan en flanes. Ni siquiera «pulvis», que es como los polvos se llaman en latín.

El caso es que la protesta surtió efecto, y la casa «Flin» retiró esos anuncios de su flan. A mí esa retirada no me perjudicó, ya que todas las agencias de publicidad se habían percatado de lo guapa que yo salía de cuerpo entero. Y una de ellas, a través de mi agente, me ofreció contratarme en exclusiva para el lanzamiento de un nuevo producto.

—¿De qué producto? —quise saber, pues ya era yo bastante conocida para poder elegir.

—Galletas —me informó Vicente—. Se trata de una fábrica que se acaba de inaugurar, para la fabricación de galletas con patente norteamericana.

—¿Es posible? —me asombré—. ¿También necesitamos patentes extranjeras para fabricar galletas?

—Para fabricarlas bien, sí —me explicó él que entendía mucho de *marketing*, de *standing*, y de todas esas zarandajas del comercio moderno.

—¡Cualquiera diría que las galletas que hemos estado comiendo hasta ahora, eran una caca!

—Una caca, no. Pero como las galletas nacionales son muy blandas, se rompen

con facilidad al ser transportadas en *containers*. Esta patente de la Michigan Company, por la que España pagará un elevado *royalty*, da a las galletas el grado de dureza exigido por la Convención Internacional de Galleteros. Y permitirá su transporte a todos los mercados, sin merma del valor de la mercancía por rotura.

—Pues a mí —opiné—, a pesar de todo, nuestras galletas me parecían muy ricas.

—Pero ahora lo de menos es que sean ricas: lo importante es que se ajusten a las normas internacionales. Sólo así podremos entrar algún día en el Mercado Común.

—A mí no me interesa entrar personalmente en ningún mercado: tengo una criada que me hace la compra.

—A ti no te interesará, pero a nuestros productos sí. Y necesitamos las patentes extranjeras para hacer las cosas bien. Ya verás el éxito que tendrán las «Galletas Madinusa».

—El nombre es bonito —reconocí.

—Es una contracción de la frase «Made in Usa». Como van a ser igualitas a las que se hacen en los Estados Unidos...

—Pues yo sigo pensando que aquí no necesitamos que venga nadie a enseñarnos a hacer galletas. A este paso, las panaderías acabarán por pagar *royalties* al gobierno austriaco para hacer bien el «pan de Viena».

Dejé de pensar esas majaderías patrióticas en cuanto Vicente me dijo lo que iban a pagarme por hacer esos anuncios. Se lo hice repetir varias veces, creyendo que se equivocaba y le ponía a la cantidad un cero de más. Pero no: esa cantidad que a mí me parecía astronómica, era la verdadera.

A partir de aquel momento, las «Galletas Madinusa» me parecieron las mejores del mundo. Si las fábricas con patentes y capitales yanquis pagan con tanta esplendidez, bien venidas sean.

¡Yendo yo caliente, me río de la patente!

Puedo decir, y lo digo, que la campaña de lanzamiento de las «Galletas Madinusa» fue mi consagración como modelo publicitaria. Trabajé de firme durante varias semanas, eso sí, porque en aquella empresa no sólo era yanqui la patente, sino también el modo de trabajar. Pero a la vista del resultado, doy por bien empleado ese trabajo.

PEDAZO 32

AUNQUE LOS ESPAÑOLES CREAMOS lo contrario, muchas cosas que parecen milagrosas se consiguen trabajando. Un milagro parecía que las «Galletas Madinusa» llegaran a venderse, y el milagro se consiguió a fuerza de arrimar el hombro.

Porque la verdad es que aquellas galletas, por muy patentadas que estuviesen, no parecían hechas para hombres, sino para perros. Eran duras, correosas y ásperas, con sabor a una mezcla de tierra y mostaza.

Cuando me presenté al jefe de publicidad de la fábrica para que me diera instrucciones, lo primero que me dio fue una «madinusa» para que la probara.

—Ante todo —me dijo—, debe conocer el producto que va a anunciar. Dígame qué le parece.

—¿De veras quiere que le diga la verdad? —le pregunté cuando, a fuerza de dentelladas, pude arrancarle al producto unas cuantas esquirlas para saborearlas.

—Desde luego —insistió él.

—Compruebe primero si lo que me ha dado es una galleta, o un pedazo de la caja.

—¿Por qué dice eso? —parpadeó.

—Porque no consigo hincarle el diente.

—¡Ésa es una de las virtudes de nuestras galletas! —ensalzó el jefe de publicidad, que también había estudiado *marketing* y «cameloting»—: ¡No son para mascar, sino para chupar! Gracias a lo cual, duran mucho más. ¡Son galletas de larga duración! Ése es otro factor importante de su éxito. Porque con una sola unidad, el consumidor puede tener galleta en la boca todo el santo día.

—En eso tienen ustedes razón —tuve que reconocer.

—Nosotros tenemos razón en todo —afirmó él rotundamente—. Y aunque no la tuviéramos, convenceríamos al mundo entero de que la tenemos. Por medio de la publicidad. Si el movimiento se demuestra andando, la razón se impone anunciando. No hay producto que no se pueda imponer si se sabe anunciar.

—Pues mucha sabiduría publicitaria va a tener que echarle a esta galleta para conseguir que la gente se la trague —seguí opinando con la sinceridad que me caracteriza—. Ya que me ha explicado la razón de su dureza, me gustaría que me explicara también el motivo de su extraño sabor.

—Eso no podemos explicárselo a nadie, señorita.

—¿Por qué no?

—Es un secreto de fabricación. ¡El más valioso de nuestros secretos! Le explicaré por qué: si nuestra galleta supiese a coco o a vainilla, no tendría ninguna personalidad. Todas las galletas vulgares saben a coco o a vainilla. Haber descubierto un sabor original, que no se parece a ninguno de los existentes en el mercado, es una baza importante para triunfar.

—Si el sabor original fuera bueno, sí —admití—. Pero si es tan repugnante que hasta da unas cuantas náuseas...

—Esas poquitas náuseas dan sólo al principio, hasta que el consumidor se acostumbra a la originalidad —siguió rebatiendo mis argumentos el jefe de publicidad—. También repugnan el primer *whisky* y la primera caña de cerveza. ¿Qué importa, por lo tanto, que dé una pizca de asco la primera «madinusa»?

—Para usted la perra gorda —me rendí, dando por terminada la prueba de la galleta—. Con la labia que usted tiene, conseguirá vender todo lo que se proponga. Incluso estas galletas abominables, que por su forma y sabor bien pudieran ser boñigas prensadas. Pero eso a mí, al fin y al cabo, ni me va ni me viene. Si usted convence a la gente de que comulgue con ruedas de molino, allá la gente y usted. Yo me limito a cumplir mi contrato, y espero sus instrucciones para iniciar la campaña publicitaria. Fuera de contrato, seguiré comiendo las galletas que a mí me dé la gana: blandas y sin patentar, con sabor a vainilla y coco, y fabricadas por unas monjas en la provincia de Guadalajara.

Al jefe de publicidad no le importó lo que yo opiné de la famosa «madinusa». Probablemente él opinaba lo mismo. Pero como su deber era lograr que aquel producto se vendiese, luchó como un león para lograrlo.

También yo tuve que trabajar de firme. Esta vez no se trataba de ir a que me hiciesen unas cuantas fotos para unos cuantos anuncietes. Era una campaña larga, intensa y costosa, para imponer el consumo masivo de un producto que en principio no iba a gustarle al consumidor. Tuvieron que hacerme, por consiguiente, muchísimas fotografías, para ilustrar muchísimos anuncios.

Durante horas y horas, posé con distinta ropa en decorados diferentes. No sólo en el interior de los estudios fotográficos, sino también al aire libre, en la calle y en el campo.

La campaña publicitaria tenía varias vertientes.

Una trataba de convencer al público de que las «Galletas Madinusa» eran aptas para todas las clases sociales. Lo mismo podía comerlas una reina que una chacha. A estos anuncios les ponían textos bastante memos, que decían así poco más o «memos»:

«Todas comen la galleta, con corona o con peineta».

«La come la aristocracia, y también la democracia».

«Se come esta golosina del salón a la cocina».

«El poeta tiene musa, y usted tiene Madinusa».

Todas estas memeces se ilustraban con fotos mías, en actitudes diferentes y con distintos trajes: unas veces me vestían de princesa, con un cucurucho en la cocorota tan largo como un telescopio; otras de servidora doméstica con delantalito y cofia; otras de musa mitológica envuelta en trapos, tocando un arpa pequeña que llaman

lira...

Aparte de esta vertiente social, la campaña tenía otra de tipo medicinal. Y ésta a mí me hacía mucha gracia.

Una extensa serie de anuncios demostraba que la tan cacareada galleta de origen michiganés era mucho más vigorizante que cualquier reconstituyente. Porque, además de contener todo el abecedario de vitaminas, contenía una fuerte dosis de «gilipol».

Yo sospecho que el «gilipol», como su nombre indicaba con bastante claridad, era una gilipollez. Lo mismo que el «barbil» que asegura tener cierta crema de afeitar, o el «pedorrín» químicamente puro del que presume algún laxante.

Todos estos aditamentos exclusivos, que según la propaganda confieren a los productos propiedades milagrosas, se los sacan de la manga los mangantes de la publicidad. Pero a la mayoría de la gente, que es bastante lerda, le impresiona mucho leer en una etiqueta:

«CONTIENE GILIPOL».

«EXTRACTO DE ALTO PODER ENERGÉTICO, OBTENIDO POR DESTILACIÓN DE CALABAZAS SALVAJES RECOGIDAS EN LOS BOSQUES CANADIENSES».

Eso puso el jefe de publicidad, con toda su carota, en los envoltorios de las «madinusas». Y eso ponía también en los anuncios que yo hice para respaldar esa «gilipolada».

En esta serie de tipo medicinal me hicieron aparecer ligerita de ropa, para poder decir que gracias a las galletas me había puesto hecha una mula:

«El *gilipol* da vigor. Sí, señora; sí, señor».

Me sacaron varias veces en «bikini» y salí hecha una preciosidad. Aunque las fotos perdieron mucho impacto al publicarse, pues la censura exigió que me taparan el ombligo con una galleta. Y como me lo taparon con una galleta de tamaño natural, se produjo un eclipse total en toda la zona de tripa comprendida entre braga y sostén.

Las fotos que sí se publicaron tal y como me las hicieron, fueron unas en las que yo salía vestida —es un decir— de compañera de Tarzán. O sea de salvaje, sin apenas traje. Me pusieron una especie de bañador andrajoso, hecho a base de una piel moteada. No sé si la piel era de leopardo o de pantera, pues yo siempre confundo a semejantes bestias. Y como el anuncio iba encaminado a convencer de que la gente se ponía muy fortota tomando ese asquito de galleta, contrataron a un Tarzán para que se retratara conmigo.

Como aquí andamos mal de tarzanes, pues el tipo español moreno y bajito se aproxima más en parecido al de la mona «Chita», tuvieron que contratar a un tipazo

forastero. Y como tanto la patente como casi todo el capital de la empresa eran norteamericanos, buscaron un Tarzán yanqui. Lo encontraron en la base de Torrejón, donde abundan los guripas altos y musculosos.

Cuando vi al guripa contratado en el estudio donde íbamos a hacer las fotos, por poco me da un patatús. ¡Menudo tiarrón, madre mía de mi vida y de mi corazón!

Puedo jurar, y bien sabe Dios que yo nunca perjuro, que nunca he visto un hombre tan bien hecho como aquél. ¡Ni un michelín! En cualquier sitio donde le tocaras, y bien sabe Dios también que yo le toqué en todos, músculo puro.

No era extraño que pareciese una estatua, ya que su madre era griega. Por lo tanto, la leche que mamó era de Grecia, sitio donde había antiguamente esa especie de plaza de toros llena de atletas, llamada Olimpo. Él se llamaba Burt, pero estaba mucho más bueno que su tocayo Lancaster.

Debo añadir que el hijo de su madre, para más recochineo, además de atlético era guapísimo. Yo no sé si su nariz era griega o gótica, pues entiendo poco de estilos nariceros, pero era un sol de nariz. Y sus ojos, verdes como dos uvas, estaban para comérselos.

No se le podía poner ni un reparo. A nadie, por lo tanto, puede extrañarle que me quedara sin habla cuando le vi en cueros (que no es lo mismo que en pelota, porque llevaba un taparrabos de la misma piel que mi traje).

—Parece que Tarzán te ha hecho tilín —me comentó la maquilladora del estudio, que tenía cara de vieja sátira.

—¿Cómo tilín? —la corregí poniendo los ojos en blanco—. ¡Lo que me ha hecho es tolón!

—¡Pues fíjate lo que me habrá hecho a mí —suspiró la maquilladora—, que he tenido que darle en todo el cuerpo esa grasilla para que le brillen los músculos!

—Después de ese magreo —comenté con envidia—, estarás salida.

Mientras nos hacían las fotografías al chavalote y a mí, en las que salíamos subidos en un árbol comiendo galletas, yo no le quitaba ojo.

Aquella serie tarzanesca, por fortuna, se tardó en hacer el doble de tiempo que las otras. Con lo cual tuve más días para admirar la perfección física de mi compañero.

La culpa de esa tardanza no la tuvimos ni Burt ni yo, pues ambos posábamos muy bien, sino el tercer miembro de nuestra selvática «familia»: la mona *Chita*. Fue imposible encontrar una hembra de chimpancé para hacer ese papel, o sea una chimpanzá, y no hubo más remedio que conformarse con un macho.

Todo el mundo sabe que las hembras y los machos de esa especie se parecen muchísimo, y su única diferencia fundamental se disimuló poniéndole una faldita. Con esa diferencia tapada, aquel chimpancé era idéntico a la famosa *Chita* de las películas. Tenía el mismo aspecto, el mismo tamaño y la misma expresión.

Pero para hacerle posar se sudaba tinta. Porque era tan macho, que la faldita le

parecía una humillación. Y en cuanto nos iban a hacer una foto, se la quitaba de un manotazo.

—¡Estáte quieto, *Olegario*! —le reprendía su dueño, que tenía varios animales amaestrados con los que trabajaba en un circo—. ¡Como vuelvas a quitarte la falda, ya verás el sopapo que te arreo!

Se ve que aquel amaestrador, amaestraba a lo bestia.

Pero se ve también que el chimpancé *Olegario* era más bestia aún, y prefería recibir sopapos que ser tomado por marica. Había que darse mucha prisa para retratarle con la faldita puesta, pues al menor descuido volvía a quitársela y a enseñar sus vergüenzas.

A Burt y a mí nos hacían mucha gracia estas reacciones varoniles del monicaco, aunque a mí menos que a él. Porque a veces *Olegario* no podía controlar su machismo, y se me tiraba en el buen sentido de la palabra. Quiero decir que antes de que yo pudiera darme cuenta, me había saltado encima para abrazarme y besuquearme. Aunque con esas efusiones se ganaba dos sopapos (uno del dueño y otro mío), al monicaco no le importaba nada y volvía a las andadas.

—¡Menudo éxito tienes con los machos! —me decía la maquilladora poniéndose verde de envidia sin necesidad de maquillaje, pues ¡qué más hubiera querido ella que alguien la saltara encima, aunque fuese un chimpancé!

Mientras la vieja sátira me secaba y retocaba los lametones que *Olegario* me había dado en el rostro, yo suspiré:

—Espero que cunda el ejemplo, y que Tarzán se anime a hacer lo mismo que *Chita*.

Pero el ejemplo no cundía y esa breva no caía. Burt sólo saltaba encima de una colchoneta cuando el fotógrafo quería hacerle una foto en el aire. Pero en la colchoneta no estaba yo, esperándole con los brazos abiertos.

Mas soy muy terca (y digo «mas» por no repetir el «pero»). Ya advertí alguna vez que cuando a mí se me mete algo entre teta y teta, no paro hasta que lo consigo. Y aquella vez se me metió la idea de acostarme con Tarzán. Tanto tío ha pasado por una por dinero, que bien puede una dejar que pase un guapo por capricho.

De manera que ni corta ni perezosa, para poner en práctica mi idea, empecé a insinuarme a mi «partenaire publicitaire». Y una tarde, al terminar nuestra sesión de trabajo en el estudio, le dije guiñándole uno de mis ojos (el derecho concretamente):

—Te invito a que me lleves a mi casa.

—¿Cómo, cómo? —quiso aclarar él, pues los yanquis son lentos en captar galanterías—. ¿Me invitas tú a que te lleve yo?

—Sí —confirmé.

—Pues si tengo que llevarte yo, ¿dónde está tu invitación?

—En mi casa —le sonreí, remachando la insinuación con un nuevo guiño (esta

vez de mi ojo izquierdo, para no resultar monótona).

—¿Quieres que te sople en los ojos? —me preguntó.

—¿Por qué? —me sorprendí.

—Parece que se te ha metido algo dentro. Como ya los has guiñado varias veces... En esos casos, lo mejor es un soplido.

—¿Pues sabes lo que te digo? —me enfadé—: ¡que me soples las narices!

—¿También se te ha metido algo dentro de las narices?

—¡Desde luego! —estallé—. ¡Se me acaba de meter un cabreo espantoso! Pero para sacármelo necesito a un hombre, y no a un soplaita.

Como Burt no dominaba el castellano, se quedó desconcertado al recibir aquel rapapolvo que no había comprendido. Puso tal cara de niño inocentón, que me dio lástima haberle tratado con tanta dureza.

¿Qué culpa tenía el pobre de ser norteamericano, que es la raza más nueva y por lo tanto la más infantil que ha parido la Humanidad? ¿Tenía yo derecho a cabrearme porque su cerebrín de chaval no captase mis picardías?

En vista de que a esta segunda pregunta me contesté que no, procedí a descabrearme rápidamente. Sólo cuando alcancé un grado de descabreo que me permitió hablar con dulzura, dije al guapetón:

—Llévame a mi casa y te aseguro que no te pesará.

—No me pesaría ni aunque tuviera que llevarte en brazos.

Yo interpreté esta respuesta como una galantería, pero ahora me doy cuenta de que también pudo decirlo para alardear de su fuerza física. Porque aquel barbarote tenía músculos de sobra para llevarme en brazos hasta Burgos, e incluso hasta Vitoria, sin cansarse en absoluto.

PEDAZO 33

PERO NO ME LLEVÓ EN BRAZOS, sino en uno de esos coches grandes, sucios y llenos de abolladuras que suelen tener todos los yanquis de las bases.

Durante el trayecto hasta la Quinta Ampliación del Barrio de los Líos, Burt estuvo muy sosote: no me metió mano ni una sola vez. Ni siquiera cuando movía la palanca del cambio, que me quedaba muy cerca del muslo. Y siendo tan corta la distancia palanca-muslo, lo lógico es que hubiera aprovechado para darme un achuchón en la muslada. Eso es lo menos que me suelen hacer todos los conductores de vehículos ligeros, e incluso pesados. Pero Tarzán, ni eso.

Todas sus manos y su atención las empleó en conducir, cosa que no me extrañó demasiado porque era extranjero. Entre los extranjeros se da con bastante frecuencia el fenómeno de los que conducen con los cinco sentidos. Ellos dicen que así se dan menos mamporros, lo cual no lo niego; pero yo digo también que así se aburren mucho más. El conductor nacional, además de manejar con manos y pies todas las gaitas que la conducción exige, puede hacer al mismo tiempo muchas cosas. Entre otras hablar, fumar, insultar y magrear. Es posible que se pegue más leñazos, pero en cambio que le quiten lo bailado.

Pero (y repito el «pero» porque el «mas» me suena cursi), cada cual es como es. Por eso no me ofendí cuando Burt le metía al coche la primera, e incluso la segunda, y a mí nada.

«Ya se desquitará —pensé— cuando suelte el volante y pueda agarrar otras cosas».

Llegamos a mi piso y llamé al timbre.

Yo tenía llave, como es natural, pero quise que Dora nos abriera para presumir de criada. Eso viste mucho ante los extranjeros, que carecen de servicio doméstico y hasta tienen que lavarse sus propios calcetines. Sin embargo, el tiro de la presunción me salió por la culata. Porque al abrir la puerta y ver a Tarzán, Dora abrió unos ojos como platos y sólo tuvo tiempo de exclamar antes de desmayarse:

—¡Dios me coja confesada!

Pero el que la cogió, sin confesar y en el aire, fue Burt. Gracias a la rapidez del atleta, el cuerpo desmayado de la chacha no llegó a tocar el suelo.

¡Así es la vida! ¡Yo pirrándome por caer en los brazos de Tarzán, y la que cayó fue Dora!

—¿Dónde la ponemos? —me preguntó él, levantándola como si fuera una pluma.

—Donde se ponen las criadas: en la cocina —decidí yo, molesta por aquel incidente.

En la cocina, a base de cachetes y un poco de agua, Dora volvió en sí.

—¡Pero, mujer! —la reproché—. ¡Cualquiera diría que nunca has visto a un

hombre en esta casa!

—Tan majo como éste, no —confesó ella—. Los que vi fueron corrientes; no monumentales. La culpa ha sido de la señorita, por no haberme prevenido. Una va de vez en cuando a visitar monumentos, pero no tiene costumbre de que los monumentos vengan a visitarla.

—Este monumento no ha venido a visitarte a ti —corté—. De modo que ya puedes despabilarte. Úncete al carrito de las bebidas y llévalo al salón.

Cuando aquella mula trajo el carrito y nos dejó solos, inicié con Burt en el sofá unos ejercicios de precalentamiento. Estos ejercicios son necesarios para todos los hombres en general, pero especialmente para los atletas. Por lo menos, en los periódicos deportivos siempre se está hablando de atletas que se precalientan.

Aunque, pensándolo bien, quizá los ejercicios que hacen estos deportistas para precalentarse no sean tan agradables como los que organizo yo. Porque yo, para precalentar a un atleta, lo primero que hago es arrimarle una teta. Parece mentira que una cosa tan tonta, en forma de merengue con una guinda en la coronilla, precaliente tantísimo a los fulanos. Hasta Burt empezó a ponerse nervioso en cuanto se la arrimé.

—Pues te advierto que tengo otra igual —le decían mis ojos.

—¿Otra qué? —preguntaron los suyos.

—Teta —respondieron los míos.

Como soy una psicóloga de aúpa, mejorando lo presente, me di cuenta de que el guapetón era tímido y no se atrevía a acelerar el precalentamiento tomando iniciativas. Y quien dice iniciativas, dice otras cosas que tiene una repartidas por el cuerpo. De manera que, guiándome por la psicología, recurrí a un truco para irle quitando al mismo tiempo la timidez y la ropa.

—¿De veras eres tan fuerte como aparentas? —le pregunté poniendo cara de duda.

—¿Qué quieres decir?

—Que si toda esa musculatura tan maravillosa que exhibes en las fotos, es auténtica.

—¿Cómo no va a ser auténtica? —me miró muy ofendido.

—Cuesta trabajo creer que puedan tenerse unos músculos tan abultados y perfectos.

—Pues tú misma los has visto.

—Pero no muy de cerca —insistí astutamente.

—Acércate todo lo que quieras —se apresuró a decir, arrojándose a mí hasta que nuestras caderas se tocaron.

—Pienso también que algunos de esos músculos podrían ser postizos —añadí con más astucia todavía—. De goma, por ejemplo; o de plástico...

—¡Postizos mis músculos! —se indignó él—. ¿Cómo has podido pensar

semejante disparate?

—Demuéstrame que estoy equivocada.

—¿Qué quieres que haga para demostrártelo?

—Déjame que los vea de cerca, y que los toque.

—No tengo ningún inconveniente —aceptó—. Ahora mismo vas a verlos, y también podrás tocarlos.

Mientras se quitaba la chaqueta y la camisa, murmuraba lleno de indignación:

—¡De goma y plástico!... ¡Qué impertinencia!... ¡Decirme a mí que de goma y plástico!... ¡Hace falta tupé!...

A partir de ese momento, la escena se desarrolló igualita a una anécdota bastante «cochona» que me contó un francés bastante «cochón». A veces en la vida ocurren cosas exactamente iguales a las inventadas. Como en este caso que voy a relatar:

Lo mismo que en la anécdota francesa, Burt empezó por desnudarse de cintura para arriba. Después, reventando de orgullo dentro de su pecho al aire, hinchó su tórax magnífico y puso en tensión toda su fabulosa musculatura.

Hecha esta exhibición de conjunto, me aproximó uno de sus brazos.

—Toca este bíceps —me invitó—. ¿Es de goma o de plástico?

Toqué aquella pelota muscular, grande como las de tenis y dura como las de golf. Y reconocí:

—Es de carne.

—¿Cómo de carne? —protestó él—: ¡es de dinamita! Y toca este antebrazo: ¡dinamita también!

De los brazos pasamos a la caja torácica, en la que al tacto fui comprobando que sus pectorales eran duros como tablas.

—¡Toca, toca! —me animaba él—. ¡Dinamita pura!

—Esta parte, sí. Pero quizás el estómago... —puse otra vez cara de duda.

—¡Dinamita! —repitió acercándose esa zona para que pudiera examinarla—. Intenta hundir un dedo en cualquier punto de mi región estomacal, y te lo romperás.

—¡Qué animal! —exclamé, y este piropo le llenó de satisfacción—. ¿Y cómo puedes digerir con ese tarugo de madera?

—Por dentro lo tengo blandito. Pero por fuera...

—No hace falta que me lo digas. Acabo de comprobarlo y doy fe: dinamita.

—¿Estás ya convencida de que no tengo nada postizo?

—A medias nada más.

—¿Cómo a medias? —volvió a enfadarse.

—De cintura para arriba, ya he visto que no hay trampa ni cartón —admití—.

Pero tus piernas...

—¿Qué les pasa a mis piernas?

—¿Cómo puedo saber que no están trucadas?

—¡Trucadas! —repitió, escandalizado.

—Exactamente —remaché—. Hay quien tiene un tórax fenomenal, pero en cambio unas piernecillas que dan risa.

—Ése no es mi caso: soy un atleta completo y muy bien proporcionado.

—Eso habría que verlo —le provoqué.

—Ahora mismo lo verás —me anunció.

Y como su vanidad era mucho más fuerte que su timidez, se quitó los pantalones en dos periquetes: uno por cada pernera.

Cuando le tuve ante mí en calzoncillos, pensé:

«¡Ya me voy aproximando a mi objetivo!»

Pero él, que tenía el *córpore* sano pero la *mens* bastante bobalicona, seguía sin percatarse del fin que yo buscaba al dudar de la autenticidad de su musculatura. Y me aproximó sus pantorras para que yo las viera y las palpara.

—¡Mira y toca! —dijo señalándome diversos músculazos de sus extremidades inferiores.

Miré y toqué, mientras él iba subrayando mis miradas y mis tactos con frases entusiastas:

—¡Dinamita por aquí!... ¡Y por aquí!... ¡Y por todas partes!... ¡Ahora, sube un poco la mano y comprueba la contextura de este cuádriceps! ¿Qué te parece este cuádriceps, guapa?

—Muy hermoso —lo elogíé.

—Pues aunque parezca un trozo de hierro que me he metido debajo de la piel, es un conglomerado de fibras musculares naturales. ¡Dinamita auténtica, rica! Supongo que ya se habrán disipado todas tus dudas.

—Todas aún no. Queda una zona que todavía no he visto.

Embalado en su demostración, el pudor de Burt fue menos fuerte que su amor propio. Y no tuvo inconveniente en despojarse de la última prenda que le cubría, para que yo pudiese admirar íntegramente la perfección de su cuerpo varonil.

—¿Qué opinas ahora? —me preguntó desafiante y seguro de sí mismo, adoptando una pose estatuaria. Yo, después de mirarle primero en conjunto y luego en detalle, le respondí lo mismo que en la anécdota francesa:

—Opino que, para tanta dinamita, es poca mecha.

PEDAZO 34

MI AVENTURA CON TARZÁN acabó bien, a pesar de todo, porque soy de buen conformar y saco el máximo partido de las circunstancias. Ésta es una de las virtudes que los hombres me agradecen más: no soy exigente. Puedo ser feliz con cualquier pequeñez.

Téngase en cuenta también que durante aquellas semanas yo me sentía muy predispuesta a la felicidad, debido al éxito que estaba obteniendo con mi fotogenia. Por vez primera en toda mi vida, ganaba buen dinero sin que nadie me pusiera la mano encima.

Los anuncios de las «Galletas Madinusa» se publicaron en toda la prensa, y a mí me daba la sensación de que me estaba haciendo tan popular como una artista de cine.

Donde más notaba mi popularidad era en la peluquería, cuando iba a teñirme de rubio estos tercos pelos míos que siguen obstinados en salir morenos. Como la peluquería es el único sitio en que los españoles leen revistas y periódicos, allí paladeaba yo las mieles de mi triunfo.

—Mira, mira —se decían las señoras unas a otras, desde dentro de esos grandes huecos partidos por la mitad que son los secadores—: esa chica tan mona que acaba de entrar, es la de las galletas.

—Es verdad —me criticaban las envidiosas, mirándome con mal café y peor leche—. ¡Hay que ver lo que favorecen los trucos fotográficos! Porque al natural no vale nada.

—Ya, ya: tiene una cara de torta...

—Más que de torta, de galleta. Por eso la habrán elegido.

Todos aquellos comentarios, que yo oía por el rabillo de la oreja, me llenaban de satisfacción. Porque el éxito de una mujer se mide por lo mal que hablan de ella las demás mujeres.

Los hombres, en cambio, siempre hablaban de mí mucho mejor.

—Hoy ha salido usted a todo color en el semanario *Chismorreo Universal* —me informaba el peluquero, orgulloso de tener entre sus manos una cabeza tan conocida—. Y ayer salió en la contraportada de *Campo de Gules*.

Ésta no era una publicación agrícola, como yo deduje al oír su nombre campestre, sino una revista empingorotadísima que sólo hablaba de la alta sociedad. (Luego he sabido que los «campos de gules» no sirven para pasto de vacas, sino para fondo de escudos).

Salir en publicaciones de tanto ringorrango, como puede suponerse, me hizo sentirme verdaderamente vanidosuela. Y como mi exclusiva con la firma «Madinusa» me independizaba económicamente de la servidumbre sexual, pude permitirme el lujo de cribar sin piedad a mi clientela para reducirla a lo mejor.

En la criba se quedaron mis clientes más ordinarios y sólo pasaron los más finos. Chemari fue uno de los que no pasó. Mi negativa a recibirle en mi casa estuvo a punto de costarle las narices a mi agente.

—¡Yo te presenté a Mapi —le dijo el vascote iracundo—, y tú me la has pisado convirtiéndola en modelo! ¡Ahora sólo te hace caso a ti! ¡Ya no quiere nada conmigo!

Yo le hacía caso a Vicente, en efecto, pero sólo en lo tocante a mi trabajo artístico. Tocante de tocar, ni hablar. En eso siempre fui muy ordenada: un sitio para cada hombre, y cada hombre en su sitio.

Sin orden no se puede triunfar, y en eso de los sitios no se debe mezclar. Unos hombres son para la cama; otros, para la oficina. Mi lema para los negocios fue éste:

«No te acuestes con tu representante, ni hagas que te represente tu amante».

A cada cual lo suyo, viene a ser la lección que se debe sacar de este lema tan bonito. Y este lema hizo que triunfara mi sociedad con Vicente. Porque él llevaba mis asuntos laborales, pero no tenía ninguna participación en los sexuales. Así nos iba de maravilla a los dos.

Cuando mi agente podía encontrar algún trabajo compatible con la exclusiva que teníamos firmada con las galletas, me avisaba en seguida:

—Una fábrica de bragas necesita un culo mono para su publicidad. Como no se te verá la cara, puedes hacer las fotos sin violar nuestro contrato con «Madinusa». Preséntate mañana en tal sitio, a tal hora.

Chapuzas de este tipo, para retratarme a trozos, me conseguía muchas, que redondeaban bien mis ingresos.

Un día, cuando acababa de terminar mi contrato con las galletas y yo estaba libre para emprender nuevos trabajos, Vicente me telefoneó:

—Hay una posibilidad de que consigas un contrato estupendo y muy bien pagado. El cliente ha visto tus fotos, pero quiere verte en persona para acabar de decidirse. Preséntate mañana, a las diez, en el «jol» del Hotel Principesco. Él te estará esperando. Se llama don Jesús Elorrieta. Procura ser puntual porque es un hombre muy serio, y ha venido a Madrid exclusivamente para firmar este contrato.

Cuando entré, al día siguiente, en el vestíbulo del Hotel Principesco, un fulanote se levantó de un butacón y vino a mi encuentro. Le llamo fulanote porque era más alto y cuerpuado que los fulanos nacionales corrientes, los cuales suelen ser retacos con tendencia a canijos.

No pude calcularle su edad exacta, pues para calculársela con exactitud tendría que haberle rogado que abriese la boca con el fin de examinarle la dentadura. Aproximadamente, calculé que andaría entre los veintimuchos años y los treintipocos.

Analizándole rasgo por rasgo no llegaba a reunir los puntos necesarios para merecer el título de guapetón, como Tarzán, pero en conjunto era un macho sólido y

nada desdeñable. Y no fardaba a base de grandes almacenes, sino con ropa hecha a la medida.

—Permítame que me presente —me abordó con finura—, porque usted no necesita presentación.

—¿De qué me conoce? —quise saber, mientras él me invitaba a sentarme en uno de los butacones del vestíbulo.

—De verla en las fotos de sus anuncios —me informó sentándose frente a mí—. ¿Quién no conoce al natural una cara que ha visto tantas veces en la prensa? Para mí, como para todos los lectores, es usted «la guapa de las galletas».

—Le agradezco lo de «la guapa», que es una modificación muy amable hecha por usted. Porque para la gente en general, no soy más que «la chica».

—Digamos entonces, para complacer a todos, «la chica guapa de las galletas» —zanjó él la discusión—. Yo soy Jesús Elorrieta, el que habló con su agente para concertar esta cita.

—Pues tanto gusto y aquí me tiene. Usted dirá de qué se trata, ya que mi agente sólo me habló de un posible contrato. Me indicó que el cliente quería verme, pero sin darme más detalles.

—No podía dárselos, puesto que él tampoco los sabía. Sólo le anuncié mi pretensión de contratarla, pero preferí tratar directamente con usted.

—Le advierto que él me representa en exclusiva para todos mis trabajos fotográficos. No puedo firmar nada sin su consentimiento.

—Es que el trabajo que yo le ofrezco no es fotográfico. No pretendo que pose para un anuncio, sino que haga un papel.

—¿En una película? —me ilusioné.

—No.

—Pues si es en una comedia —me desinflé—, no cuente conmigo. Con el cine sí me atrevería, porque se hace a cachitos que pueden repetirse si salen mal hasta que salgan bien. Pero el teatro es mucho más difícil. El papel hay que hacerlo todo seguido. Y yo salir al escenario para soltar un rollo sin interrupción, no me atrevo.

—Es que no se trata de un papel teatral.

—Fuera del cine y el teatro, sólo hay otro sitio donde pueden hacerse papeles: el circo. Y le advierto que no tengo ninguna facilidad para hacer números, ni acrobáticos ni de ninguna otra clase.

—¡Por Dios, señorita María del Pilar! —dijo él, y pensé que se dirigía a otra persona hasta que me di cuenta de que ese nombre tan largo era el mío—. Yo la encuentro muy mona en otro sentido, y no en el de pretender que salga a hacer monadas en una pista circense.

—No comprendo entonces qué clase de papel quiere que haga.

—Empezaré por decirle que tengo una tía en América.

—Como si quiere usted empezar diciéndome que tiene un tío en Alcalá —me encogí de hombros—. No me parece que ese principio tenga nada que ver con el fin que me trajo aquí.

—Al contrario: tiene que ver muchísimo. Es incluso la razón fundamental, como ahora le explicaré si usted me lo permite.

—No sólo se lo permito, sino que además le ruego que me lo explique todo de una vez. Porque ya estoy muy intrigada.

PEDAZO 35

—MI TÍA —empezó a explicarme el fulanote— es riquísima. Y la verdad es que vivo exclusivamente del dinero que ella me manda todos los meses. No sólo soy su único sobrino, sino también su único heredero. Cuando ella fallezca, su fortuna pasará a mis manos. Y me atrevo a pronosticar que no está lejana la fecha de su fallecimiento, ya que mi tía es muy vieja. Si a lo poco que le resta de vida por sus años le restamos las mermas que sufre su vitalidad por sus achaques, ni los cálculos más optimistas (o pesimistas, según se mire) pueden decir que tengo tía para rato.

—Lo explica usted de un modo que no sé si entristecerme o alegrarme.

—Las dos cosas: debe usted entristecerse por ella y alegrarse por mí. Puedo parecer cruel, pero prefiero ser sincero. La verdad es que no quiero demasiado a mi tía. En primer lugar, porque siempre he vivido lejos de ella. Y en segundo porque siempre también, a pesar de la distancia que nos ha separado, me impuso condiciones que debí obedecer para que no dejara de ayudarme. La última condición que me impuso hace unos meses fue la más feroz de todas.

—¿Qué condición fue ésa?

—Me exigió que me casara.

—¿Por qué?

—Ya sabe usted cómo son las viejas.

—Ni lo sé ni hay razones para que lo sepa —me ofendí—, puesto que aún estoy lejísimos de la vejez.

—Pero en todas las familias, y supongo que también en la suya, hay viejas pelmazas empeñadas en que los jóvenes sienten la cabeza. Y la única forma de sentarla que se les ocurre, es el matrimonio. Esta misma ocurrencia la tuvo mi tía conmigo, y hace un año me envió un ultimátum.

Yo no sabía lo que era un ultimátum, pero preferí quedarme sin saberlo a preguntarlo y pasar por inculta. De modo que me callé y él prosiguió:

—El ultimátum fue el siguiente: o me casaba antes de cumplir los treinta, o mi tía me retiraba su ayuda si los cumplía soltero. Me faltaban pocos meses para llegar a ese fatídico cumpleaños. Ante la perspectiva de quedarme sin un céntimo, anuncié a mi tía que estaba dispuesto a obedecerla.

—¿Y se casó usted?

—Teóricamente, sí.

—¿Cómo teóricamente? —le miré extrañada—. El matrimonio no es un sacramento teórico, sino práctico.

—Pero yo sólo me casé en teoría. Prácticamente, seguí soltero.

—No lo entiendo.

—Va a entenderlo ahora mismo: empecé por enviar a mi tía fotos de mi novia con

resultado altamente satisfactorio. Estos documentos gráficos la entusiasmaron. Me escribió felicitándome por tener una prometida tan guapa. En cartas sucesivas me apremió para que fijara la fecha de la boda, y no tuve más remedio que acceder.

»Cuando la fecha llegó —continuó Jesús Elorrieta— envié a mi tía una reseña de la ceremonia, acompañada de una foto de mi novia en traje nupcial.

»Cumplido a sus ojos el requisito de que yo tuviera una esposa, me aseguré su ayuda mientras ella viva y su herencia cuando muera. Pero la verdad es que mi boda fue teórica nada más.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque nunca se celebró. Desde niño soy alérgico al matrimonio, y esa alergia me dura todavía.

—Entonces, ¿su novia se prestó a representar esa comedia?

—¿Qué novia?

—La de usted.

—Yo nunca he tenido novia.

—¿No? —me extrañé hasta el punto de enarcar las cejas—. ¿Pues de quién eran las fotos que envió a su tía?

—De usted —me confesó Jesús, confesión que aumentó mi extrañeza y el enarcamiento de mis cejas.

—¿Mías? —balbucí—. ¿Cómo es posible?

—Las mandé reproducir de sus anuncios que han publicado todos los periódicos. En su campaña de las galletas, aparecía usted en muchas posturas distintas y con muchos trajes diferentes: desde el de baño con pocos centímetros de tela, hasta el de novia con varios metros de cola. Hice copias de esas fotos suprimiendo los letreros publicitarios, y obtuve una variada colección con la que engañé a mi tía.

—Pero... pero... —dije, porque no supe qué decir.

—Perdóneme por haberla convertido en mi novia primero y en mi esposa después —se excusó él—. Gracias a ese truco, me he salvado de la ruina.

Lo pensé durante un rato antes de decir:

—No se puede negar que es usted ingenioso. Pero si gracias a ese truco ya lo ha resuelto todo, ¿para qué me ha llamado? ¿Sólo para contármelo?

—Y para algo mucho más importante.

—Usted dirá.

—Para que me ayude a resolver un problema que va a presentármelo de un momento a otro.

—¿Qué problema? —pregunté, porque me picaba la curiosidad y quería rascármela.

—Mi tía me ha anunciado que viene a verme. Yo pensaba que, siendo tan vieja, se quedaría a morir en América sin darme la lata. Pero ha decidido que no se morirá sin

conocer a mi esposa. Y como es tan terca, nada ni nadie será capaz de matarla hasta que no la haya conocido.

—El problema es grave —admití.

—No sólo grave, sino también urgente. Porque mi tía llegará en avión pasado mañana.

—¡Caramba! —barboté, cosa rara en mí porque yo no barboto con frecuencia.

—Observo que ha comprendido no sólo la gravedad de mi problema sino también la urgencia de buscarle una solución.

—¿Y qué es lo que va usted a proponerme? —dije con bastante cachondeo—. ¿Que nos casemos a toda mecha para que ella no descubra el engaño?

—Eso sería una monstruosidad que jamás me atrevería a proponer —se puso serio el fulanote—. Ni soy tan sinvergüenza como para utilizar la complicidad de un sacramento auténtico con fines de lucro personal, ni usted aceptaría ser mi cómplice en esa farsa sacrílega.

—¡Claro que no! —me vi obligada a exclamar, haciéndome la estrecha y la escandalizada.

—Pero sí me atrevo en cambio a hacerle una proposición mucho más honesta y aceptable.

—¿Cuál? —pregunté poniéndome en guardia.

—Que sin cometer el sacrilegio de llevar la farsa ante un altar, haga usted el papel de mi mujer cuando venga mi tía.

—¡Por Dios! —seguí escandalizándome—. ¿Cómo voy a poder hacer eso?

—Bastará que viva usted conmigo durante cuatro días. Quiero decir en la misma casa que yo, justo el tiempo que mi tía esté aquí. Su papel empezará en cuanto ella aterrice en Barajas, y terminará en cuanto despegue de nuevo hacia América. No será un trabajo muy largo, y le garantizo que estará muy bien pagado.

—Aunque me ofreciera usted todo el oro del mundo —exageraré—, tendría que pensarlo mucho antes de contestarle.

—¿Por qué?

Seguí haciéndome la estrecha:

—Para aceptar un papel tan especial, deben estudiarse detenidamente no sólo sus aspectos materiales, sino también los morales.

—Desde luego —admitió Jesús—. Y entre esos aspectos morales, querrá usted saber hasta dónde deberán llegar nuestras relaciones conyugales.

Más estrechez por mi parte cuando dije con un dengue:

—Naturalmente.

—Pues bien: por ese lado, no tiene que preocuparse.

—Ese lado es el que más me preocupa.

—La ficción de que somos marido y mujer se limitará a los momentos en que

estemos en presencia de mi tía. Cuando ella no esté delante, no tendrá que fingir nada. Quiero decir con esto, para tranquilizarla del todo, que su papel terminará a la hora de dormir. Dicho en términos teatrales, cuando haga mutis a la alcoba.

—Observo que ha pensado usted en todo.

—Es lógico, señorita. No se puede hacer una proposición tan insólita como ésta sin haber resuelto previamente todos los obstáculos que pueden presentarse. Si ve alguno más que yo no haya visto, dígamelo y también lo resolveré.

—Hay un obstáculo —dije suspirando— que ni usted ni yo podemos resolver.

—¿Cuál?

—Que soy una actriz pésima y haré muy mal el papel de esposa.

—También yo soy un actor detestable, y el papel de marido no me va. Pero como mi tía es tan vieja y está medio chocha, no notará los defectos de la representación.

—En ese caso...

—Acepta usted, ¿verdad? —se anticipó él.

—Espere un poco —le frené yo—. No vaya tan deprisa.

—Tengo que ir más deprisa que mi tía —se justificó el sobrino—, y ella llega pasado mañana en avión. De manera que debo correr más que un reactor.

—Pero yo, en cambio, debo andar con pies de plomo. No puedo embarcarme en esta aventura sin saber el terreno que piso.

—El terreno es firme, porque le pagaré por adelantado lo que me pida.

—¿Tan rico es usted?

—Lo seré algún día. En cambio, si usted me falla seré para siempre más pobre que una rata.

—Lo dice de un modo —me conmoví— que va a convencerme.

—¿No está convencida todavía? —se alarmó.

—Casi —le tranquilicé con un amago de sonrisa—. Pero para convencerme del todo, necesito saber algo de usted.

—Ya le he dicho quién soy y cómo me llamo.

—¿Y cree que para casarse con un señor, aunque sea de mentirijillas, basta con saber su nombre?

—¿No es suficiente?

—Para hacer la comedia, debo conocer al personal que hará el papel principal. Al menos cuénteme su vida a grandes rasgos.

—Se cuenta pronto —empezó Jesús—. No es muy interesante ni brillante. No soy más que un señorito de pueblo.

—¿Cómo de pueblo? —repetí parpadeando—. ¿No vive usted en Madrid?

—No. Mi casa, que heredé de mis padres, está en Tolosa.

—¡Anda la osa! —exclamé, sin afán de hacerme la graciosa—. ¿Y tengo que irme allí a hacer mi papel?

—No, porque usted me exigió cuando nos casamos que pusiéramos casa en Madrid.

—¿Eso le contó a su tía?

—Sí, con el fin de que me mandara dinero para comprar un piso.

—¿Y se lo mandó?

—Sí.

—¡Qué tía! —la admiré—. ¿Y usted compró el piso?

—No.

—¡Vaya sobrino! —le reproché.

—No iba a comprarme un piso de verdad, puesto que me había casado de mentira —razonó.

—En eso tiene razón —admití—. Pero si usted se embolsó tranquilamente el dinero del piso, ¿dónde piensa recibir a su tía cuando llegue a Madrid?

—Con una pequeña parte de ese dinero, he alquilado por una semana un apartamento amueblado. Si ella sólo va a estar con nosotros cuatro días, ¿para qué vamos a despilfarrar?

—Habla usted en plural —observé—, como si yo hubiera aceptado ya ser su cómplice.

—Haga el favor de no aplicarse un nombre tan feo —me rogó—. Usted no va a hacer nada malo, y por lo tanto no se le puede llamar mi cómplice.

—Pues en realidad, tampoco se me puede llamar su esposa. De manera que usted dirá cómo debo llamarme entonces.

—Digamos que está usted asociada conmigo en este negocio.

—O sea, que soy su socia.

—Eso también suena fatal —reconoció él—. Piense que ha sido contratada para hacer un trabajo profesional, y así su conciencia estará tranquila. ¿De acuerdo?

—En principio, sí.

—Que acepte en principio es lo importante —concluyó Jesús sonriendo satisfecho—, porque yo también acepto de antemano las condiciones que usted me imponga. Y puesto que ya estamos de acuerdo, la espero en «nuestra casa» pasado mañana por la tarde. Mi tía llegará por la noche, pero conviene que esté usted allí unas horas antes para instalarse y fijar los últimos detalles. ¿Hasta pasado mañana entonces? —añadió levantándose y tendiéndome la mano en señal de despedida.

—Hasta pasado mañana —repetí mientras se la estrechaba—. Pero hay un último detalle que deseo saber ahora mismo.

—¿Cuál?

—¿Cómo diablos ir a «nuestra casa» si usted se marcha ahora sin decirme dónde está?

—¡Es cierto! —exclamó él, dándose una palmada en la frente—. Apunte las

señas, haga el favor: Plaza Redonda, edificio Colmena. Apartamento número ochenta y seis.

PEDAZO 36

A LA HORA EXACTA de la fecha prevista, llamaba yo a la puerta del que iba a ser durante cuatro días mi hogar postizo.

Aparte del dinero que iba a ganar haciendo ese papel, la aventura me divertía. Y estaba convencida de que saldría airosa de ella, pues no era la primera vez que me pasaba una cosa así. También yo, en cierta ocasión, tuve que fingir que estaba casada. Aunque no para sacarle el dinero a una tía rica, sino para evitarle un disgusto a mi hermana monja. Pero esto es harina de un costal anterior, y no voy a repetir aquí los apuros que pasé entonces. Ya los conté en otro costal, o sea en otro montón de papeles que escribí anteriormente. Sí quiero recordar, sin embargo, que de aquella experiencia saqué las enseñanzas necesarias para meterme en este nuevo lío sin ningún temor. Porque me dije:

«Si en aquella ocasión pude torear a una monja, bien puedo en esta ocasión torear a una tía».

El propio Jesús me abrió la puerta del que iba a ser «nuestro» apartamento.

—Buenas tardes, querida —me saludó sonriendo y apresurándose a cogerme la maleta que yo llevaba en la mano—. ¿No traes más equipaje?

—Traigo lo justo para el tiempo convenido.

—Muy bien. Pasa y cierra la puerta.

Obedecí mientras él continuaba:

—Lo primero que haré es enseñarte la casa. Sígueme, haz el favor.

Le seguí mientras él se disculpaba:

—Perdona que te haya tuteado desde el primer momento, e incluso que te haya llamado «querida». Lo hago para que vayas acostumbrándote a tu papel, ¿comprendes?

—Sí, don Jesús —contesté respetuosamente.

—¡Por favor! —me rogó—. Si me llamas «don Jesús» delante de mi tía, lo echarás todo a perder.

—Usted perdone —me excusé.

—¡Nada de usted ni de don! Tutéame y llámame Chus.

—Bueno, Chus. Pero es que así, tan de repente...

—Así tiene que ser, puesto que mi tía está al caer. Tienes que acostumbrarte desde ahora mismo.

—Me acostumbraré, descuida.

—La que no tienes que descuidarte eres tú, palomita.

—¿Cómo palomita? ¿No quedamos en que me llamarías querida?

—Querida será el menos idiota de todos los nombres que te daré —me explicó Chus, avanzando por un pasillo con mi maleta en la mano—. No olvides que los

recién casados, a cuyo gremio pertenecemos, se aplican calificativos cariñosos bastante cretinos.

—¿Por qué? —quise saber.

—Está demostrado que el matrimonio, en su fase inicial, cretiniza a sus componentes. De manera que debes estar preparada para que yo te llame cualquier estupidez: palomita, tesorín, cielito, e incluso pichirrichina.

—Si me llamas pichirrichina —le advertí—, quien lo echará todo a perder serás tú.

—¿Por qué?

—Me entrarán ganas de echarme a reír.

—Pues tendrás que aguantarte.

Y esta vez me tocó a mí hacer la misma pregunta:

—¿Por qué?

—Quizá te llame cosas más absurdas aún. Si no nos aplicamos nombrecitos francamente memos, nadie creerá que acabamos de casarnos.

Al entrar en una habitación que había al fondo del pasillo, mi «marido» me explicó:

—Éste es el salón, que sirve al mismo tiempo de comedor y cuarto de estar. En aquella mesa comeremos, y en aquel tresillo que está frente a la chimenea pasaremos las veladas charlando con mi tía. Haremos una vida muy hogareña, como corresponde a un matrimonio joven y feliz. ¿Te gusta?

—¿La vida hogareña?

—No: el salón.

—Me encanta.

Me encantó, en efecto, porque era grande y cómodo. Todo el suelo lo cubría una alfombra gorda y peluda, sobre la cual me imaginé que sería muy agradable andar descalza.

Aunque yo no entiendo ni patata de decoración, comprendí que los muebles eran buenos y bonitos. A falta de una definición mejor, diré sencillamente que aquel salón estaba puesto en «estilo cine». Quizás este estilo tenga algo que ver con el románico o el churrigueresco (que es el que a mí me hace más gracia), pero sólo sé que es el que sale en las películas. Y teniendo en cuenta que yo iba a representar allí un papel, me pareció que un decorado «estilo cine» era el más adecuado para una ficción.

—Ese ventanal —me lo señaló Jesús— da a una terraza, en la que hay plantas y flores que tendrás que regar todos los días.

—¿Es indispensable que las riegue yo?

—Sí, ya que se supone que tú eres una mujer loca de felicidad.

—Entonces —comprendí—, quieres que riegue para dar una prueba de locura. Así tu tía se convencerá, sin lugar a dudas, de que estoy como una regadera.

—No, pichoncita —se echó a reír él—. No regarás para demostrar que estás loca, sino porque todas las mujeres felices tienen flores en su hogar. En el cuadro ideal de la felicidad hogareña, no puede faltar la estampa de la esposa cuidando sus macetas floridas.

—Está bien, pichirrichín —dije heroicamente—: si es necesario, regaré. Pero con abrigo y bufanda, pues en la terraza debe de hacer un frío de todos los demonios.

Dentro del departamento, en cambio, se estaba muy bien. Aquel edificio, llamado «Colmena» porque en él vivía un verdadero enjambre de inquilinos, era uno de los más confortables y lujosos construidos en Madrid últimamente. La cocina, por ejemplo, que Jesús me enseñó después del salón, daba gloria verla. Daba también pena ensuciarla guisando comestibles en aquel fogón tan flamante y en aquellas cacerolas tan relucientes. Porque la cocina, que era igualmente de «estilo cine», no parecía puesta para usarla, sino sólo para filmarla.

Después de examinar con admiración aquella maravilla de la ingeniería culinaria, dije a Chus un poco asustada:

—Me figuro que, además de salir a la terraza para regar, tendré que entrar en esta cocina para daros de comer. Y quiero advertirte de antemano que soy una cocinera desastrosa. Fíjate si seré mala, que hago los huevos fritos sin quitarles la cáscara.

—Por eso no te preocupes —me tranquilizó él—: tú sólo tendrás que fingir que sabes guisar.

—Pero por mucho que yo finja, algo tendremos que comer.

—La que guisará realmente es Manola.

—¿Y quién es Manola?

—Una asistenta que suministra el edificio, incluida en el precio del alquiler, que se encarga de hacer durante el día todas las tareas domésticas.

—Menos mal —suspiré aliviada—. Porque después de pasar cuatro días sometida a mis guisos, en el caso improbable de que tu tía hubiera sobrevivido, puedes tener la seguridad de que te hubiera desheredado.

Después de enseñarme todas las dependencias de «nuestra casa», incluidos los baños y el que iba a ser el cuarto de su tía, Jesús me miró un poco azorado y me dijo tras un ligero carraspeo:

—Ahora vas a ver tu dormitorio.

Me conmovió no sólo su azoramiento, sino también su delicadeza. Porque en vez de decir «nuestro», dijo «tu dormitorio» nada más. Con lo cual, cuando me mostró la alcoba principal del piso en la que había una gran cama de matrimonio, ya me había disipado muy delicadamente los temores que yo pudiera tener de que él pretendiese dormir conmigo.

Mi conmoción inicial se acentuó cuando vi, en ambas mesillas de noche colocadas junto a la cama, sendas fotografías en bonitos marcos de piel.

—¡Pero si ésa soy yo! —exclamé aproximándome para ver las fotos de cerca.

—En efecto —bajó la vista él, un tanto azoradillo—. Son reproducciones ampliadas de tus anuncios. Una de ellas, como verás, está dedicada.

—¿Por quién?

—Por ti a mí.

—¿Por mí a ti?

—Pues sí.

—¡Pero esto no lo he escrito yo! —dije cogiendo el marco de una mesilla y examinando la dedicatoria.

—No, claro —me explicó Chus—. Lo escribí yo mismo, para tapar el hueco que ocupaba en el anuncio el nombre de las galletas.

—Pues no imitaste bien mi letra —le critiqué burlonamente—. Ni mi lenguaje tampoco, porque yo soy incapaz de escribir tantas cursilerías seguidas.

Y en tono burlón también, leí la dedicatoria en voz alta:

—«Al adorado morronguito Chus, con todo el amor de la pilonguita que le ha entregado para siempre su vida y su corazón. Tuya hasta más allá de la muerte: Maripiluchi».

Puse de nuevo la foto en la mesilla, mientras comentaba haciendo cómicos gestos de horror:

—¡Qué atrocidad!

—Es atroz, en efecto —reconoció él—. Pero como el hueco era grande y había que escribir bastante, puse todo lo que se me ocurrió.

—¡Pues menudas ridiculeces se te ocurrieron!

—Insisto en que no debes olvidar que se nos supone recién casados y enamoradísimos. Esas ternezas que a ti te suenan tan ridículas, están tomadas al oído del léxico que los matrimonios emplean durante su luna de miel.

—Me parece que estás abusando de mi credulidad —protesté.

—¿Por qué?

—«Morronguito» y «pilonguita» no se lo pueden llamar dos seres normales, sino dos retrasados mentales.

—Pues te advierto que esos nombrecitos son de los más corrientes. Según informes que tengo de buena tinta, se llaman cosas peores todavía.

—¿Peores? —me asombré de tal modo, que a punto estuve de soltar un taco—. Pues «morrongo» y «pilonga» se las traen. Parecemos una pareja formada por un gato y una castaña.

—Lo de «pilonguita» se me ocurrió como diminutivo tierno y cariñoso de Pilar.

—Pero por lo visto no te pareció bastante esa ternura, y aumentaste la dosis en la firma: «Maripiluchi». ¿No te da asco?

—¿Por qué?

—Es el diminutivo más empalagoso que se le puede poner a mi nombre.

—Por esa misma razón, si de veras fuéramos recién casados, estarías encantada de llamarte Maripiluchi en nuestra intimidad.

—¿Tú crees? —dudé.

—Estoy seguro. Como lo estoy también de que a mí me encantaría llamarme «Morronguito», «Cuchi-cuchi», o cualquier otra majadería del mismo calibre.

—Pues si casándonos de veras nos hubiéramos vuelto tan majaderos —dije echándome a reír—, debemos alegrarnos de que nuestra boda sólo haya sido de boquilla.

—Desde luego —admitió Chus—. Pero no debemos omitir tampoco ninguna de las cretinadas que hacen los casaditos auténticos, para que mi tía se trague la bola.

—Sin embargo —insinué—, entre las cretinadas que hacen los casaditos, hay una que suelen hacer por las noches y que está excluida de nuestro contrato.

—¡Claro que está excluida! —se apresuró a afirmar él, captando la insinuación.

—Pues si en el apartamento no hay más que dos dormitorios, ¿dónde piensas dormir tú? Porque no creo que vayas a acostarte con tu tía.

—No te preocupes por eso.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —volví a hacerme la estrecha, protestando con la misma vehemencia que la más decente de todas las señoritingas.

—Yo dormiré en la bañera.

—¿En qué bañera?

—En la de nuestro cuarto de baño —me explicó él, señalándome una puerta que había cerca de la cama—. Por las noches entraremos juntos en la alcoba, y así mi tía no sospechará. Luego yo me instalaré en el cuarto de baño, y así tú podrás dormir tranquila. Como puedes ver, he pensado en todo.

—En casi todo —corregí—. Porque no parece que hayas pensado que en la bañera estarás incomodísimo.

—También lo pensé —presumió él de su talento organizador—. Dispongo de un colchón de goma hinchable, con el cual transformaré la bañera en una cama bastante confortable.

—Ahora sí que me has convencido de que todo lo has previsto —me rendí—. Si falla la «operación tía», no será por culpa tuya.

—No fallará si tú sigues todas mis instrucciones.

—Las seguiré al pie de la letra —prometí—. ¿Qué debo hacer ahora?

—Deshacer tu maleta e instalarte en nuestra casa, mientras yo voy al aeropuerto a recoger a mi tía. Dentro de una hora estaremos aquí.

PEDAZO 37

UNA HORA DESPUÉS exactamente, porque Chus lo había calculado todo con precisión matemática, regresó del aeropuerto con su tía.

Me atrevo a decir, aunque parezca inmodestia y quizá lo sea, que la primera escena de mi papel me salió bordada. Con naturalidad digna de una actriz experta, tributé a la anciana señora el más efusivo de los recibimientos.

Este éxito inicial de mi interpretación resulta más meritorio aún si se tiene en cuenta que las viejas siempre me han dado mucho asco. Me imagino que al tocar su piel rugosa, siento el mismo repeluzno que sentiría tocando los pellejos de una momia o una tortuga. (Me lo imagino nada más, ya que nunca he tocado momias ni tortugas. Y quiera Dios que no tenga que tocarlas nunca).

Tuve, pues, que vencer mi repugnancia para propinar a aquella vieja los abrazos y besuqueos que la ocasión requería. Porque doña Juliana, que así se llamaba la tía, era el ser más parecido a un galápagos momificado que yo he visto en mi vida.

Es cierto que ella procuraba parecer más joven, como todas las ancianas americanas, pintándose y vistiéndose como una chiquilla. Pero con aquellas ropas y pinturas no lograba quitarse años, sino ponerse en ridículo. Comprendí, sin embargo, que Jesús Elorrieta hubiera montado toda aquella comedia para hacerle la rosca, pues bastaba echar un vistazo a las joyas que lucía doña Juliana para comprender que era riquísima. Sólo en el broche que llevaba prendido sobre el busto, encima de las ruinas de lo que antaño fue una teta, había diamantes de sobra para enojarme yo de pies a cabeza.

A la tía le caí muy bien desde el primer momento, cosa que no me sorprendió ni pizca, pues servidora es una criatura adorable en cuanto se lo propone. Y como en aquella ocasión me lo propuse a conciencia, ya que para eso me había contratado el vascode, a doña Juliana se le cayó la baba conmigo. (La verdad es que la baba se le caía también sinmigo, pues la pobre estaba tan chocha que a veces se dejaba la boca abierta y la saliva se le caía por la abertura. Pero muy zoquete hay que ser para no darse cuenta de que yo me refiero a una baba simbólica).

Este afecto que la tía sintió por mí desde que me echó la vista encima, se puso de manifiesto por la noche del día que llegó. Porque, de acuerdo con el programa trazado por el astutísimo Chus, pasamos la velada charlando en el salón de nuestro piso.

—Pues al natural —me soltó la vieja—, eres más guapetona aún que en las fotos que me mandó tu marido. Y te advierto que me ha enviado un montón. Se ve que te quiere horrores, por lo mucho que te retrata.

—Es cierto, tita —confirmó él, mirándome con exagerada ternura—. Adoro a mi pequeña ranita.

Este piropo me pilló de sorpresa, ya que nadie está preparada para que la comparen con un bicharraco feísimo. Pero no me amilané y le devolví el cumplido en el mismo estilo batracio que él había empleado:

—También yo idolatro a mi renacuajín.

Y los dos tuvimos que hacer un esfuerzo para no echarnos a reír.

—El retrato tuyo que más me gusta —siguió la vieja dándole vueltas al tema fotográfico—, es uno en el que Chus te sacó muy favorecida comiendo algo. Y muy sabroso debía de ser lo que comías, pues estás sonriendo muy contenta. ¿No lo recuerdas?

—No —repliqué con naturalidad—. Pero seguramente estaría comiendo galletas.

—Maripiluchi es muy golosa —se apresuró a intervenir Jesús, temiendo que me fuera de la lengua y revelara el origen publicitario de mis fotos—. Las galletas la chiflan.

—¿Sí? —me hizo un guiño la tía—. ¿Y eso no será un antojo?

Yo me quedé un poco pegada y no supe qué decir. Pero como él estaba al quite, me echó un capote:

—¡Por Dios, tita! Todavía es pronto para eso.

—¿Cómo pronto si ya lleváis casados muchas noches?

—No tantas.

—Las suficientes para que un heredero cuaje.

No soy nada pusilánime en mi forma de expresarme, ni me acobarda soltar un taco cuando se tercia. Pero el empleo en este caso del verbo cuajar me pareció una solemne ordinariez. ¡Ni que los niños fueran quesos, vamos!

Como a mí no me hacía ni pajolera gracia que aquella vetusta me creyese embarazada, intervine para quitarle ese feto de la cabeza.

—Mi afición a las galletas —declaré— es anterior a nuestro matrimonio.

—Pues a ver si me dais pronto la noticia de que esperáis descendencia —machacó doña Juliana—. Nada me alegraría tanto como tener un heredero.

—Ya me tienes a mí —insinuó Chus.

—Pero tus hijos serán un freno para que no derroches tontamente la fortuna que yo te deje.

—Por ese lado —dije con exquisita diplomacia—, puedes morirte tranquila. Ya me encargaré yo de que mi pocholo no derroche.

—Así me gusta —me aplaudió ella—. ¿Comprendes ahora, sobrino, por qué tenía yo tanto interés en que te casaras?

—No mucho, la verdad —confesó él.

—Pues para que una mujercita tan hacendosa como ésta te hiciera sentar la cabeza. Y ahora, tórtolos, vámonos a la cama, que América está muy lejos. Y aunque no he venido nadando, estoy cansadísima. De modo que yo voy a descansar, y

vosotros a trabajar. ¡A ver si conseguís en esta sesión nocturna que el heredero cuaje!

Con esta nueva grosería por parte de la vetusta, nos fuimos a dormir. Ella entró en su dormitorio y nosotros en el nuestro.

Cuando Chus y yo estuvimos solos, él me dijo muy contento:

—Enhorabuena, María del Pilar. Has estado formidable.

—Me alegro de que te haya gustado mi actuación.

—Gustarme es poco, monina: me ha entusiasmado. Has sido una recién casada perfecta en todos los sentidos.

—En todos no —le corregí—, porque en uno no lo seré.

Yo me refería al sentido horizontal y él captó la indirecta.

—Ya lo sé —me dijo levemente ofendido—. Pero no hacía ninguna falta tu insinuación.

—Por si las moscas.

—Las moscas no tienen nada que ver en esto. Soy un caballero y respetaré lo que hemos pactado.

Y sacando del armario su colchón de goma hinchable, Chus me dio las buenas noches y se fue a dormir al cuarto de baño.

Me dio un poco de lástima dejarle marchar, habida cuenta de que el fulanote no me desagradaba en absoluto. Y una chica como yo, que nunca hizo ascos ni a los hombres más desagradables, ¿por qué iba a hacérselos a un buen mozo como Chus?

Pues aunque parezca mentira, había varios «porqués». Allá van:

El primero, porque él me había contratado para otra función muy distinta y no quise salirme de mi papel.

El segundo, porque encontré bonito que él no tratara de aprovechar nuestra soledad en el dormitorio para ampliar nuestro pacto hasta terrenos que no habíamos pactado. Me sentí tratada como una señorita decente, trato que yo no he recibido casi nunca. Creo que era la primera vez que un señor, habiéndome pagado para que le hiciera un servicio, se iba a dormir solo dejándome intacta.

El tercero y último porqué era sin duda el más importante de todos: porque algo en mi interior empezaba a decirme que mis relaciones con Chus iban a ser de otra índole. La clase de índole yo no la sabía aún, pero sí estaba segura de que no sería una índole puramente carnal.

Durante aquella primera noche, ese algo no paró de decírmelo. Y me lo decía con tanta fuerza, que apenas me dejó dormir. Hasta el punto que llegué a pensar si aquel algo en mi interior, que me quitaba el sueño, no sería el pescado de la cena que me había sentado mal. Pero luego, pensándolo mejor, comprendí que ésa no podía ser la razón. Aparte de que el pescado que comí era fresquísimo, siempre que un alimento se me indigesta, me da flato. Y aquella noche no tuve flato. De manera que ese algo no podía ser material, sino espiritual.

A la mañana siguiente, Jesús llamó con los nudillos a la puerta del baño. No entró en el dormitorio hasta que yo le dije:

—¡Adelante!

—Buenos días —me saludó con su corrección habitual—. ¿Has dormido bien, querida?

—Sí —mentí—, pero he extrañado la cama. Aunque me figuro que tú habrás extrañado mucho más la bañera.

—No lo creas —bromeó llevándose las manos a los riñones y echando el cuerpo hacia atrás para enderezarse—. Me he quedado algo encogido, desde luego, pero ya me estiraré.

—¡Pobrecillo! —le compadecí—. Es que las bañeras no están calculadas para que duerman en ellas los chicarrones del Norte.

—Los chicarrones del Norte somos fuertes —siguió la broma él, lanzando a continuación un gracioso grito de dolor cuando se enderezó del todo—, y sí estamos calculados para resistir cualquier sufrimiento. ¡Todo sea por la tía!

Como ya dice el refrán que «hablando del ruin de Roma (o de la ruina de América), por la puerta asoma», en aquel preciso instante doña Juliana abrió la puerta del pasillo y asomó la cabeza.

—¿Puedo entrar, tortolitos? —dijo entrando por las buenas, sin esperar a que le diéramos permiso. Y al vernos protestó—: Pero ¿aún estáis en bata? ¿A qué esperáis para vestiros? ¡Vamos, vamos! Tenéis que llevarme de paseo, a ver bien todo Madrid. Sólo estaré aquí cuatro días, y quiero aprovecharlos. ¡Hala! ¡A vestirse, que no hay tiempo que perder!

PEDAZO 38

ALGO DEBE DE TENER LA ALIMENTACIÓN americana, para que las viejas de esos territorios indios posean tanta vitalidad. Quizá sea una vitamina especial, de efecto parecido a la dinamita, o alguna droga rara que haya en las verduras. Porque yo no había visto nunca una pachucha más incansable que aquella tía.

¡Qué tía! Desde que nos vestimos hasta que nos desnudamos, o sea desde por la mañana hasta la madrugada, fue no parar.

Una vez más Jesús, que había pensado en todo, organizó un programa apretadísimo para que doña Juliana no desperdiciara ni un minuto. Aunque por un lado me cansé, por otro debo reconocer que me instruí. Porque visité una serie de sitios en los que yo no había estado en mi vida. Y la verdad es que en Madrid hay sitios bastante instructivos, que todo el mundo debería visitar.

El Museo del Prado, por ejemplo, no está nada mal. Tiene unos salones muy amplios y bonitos, aunque con un defecto para mi gusto: demasiados cuadros en las paredes. Un cuadro de vez en cuando hace mono como elemento decorativo de un salón. Pero tantos como hay en el museo de marras, cansan. No se puede negar, sin embargo, que los hay de mucho mérito, pues los hicieron esos pintores que son tan conocidos gracias a que tienen nombre de calle: Goya, Velázquez, Claudio Coello, Zurbarán...

Salí un poco mareada de ver tantas telas con colorines, pero me repuse con unas copas en el bar al que Chus nos llevó a tomar el aperitivo. También se repuso la tía, que de abstemia tenía lo que yo de virgen. Y a la quinta copa que se tomó, propuso a su sobrino:

—¡Vámonos de tascas!

—¡Pero, tita! —me sorprendí—. ¿También en las Américas es costumbre hacer esos recorridos tan castizos?

—No le hagas caso —me dijo Jesús, que había bebido menos y estaba más sereno—. Esa frase la habrá oído en alguna parte y la dice al buen tuntún.

—Tienes razón —confesó la vetusta—. La verdad es que ni siquiera sé lo que es una tasca.

—Ni falta que te hace saberlo —se puso serio su sobrino—. Para una vez que vienes a España, comprenderás que no voy a llevarte a esos antros. Iremos a comer al mejor restaurante de Madrid.

El mejor restaurante de Madrid, naturalmente, tenía nombre extranjero. Y a la carne la llamaban *viande*. Los «menuses» estaban escritos en varias lenguas, ninguna de las cuales era la mía. Pero tuve suerte: pedí a bulto primero «artichó» y luego «ragú», y me sirvieron alcachofas seguidas de un guisote con pedazos de ternera. Con lo cual quedé como una chica fina, habituada a comer en sitios exóticos de alto

precio.

Por la tarde fuimos a visitar el Palacio de Oriente, que no sé por qué se llamará así. Con ese nombre, parece que viven en él los Reyes Magos. Y luego resulta que no: que ni Magos ni de los otros. El palacio está vacío. Quizá por eso huele un poco a cerrado. Pero a mí me gustó más que el Museo del Prado, pues sus salones tienen menos cuadros y más tapices. Y ya se sabe que los tapices, como son de tela gorda, abrigan más las paredes desnudas.

Doña Juliana, que entre los aperitivos y el vinillo del almuerzo iba un poco chufa, quiso tumbarse en una cama para echar una siesta. Pero el guía que nos acompañaba se lo prohibió, explicándole que aquélla era la cama del rey.

—¿De qué rey —preguntó ella—, si ahora no lo hay?

—Del que hubo —contestó el guía—, y del que habrá.

—Pero cuando lo haya, yo habré terminado ya de dormir mi siesta. Y estará la cama libre.

—Tía, por favor —intervino Jesús—. No insistas.

—No insistiré a condición de que me lleves a ver un sitio divertido.

—Te llevaremos al Madrid antiguo —decidió el sobrino.

—Pero eso es aburridísimo —protestó ella—, porque allí no hay nada que ver.

—Cualquiera que te oyese —comenté, sorprendida por la intuición de aquella forastera—, pensaría que ya conoces el Madrid antiguo.

—No lo conozco, pero me lo imagino. Todos los barrios antiguos que se enseñan a los turistas son iguales: cuatro callejas estrechas y mal empedradas, con casuchas a los lados que se están cayendo a pedazos. Son barrios que demuestran lo atrasados que estaban nuestros antepasados y lo mal que vivían esos desgraciados.

—Si eso no te divierte, ¿adónde quieres que te llevemos?

—Al «Fandanguillo's» —respondió doña Juliana sin vacilar—, que es un «tabla» flamenco muy animado.

Al ver la mirada furibunda que le dirigía su sobrino, la tía añadió tartajando a consecuencia de su chufa:

—Eso al menos decía un anuncio que leí esta mañana en el periódico.

—Como mi deber es velar por ti —decidió Jesús encarándose con la vieja—, no voy a consentir que a tu edad te metas en juerga. De manera que iremos en coche a dar un paseo por el campo, para que veas los alrededores de la capital y de paso te despejes.

—No seas cruel, vidita —intervine yo, que también estaba animadilla y con ganas de jarana—. Si tu tía quiere ver un «tabla», hay que llevarla a que lo vea. También a mí me gustaría ir al «Fandanguillo's» ese, pues desde que nos casamos nunca salimos de casa. Anímate, hombre, y así harás felices a tu tía y a tu mujer. ¡Dos pájaras de un solo tiro!

Recuerdo que Jesús accedió de mala gana. Lo que ya no recuerdo con mucho detalle es lo que sucedió después. Porque doña Juliana, en el «tablao», se lio a pedir botellas de manzanilla. Y a la cuarta botella, a mí me daba vueltas todo: no sólo las «bailaoras», sino también el mobiliario del local.

—No bebáis más —fue lo último que oí decir a Chus. Y supongo que yo le obedecí, porque a mí ya no me cabía ni una gota dentro.

Haciendo un esfuerzo, logro recordar que llegué al apartamento en estado flotante. Así llamo yo a lo que me pasa cuando agarro una trompa de tamaño regularcillo. Y está muy bien llamado, ya que tengo la sensación de que floto en una especie de confuso duermevela. Sólo a trechos espaciados, mientras me dura el trancez etílico, veo ráfagas de lo que ocurre a mi alrededor en la realidad. Algo así como rayos de sol que atraviesan fugazmente un cielo de espesas nubes.

En uno de esos fugaces momentos de lucidez, vi que llegamos los tres a casa. La tía llegó más achispada que nadie, pues me parece que dijo algo de echar una meadita dentro del ascensor.

En otro momento posterior, me vi entrando en «nuestro» cuarto. Y tan mareada me sentía, que me desmoroné sobre la cama sin desnudarme.

PEDAZO 39

NO SÉ CUÁNTO TIEMPO permanecí desmoronada, durmiendo aquella mona que por su tamaño llegaba a ser gorila.

Quizá dormí una hora, quizá tres. Pero otro relámpago iluminó de pronto la negrura de mi inconsciencia.

Este nuevo momento de lucidez se produjo a consecuencia de unas voces que atravesaron la barrera de mi sueño, las cuales me despertaron. Abrí los ojos poco a poco, pero la cabeza me pesaba y me dolía de tal modo que no la moví. Y pude ver, sin que ellos sospecharan que yo los estaba viendo, a los autores de las voces: la tía y el sobrino, creyéndome dormida, hablaban a los pies de mi cama.

—Mírela —decía Chus muy enfadado, señalándome—. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Yo no la obligué a beber —se encogió de hombros la vieja—. Si no resiste el alcohol, ya es mayorcita para no catarlo. Fíjese en mí en cambio: he bebido el doble que ella, e incluso el triple, y ya estoy tan fresca como una lechuga.

—Fresca sí, y tan arrugada como una lechuga también.

—Muy amable.

—No puedo serlo con usted. Su frescura es tan grande, que lo va a echar todo a perder.

—¿Yo, pobre de mí? ¿Por qué?

—Abusando del papel que está usted representando, hoy se ha salido de mi plan.

—¿Acaso no hemos ido al museo y al palacio, como usted había programado? —se defendió ella.

—Pero usted me impuso un número fuera de programa —siguió enfadándose Chus—: el de «Fandanguillo's». Y a la chica le sorprendió que usted conociera ese «tablao» flamenco.

—Lo justifiqué diciendo que había leído un anuncio en el periódico.

—¡Vaya una justificación! ¿Cree que la chica es tonta?

—Tonta no, pero sí torpona.

—Menos torpona que usted en todo caso. Porque usted también metió la pata al proponer que nos fuéramos de tascas. Eso no pudo justificarlo de ninguna manera.

—Allí sí reconozco que estuve torpe —admitió ella—. Me embalé un poco con los aperitivos, y me fui de la lengua.

—De la lengua se fue también en el «tablao».

—¿Cuándo?

—Cuando la chica quiso saber de dónde era usted, y usted le dijo que de Guadalajara.

—Fue otro «lapsus», aunque no tuvo importancia.

—¿Cómo que no? —se indignó él—. ¿No tiene importancia que una tía americana haya nacido al lado de Madrid?

—En América hay también Guadalajaras, lo mismo que hay Toledos, Córdobas y otras ciudades que se llaman igual que las nuestras. Además, cuando lo dije no creo que la chica se enterara. Estábamos ya con muchas copas.

—Sobre todo usted, que bebe como un carretero.

—¡Le pido un poco de respeto, don Jesús!

—¡Y yo le pido un poco de sobriedad, doña Tomasa!

—Ahora es usted el que está metiendo la pata, hablando tan alto y llamándome por mí nombre. Si la chica se despabila y le oye...

—¡La pobre chica tardará mucho en despabilarse, porque usted la ha emborrachado! Yo tengo la culpa, por contratar a una vieja borracha...

La cabeza empezó a darme vueltas, con lo cual el relámpago de lucidez se fue desvaneciendo. Volví a quedar envuelta en las tinieblas de la inconsciencia, cosa que a nadie le puede extrañar: además del alcohol que había ingerido, y cuyos efectos me duraban todavía, lo que acababa de oír era más que suficiente para dejar turulata a cualquiera.

¿Qué significaba todo aquel follón?

La simpática figura de Jesús, que me cayó tan bien desde el primer momento, se ensombreció de pronto con un velo de misterio. ¡Primero me había contratado a mí para engañar a la vieja, y ahora resultaba que también la vieja estaba contratada para engañarme a mí!

¿Quién podía comprender el argumento de una comedia tan complicada?

Traté de poner en orden todas las ideas que bullían en mi cabeza, convirtiéndola en una olla a presión sin válvula de escape. Pero no había forma de ordenar aquel galimatías, aunque traté de hacerlo repasando toda la historia desde el principio:

En el principio, Jesús me explicó que me necesitaba para representar el papel de esposa ante su rica tía de América. Yo acepté el papel de buena fe, y así se inició aquella farsa que podía dividirse en tres actos como cualquier obra de teatro:

Primer acto: Me instalo en el escenario montado por él para la representación. Ensayamos nuestro diálogo cariñoso, a base de llamarnos mutuamente memeces del calibre de «ranita» y «renacuajín».

Llega después la tía de América, que dice llamarse Juliana y responde a la descripción que de ella me hizo su sobrino.

Convivimos los tres. La tía se traga desde el primer momento la mentira de nuestro matrimonio. Felicita al mentiroso por haber sentado la cabeza, y me acepta encantada como sobrina.

El objetivo perseguido por Jesús se logra plenamente con nuestra farsa, pues la tía le asegura que no le retirará su apoyo económico y le nombrará heredero de su

fortuna.

Nos dedicamos a dar coba a la tía, procurando que lo pase bien durante su breve estancia en Madrid.

Este primer acto se desliza sin tropiezos. También sin dificultades para mí, porque Jesús empieza a gustarme y no me disgusta, por lo tanto, la mentirijilla de hacerme pasar por su mujer. La representación, hasta ahora, es un éxito completo.

Segundo acto: Aquí se produce el embrollo, que los técnicos teatrales llaman nudo. De golpe y porrazo, da la vuelta la tortilla.

Me entero de que la tía rica de América, llamada Juliana, ni es tía, ni es rica, ni es de América, ni se llama Juliana. Es una pobre vieja que atiende por Tomasa, contratada por Jesús para hacer ese papel.

Me quedo perpleja y desconcertada. Resulta que yo soy una farsante, pero la tía también. Y entre las dos está Jesús, que resulta ser el farsante mayor de todo el reparto.

Me hago preguntas para las cuales no encuentro respuestas:

¿A qué viene todo esto?

¿Qué pretende Jesús?

¿A quién trata de engañar y con qué fin?

Y con este desconcierto, está a punto de iniciarse el...

Tercer acto: Aquí se producirá el desenlace de esta historia tan embrollada. Pero en espera de que empiece este acto final, hay algo que empiezo a ver claro. Y a medida que lo veo con más claridad, mayor es el miedo que me da.

Sean cuales sean las intenciones de Jesús, yo seré la víctima. Porque toda esta maquinación la urdió para engañarme a mí. Todos sus embustes fueron una trampa que me tendió con Dios sabe qué fin. Y ese fin, ¡cielo santo!, bien pudiera ser el mío.

Dándole vueltas a un asunto tan retorcido, entra dentro del retorcimiento que Chus quiera asesinarme. ¿Por qué no? Nadie organiza una farsa tan complicada para acabarla gastando una broma. El tiempo y el dinero que ha gastado en esto, tiene que ser para algo muy serio. Y sería muy lógico que me matara al final, si él fuera, por ejemplo, un maniático sexual.

¡Ay, mi madre, que me parece que no ando descaminada en mis conjeturas! Porque los maníacos sexuales están muy de moda, y los hay de muchas clases. Unos son feotes y matan a lo bestia, pero otros son guapitos y matan con finura.

¿Quién me dice a mí que Jesús no es un loco refinado, que se corre de gusto planeando este crimen complicadísimo? ¿Quién me dice a mí que no es un vampiro o algo así, que me sacará toda la sangre para guardarla embotellada cuando me mate? ¿Quién me dice a mí que todo este tinglado no lo montó para tener una coartada si descubren su crimen? Esa vieja sin escrúpulos puede ser su cómplice.

Si no llegan a hablar delante de mí creyéndome borracha, seguirían engañándome hasta que llegara el momento de eliminarme.

Tengo que hacer algo para evitarlo... Tengo que hacer algo... Tengo que hacer algo...

PEDAZO 40

Y LO QUE HICE fue mi maleta. En cuanto me desperté completamente despejada, después de haber pasado una noche espantosa.

Las macabras pesadillas que tuve me hicieron sudar de lo lindo, y eliminé por ese procedimiento todo el alcohol que ingerí la víspera. También la luz del día redobló mis ánimos para afrontar la decisión de largarme.

Renuncié a seguir pensando en lo que me podría pasar si continuaba allí, pero decidí poner tierra de por medio para que no me pasara nada. Renuncié también a averiguar qué gato encerrado había en aquella historia, pues el gato podía ser un tigre que saliera de su encierro para despedazarme. Aunque la curiosidad femenina es fuerte, tiene más fuerza todavía el instinto de conservación. Allá Jesús con sus manías y sus farsas.

Pero cuando yo estaba terminando de hacer mi maleta, él entró en el dormitorio.

—Buenos días, cariño —me saludó muy cortésmente, como todas las mañanas.

—Buenos días —respondí muy secamente.

—¿Qué haces? —me preguntó al ver lo que yo estaba haciendo.

—Ya lo ve usted —le dije armándome de valor—: me voy.

Me miró desconcertado antes de decir:

—¿Adónde?

—A mi casa. Pero a la mía de verdad.

—¿Estás loca? —protestó—. Faltan dos días aún de los cuatro que convinimos.

—Pues le devolveré la mitad del dinero que me dio. O todo. El dinero ya no me importa.

—No puedes irte ahora.

—Trate de impedírmelo —dije en tono amenazador—, y empezaré a gritar.

—¿Para qué? —se extrañó.

—Para pedir socorro.

—¿Y por qué vas a pedir socorro, si no voy a hacerte nada? —me tranquilizó—. Ya comprendo lo que te pasa: te dura todavía el efecto de lo que bebiste ayer, ¿verdad?

—No, señor.

—Entonces no comprendo a qué vienen tantas bobadas. Si te oyera la tía...

—No me puede oír, por la sencilla razón de que aquí no hay ninguna tía.

—Aquí no, pero está en el cuarto de al lado.

—¡En el cuarto de al lado tampoco! —me harté—. ¡En el cuarto de al lado sólo hay una señora que se llama Tomasa, y que no es tía de usted!

Una vez más siento no ser una escritora verdadera, para poder describir el cambio brusquísimo que se operó en la cara del señor Elorrieta. Fue un auténtico

derrumbamiento facial. La sonrisa de sus labios, la simpatía de sus ojos, la tersura de sus mejillas... todo se vino abajo en un santiamén.

—Pero... —balbució— ¿cómo sabes tú...?

—Lo supe anoche, en un momento de lucidez que tuve dentro de mi borrachera. Ustedes mismos lo dijeron en el curso de una discusión, y yo lo oí.

—¡Maldita vieja! —masculló Chus—. ¡No ha parado de meter la pata por culpa de sus cogorzas!

—Yo me alegro de que se emborrachara, porque gracias a eso he sabido la verdad.

—¿Qué verdad?

—La única que me interesa a mí: que usted y ella se han puesto de acuerdo para engañarme. Y aunque no sé con qué fin, me voy zumbando por si las moscas.

—Espera —se interpuso en mí camino cuando me dirigía a la puerta.

—¿Quiere que grite?

—Quiero que me escuches.

—No me interesa lo que pueda decirme.

—Pero a mí sí. Tienes derecho a saber la verdad completa.

—Tendré derecho, pero no tengo ningún deseo. A mí me gustan las cosas claras, y veo en todo esto algo turbio que no me gusta nada.

—Eso turbio precisamente es lo que tengo interés en aclarar —insistió, y su tono se hacía cada vez más suplicante—. Escúchame, por lo que más quieras.

—Lo que más quiero es mi propia vida, y no tengo la seguridad de que no esté corriendo aquí algún peligro.

—¿Peligro tu vida? —repitió él, perplejo—. Pero ¿qué te has figurado, criatura?

—¿Qué quiere usted que me figure, después de saber que usted y la vieja me han mentido para traerme aquí? ¿Quién me asegura que este apartamento no es una trampa, y que ustedes no son un par de locos que han tramado esta comedia disparatada para hacer un disparate mucho mayor?

—¡Dios mío! —exclamó él con una aflicción que parecía sincera—. ¿De veras has podido pensar todas esas barbaridades? ¿Y pretendes marcharte llevándote esa impresión monstruosa?

—La impresión que yo me lleve no debe importarles, puesto que ya no volveré a trabajar con usted.

—Pero yo no puedo consentir que pienses eso de mí —me suplicó juntando las manos, y por un momento pensé que iba a caer de rodillas. Pero no cayó, aunque se tambaleó—. Te ruego que me dejes contarte la verdad.

—Y yo le ruego que deje de tutearme. El tuteo lo adoptamos para la farsa, y para mí la farsa ha terminado.

—Y para mí también —suspiró él—. He sido un loco.

—Si usted mismo lo reconoce —me asusté—, será mejor que me marche cuanto antes.

—Vete ahora mismo si quieres —dijo renunciando a detenerme aunque no a tutearme—, pero sabiendo que el motivo de mi locura eres tú.

En la garganta se me formó un «¡jolín!» de asombro, que me tragué antes de que me llegara a la boca. Porque la frase de Jesús sonaba antigua, pero era también emocionante. Oír a ciertas alturas de la vida que una es capaz todavía de enloquecer a un señor, halaga horrores. Por eso interrumpí el mutis definitivo que había iniciado, y me encaré con el señor Elorrieta para preguntarle:

—¿Qué ha querido usted decir?

—Que me enamoré de ti como un loco al ver tus fotografías en los anuncios de las galletas —declaró él—. Monté toda esta farsa para conocerte y conquistarte.

—¡Vamos, hombre! —rechacé echándome a reír—. ¿Se figura que me voy a tragar esa trola?

—Te juro que es verdad. Fue el único medio que se me ocurrió para acercarme a ti.

—No puedo creerlo.

—Créetelo por absurdo que pueda parecerle. Tenía la esperanza de que viviendo juntos algunos días, lograría que te interesaras por mí. Por eso me inventé esa personalidad de señorito gandul, simpático y un poco sinvergüenza, que tanto gusta a las mujeres.

Bajó la mirada de sus ojos y el tono de su voz para añadir:

—Pero yo no soy esa especie de *playboy* que sablea a una tía inmensamente rica. No vivo sin dar golpe en una casa que heredé de mis padres, sino trabajando en un pequeño negocio que yo mismo monté: tengo una tienda en Tolosa. De comestibles. Soy en realidad un tendero provinciano, sin pizca de interés para una chica guapa y famosa que triunfa en Madrid. ¿Qué podía hacer para que accedieras a conocerme y tratarme?

—Hombre, no sé —dije sin pararme a pensar—. Pero pudo usted buscar un método de aproximación menos complicado.

—¿Cuál? ¿Escribirte una carta diciéndote que me había enamorado de ti al ver tus fotos? Supongo que cartas de ésas recibirás muchas.

—Desde luego —mentí—. Bastantes.

—Y supongo también que tus admiradores te harán regalos delicados: flores, por ejemplo; perfumes... ¿Qué podía regalarte yo? ¿Un jamón de mi tienda?

—Eso hubiera tenido gracia —me eché a reír.

—Tampoco podía presentarme ante ti por las buenas, pretendiendo que vivieras conmigo sin conocerme de nada.

«Eso, en cambio, hubiera sido mucho más fácil de lo que supones», pensé, pero

claro está que no lo dije.

—Se me ocurrió entonces —continuó él— inventar un argumento interesante y aceptable, lo mismo que en las novelas.

—Imaginación no le falta —no tuve más remedio que admitir.

—Leo mucho. Mi negocio es lo bastante bueno para no tener que estar todo el día despachando detrás del mostrador. En la tienda tengo un encargado y dos dependientes, que me permiten dedicar muchas horas a mi afición predilecta: la lectura. Leo tanto, que siempre estoy lleno de ideas. Así planeé toda esta historia que has vivido, y que ahora se ha estropeado. Por culpa de esa maldita vieja...

—¿Quién es en realidad esa tía postiza?

—Se llama Tomasa Gálvez. Fue actriz en sus buenos tiempos, antes de que empezara a emborracharse. Me la proporcionó tu representante.

—¿Vicente?

—Sí. Yo la equipé con joyas de bisutería y trajes alquilados.

—Entonces ¿Vicente sabía la verdad?

—No. Le dije que quería contratar a una característica, pero sin explicarle para qué.

—Tampoco a mí me ha dicho usted concretamente para qué me contrató.

—¿No lo has comprendido aún? Para poder estar cerca de ti. Para que me conocieras y simpatizaras conmigo.

—Pues le confieso que toda esta historia me divertía. Y a usted empezaba a encontrarle simpático...

—¡María del Pilar!

—... hasta que anoche me decepcionó.

—¿Por qué?

—Cuando supe que me estaba mintiendo.

—Quizá puedas disculparme ahora que has sabido la verdad: que mentí por amor.

—Eso puede ser otra mentira.

—Juro que pensaba contártelo todo al final, cuando terminase la visita de la «tía» y doña Tomasa regresara a su casa. Entonces también, después de esta confesión, pensaba añadir: «Y ahora que me conoces y que lo sabes todo, perdóname primero y contéstame después a esta pregunta».

—¿A qué pregunta?

—A ésta: ¿quieres casarte conmigo?

—¿Es posible, Chus? —le miré asombrada—. ¿Ibas a decirme eso cuando todo terminara?

—Sí, Maripiluchi. Pero como los acontecimientos se han precipitado, te lo digo ahora: ¿quieres casarte conmigo, ranita?

—Pues así, tan de repente... ¡no sé qué contestarte, renacuajín!...

PEDAZO 41

SI DIGO QUE ME CASÉ de blanco, las beatas y las pazguatas se indignarán. Pero que no se indigne nadie, porque me casé de gris. Que es, al fin y al cabo, un blanco sucio.

Fui yo misma la que eligió ese color. Justifiqué la elección inventándome un medio luto, por fallecimiento de pariente remoto y medianamente querido.

Porque una, sin llegar a pudibunda, tiene sus pudores. Y la cara se me hubiera caído de la poca vergüenza que me queda si llego a tener la audacia de disfrazarme de virgen.

Yo no soy muy católica, ni budista, ni mahometana; pero respeto la virginidad de María, la tripa de Buda y las barbas de Mahoma. Quiero decir con esto que no me cachondeo de ninguna religión; ni siquiera de la de los salvajes, que adoran a unos ídolos feísimos. Y si hay quien toma en serio la blancura como símbolo de pureza, no seré yo quien cometa la guarrada de manchar ese símbolo.

Elegí por lo tanto un modelito en seda gris perla, que me favorecía horrores. Y como Jesús también se casó de gris, emparejamos mejor que yendo yo de blanco y él de negro.

De común acuerdo decidimos que la boda fuera sencilla, con el fin de compensar el dineral que Chus gastó en la farsa para cazarme. Tampoco teníamos ninguno de los dos compromisos familiares que justificaran un bodorrio con docenas de gorriones disfrazados de pingüinos.

Tuve la suerte de que Chus fuera tan huérfano como yo. Esto puede sonar a burrada dicho en general, pero no en mi caso particular. No hace falta ser un lince para percatarse de que cuantos menos parientes tuviera mi marido, menos fisgarían en mi pasado y menos explicaciones tendría yo que dar. La orfandad de Chus por un lado y su escasa parentela por otro simplificaron mucho mi entrada en esta nueva vida.

Nos casamos en Tolosa, a las cinco de la tarde.

Llovía desde por la mañana, pero a mí no me importó. Incluso me alegré de que lloviera. Encuentro que la lluvia tiene algo que limpia todo lo que toca. Quizá sea el agua.

Cuando íbamos hacia la iglesia, nos pilló un chaparrón. Y como las parejas que van a casarse no llevan paraguas, nos mojamos bastante. La emoción que yo sentía me hizo darle a la mojadura un significado simbólico:

«Si el agua del bautismo nos lava del pecado original —pensé—, este chaparrón de mi matrimonio me habrá lavado de todos mis pecadillos tan poco originales».

Reconozco que este pensamiento era un poco exagerado. No obstante, aquella lluvia purificadora me chafó el traje, pero me templó el espíritu.

La iglesia era simpática y acogedora, dos virtudes que las iglesias no suelen tener.

Todas suelen ser frías y sobrecogedoras, como si Dios fuera un Señor seco y terrible ante el cual siempre hay que echarse a temblar.

A mí me parece que a las religiones les sobra severidad y a los templos altura de techo. Bajando las bóvedas de las catedrales y abriendo más ventanas en sus naves, entraría una luz más alegre en los corazones de los creyentes.

Como entraba en aquella iglesita tolosana, donde todo era limpio y luminoso. Hasta las imágenes tenían mejor color. No estaban tan pálidas ni tristonas como en otras parroquias. También el cura rezumaba salud, igual que rezuma almíbar una fruta en compota. Era uno de esos curas vascos, sanos y deportistas, que con la misma mano que emplean para echarte una bendición juegan estupendamente al frontón. Quizá por eso mismo no se entretuvo mucho en la ceremonia y la despachó en un cuarto de hora escaso: a lo mejor le estaban esperando en el frontón para echar un partido.

Cuando salimos de la iglesia, había parado de llover. Tolosa relucía lo mismo que si acabaran de sacarle brillo para que a mí me gustara. Y a mí me gustó tanto, que aquí pienso quedarme el resto de mi vida.

Chus es un hombre maravilloso y estoy chalada por él. Soy la mujer más feliz del mundo. O mejor dicho, la señora. «Mapi» sólo es un recuerdo cada vez más borroso, que el tiempo y la lluvia se encargarán de borrar completamente.

De aquella desgraciada no queda ni su melena teñida de rubio: doña María del Pilar de Elorrieta es una morena auténtica. Y con los años, llegaré a ser una morenaza. Porque aquí donde ustedes no me ven, voy para gorda. Como todas las esposas españolas que han tenido la suerte de encontrar un buen marido. Y entre las bondades del mío, no se puede desdeñar que sea dueño de una tienda de comestibles. Una bondad más que justificará mi gordura.

Copiando un poco lo que gritaban los súbditos cuando moría el rey, yo grito también para terminar estos papeles:

—¡Mapi ha muerto! ¡Viva la señora de Elorrieta!

Dicho esto, dejo el bolígrafo para no volver a cogerlo jamás. Mi historia de infeliz ya terminó, y las mujeres felices no tienen historia.

(Ámsterdam, Barcelona y Madrid,
en invierno y primavera del año 1970).



De Álvaro de Laiglesia (1922 - 1981), se dice que, a pesar de haber vendido centenares de miles de libros editados por Planeta, es un periodista y escritor humorístico hoy casi olvidado. Cierto. Pero añadimos por nuestra parte que es también uno de los clásicos del humor español del siglo xx, como lo son Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela, Wenceslao Fernández Flórez, Julio Camba y Noel Clarasó, compañeros suyos condenados igualmente, en mayor o menor grado, a la desaparición de su memoria por una única causa: la desinformación cultural española en lo que al más elevado de los géneros literarios se refiere.

Fue bautizado con los nombres de Álvaro María Eugenio Alejandro Sebastián, y debió disfrutar de un ambiente familiar culto y de posición desahogada, pues sus progenitores poseían un chalé («Villa Sorolla») en el Monte Igueldo de San Sebastián, donde pasaban los veranos. Su padre había compartido tiradas de pichón con el rey Alfonso XIII y su abuelo fue fundador del Banco Español de Crédito y gobernador del Hipotecario.

La familia, instalada en Madrid, debió pasar estrecheces económicas pues la primera infancia de nuestro autor transcurrió en medio de una serie de cambios de domicilio, cada vez a peor: Hermanos Bécquer, Hermosilla, Marqués del Riscal, Castellana, Miguel Ángel, Velázquez y Chamartín. Estudió en el elegante colegio del Pilar, pero sólo consiguió aprobar el ingreso y los dos primeros cursos de bachillerato. Sus padres lo matricularon entonces en la Academia Goya, donde aprobaría hasta el cuarto de bachiller.

Entonces estalló la guerra civil. Los vientos de guerra que soplaban en el verano del 36 impulsaron a su familia a dejar Madrid. Se organizaron dos expediciones: la primera, compuesta por él, su madre y sus dos hermanas, salió de la capital de España el 14 de julio; la segunda, con el padre y sus dos hermanos mayores, tenía previsto hacerlo ocho días después, pero ya le resultó imposible.

La familia, así, quedó rota. En San Sebastián conocían a Manuel Halcón, que lo presentó al Secretario Nacional de Prensa y Propaganda y este le impulsó a colaborar en Fotos, haciéndolo a continuación en otras revistas como San Sebastián, Flecha y Unidad. Atraído por la poesía política escribió encendidos versos firmados como «El Condestable Azul», que aparecerían en Flechas y Pelayos, semanario infantil donde llegó a subdirector a la edad de quince años. Con el fin de que se independizara económicamente los suyos lo emplearon en el Banco de España, pero allí aguantó únicamente cien días.

Fue a parar a La Ametralladora, donde Miguel Mihura lo nombró redactor jefe con dieciséis años, y aquello cambió su vida, convirtiéndole drásticamente al humor. Colaboró también en Domingo y hasta escribió una primera obra teatral que estrenó Isabelita Garcés en 1938.

Cerrada La Ametralladora, y de regreso en Madrid, Víctor de la Serna lo acogió en Informaciones, aunque muy pronto su carácter inquieto, comenzada la II Guerra Mundial, le hizo embarcarse en el «Magallanes», rumbo a La Habana, donde le aguardaba Pepín Rivero, director del Diario de la Marina, que había recibido una carta recomendándole, de Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del Gobierno español.

Allí realizaba una columna diaria, a diez pesos semanales. Insatisfecho por el trabajo volvió a Madrid, donde Mihura le ofreció el puesto de redactor jefe de La Codorniz, apoyada por su antiguo benefactor Manuel Halcón, que iba a ser la continuadora de La Ametralladora. Aceptó encantado, aunque su desasosiego le llevó pronto a plantar a Mihura, enrolándose en la División Azul.

De vuelta a nuestro país, en 1943, recuperó su puesto de redactor jefe en La Codorniz. Y un año más tarde accedió a su dirección tras el abandono de Mihura. Ahí comienza su carrera más brillante, convirtiéndose en el director de medio de comunicación español que más años se mantendrá en el cargo —treinta y tres— hasta ser defenestrado tras una turbia maniobra empresarial.

Durante más de tres décadas Álvaro de Laiglesia capitaneó La Codorniz y la transformó en una leyenda de la prensa nacional. Al mismo tiempo se convirtió en autor de más de cuarenta libros que alcanzaban reediciones continuadas, pronunció conferencias por toda España que provocaban asistencias multitudinarias, intervino en televisión con series sonadas, y fue un personaje tan admirado por el gran público como envidiado por sus colegas.

Tras su destitución de La Codorniz ayudó a su sobrino Juan Carlos de Laiglesia (periodista de la movida madrileña, director de La Luna de Madrid) a establecerse, y planeó presentar batalla a la declinante Codorniz con otro semanario titulado La Nariz, cuya cabecera tenía registrada.

Un repentino infarto sufrido en Manchester, el 1 de agosto, dio al traste con sus proyectos y su vida.

Fuente: Equipo de Documentación de EPL.